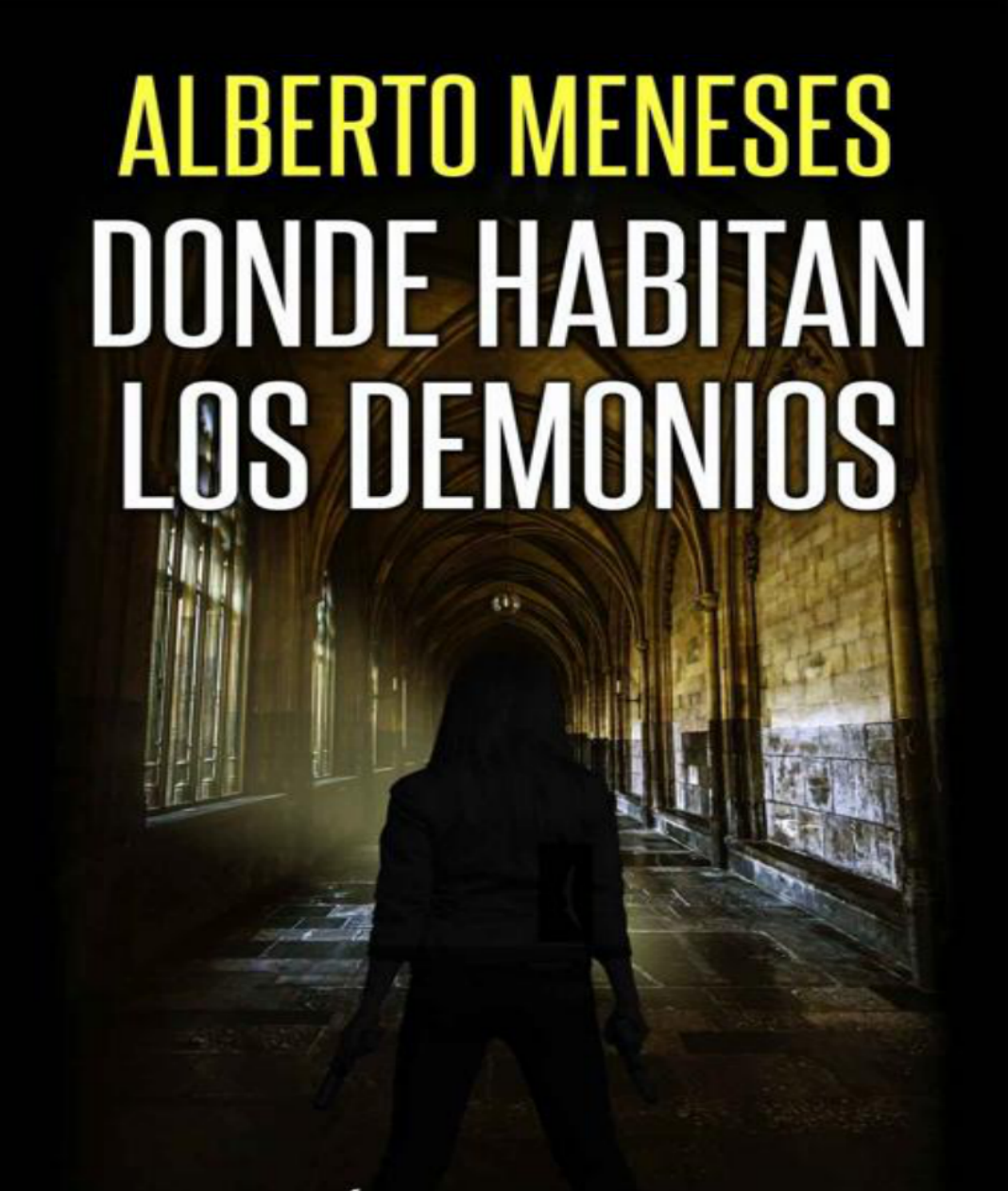
ALBERTO MENESES

DONDE HABITAN LOS DEMONIOS



VERÓNICA CUEVAS 3

Donde habitan los demonios

Alberto Meneses

VERÓNICA CUEVAS 3

Copyright © 2023 by Alberto Meneses

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: septiembre, 2023

Índice

Suscríbete a mi lista

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo

Adelanto de la siguiente novela de la serie
Una bala nunca miente
Reserva la siguiente novela de la serie
Querido lector
Suscríbete a mi lista
Contacto con el autor
Acerca del autor
Otras obras del autor

Suscríbete a mi lista

Si te suscribes a mi lista de correo podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan,** la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

Donde habitan los demonios

1

Los gritos se clavaron en su cabeza como alfileres, obligándola a bajar el volumen del televisor.

¡Asesino! ¡Criminal! ¡Violador!

Era una pequeña muestra de lo que el detenido había escuchado al entrar en los juzgados. Voces de odio como solo una jauría de animales salvajes podía transmitir.

Por suerte, los agentes habían tenido la decencia de sacarle del furgón con una chaqueta cubriéndole por completo la cabeza, aunque ni siquiera eso logró calmar al más de un centenar de personas que se dio cita en la entrada del juzgado. Muchos fueron los que pidieron justicia, la mayoría dispuestos a impartirla con sus propias manos. Solo la presencia policial logró impedirlo, aunque los gritos no cesaron, ni siquiera cuando el detenido entró en el edificio conducido casi en volandas por dos agentes.

Era comprensible, hasta cierto punto, que la gente sintiese ese odio tras lo sucedido mes y medio antes. La aparición a principios de mayo de los cadáveres de tres mujeres había conmocionado a la ciudad de Salamanca. Los cuerpos habían aparecido muy cerca unos de otros, en lo que la prensa calificó como «la fosa de los horrores».

Con los medios de comunicación nacionales volcados en el suceso, el clima en la ciudad de Salamanca se crispó de tal modo que incluso las universitarias dejaron de recorrer las calles a partir de ciertas horas de la noche. Daba igual que las víctimas fuesen prostitutas. Había un asesino en serie suelto por la ciudad del Tormes y la atmósfera de terror creció conforme pasaban los días sin que se atrapase al culpable.

Algunos políticos también ayudaron a fomentar esa atmósfera de miedo, insistiendo en que las calles ya no eran seguras y que era urgente que las autoridades y la policía detuviesen al asesino.

En resumen, la presión social, mediática y política fue tan grande que un día antes el comisario de la Policía Nacional de Salamanca había dado orden de detener al único sospechoso que tenían de los crímenes. Una mala decisión, en opinión de Verónica, ya que las pruebas en su contra no eran definitivas y su implicación no estaba aún demostrada.

Verónica solo llevaba una semana en Salamanca, donde había llegado para apoyar al otro equipo que se había desplazado con anterioridad desde Madrid. Su trabajo se había limitado a labores de

vigilancia y seguimiento del sospechoso, algo que no le gustó nada. Se suponía que si habían llamado a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos era para ayudar en la investigación, incluso para dirigirla, pero todo el mundo parecía aceptar que Tomás Navarro, el detenido, era el verdadero culpable de los crímenes.

Viendo ahora las imágenes en televisión, sus dudas crecieron y concluyó que todo había sido demasiado precipitado.

~

El tres de mayo, un hombre que estaba realizando trabajos de reacondicionamiento en el antiguo vertedero de Salamanca, encontró el cadáver semienterrado de una mujer. Las labores policiales durante los días posteriores dieron como resultado la localización de dos cuerpos más en la misma zona, que una semana después se identificarían como los de tres prostitutas que ejercían su oficio en el polígono los Villares Reina, situado a las afueras de la ciudad, muy cerca de la autovía A-62.

La prensa se volcó en el suceso y fueron varios los programas de televisión nacionales que dedicaron numerosas horas a contar todo lo relacionado con la investigación, creando una gran conmoción social y la inevitable viralización de los hechos.

Un mes después de hallarse los cuerpos, la Policía Nacional de Salamanca ya tenía un primer sospechoso: Tomás Navarro, un camionero de Zamora al que varias prostitutas reconocieron como cliente habitual. El sospechoso confirmó en un primer interrogatorio que conocía a las víctimas y que había mantenido relaciones sexuales con ellas, pero negó cualquier implicación en sus muertes.

Mientras esperaban los resultados del registro y toma de muestras de su camión por parte de la Policía Científica, un primer equipo de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos se desplazó desde Madrid para unirse a la investigación. Al mando del inspector Quintero, un total de tres agentes comenzaron a investigar al sospechoso.

Solo una semana después, tras recibir los resultados de las muestras de ADN encontradas en el camión y confirmarse que correspondían a las tres víctimas, Tomás Navarro se convirtió en el único y principal sospechoso de los crímenes. Eso hizo que Quintero pidiese otro equipo de apoyo para realizar un seguimiento eficaz del sospechoso, dada la falta de personal en la comisaría de Salamanca. Vallejo y Verónica fueron los designados.

A pesar de que ella insistió en no cerrarse a un único sospechoso, su participación en la investigación se limitó a realizar turnos de seguimiento de entre diez y doce horas diarias.

Hasta que un hecho lo precipitó todo.

Un testigo afirmó haber visto en el polígono un coche similar al que tenía el sospechoso, la noche de una de las desapariciones. Eso fue lo que llevó a una detención demasiado apresurada en opinión de Verónica, y motivada más por presiones mediáticas y políticas que por pruebas de peso.

Todo el mundo quería un culpable y Tomás Navarro fue el elegido.

~

Con una mueca de disgusto, Verónica apagó la tele y salió de la habitación del hotel. En lugar de coger el ascensor, decidió bajar por las escaleras. Llevaba una semana sin ir a correr y su cuerpo empezaba a reclamarle algo de ejercicio, sobre todo después de una noche de excesos, que ni siquiera una ducha fría al despertar había conseguido mitigar.

Al llegar a la planta baja, se encontró con Vallejo sentado en uno de los sofás de la recepción. Este, al verla, guardó el teléfono en el bolsillo interior de su cazadora de cuero y se puso en pie para recibirla.

—¡Vaya cara de resaca que tienes!

—Por favor, no grites —le pidió ella frotándose las sienes—. No tenía que haber salido con vosotros anoche.

—Pues no me pareció que lo pasases mal. Incluso estuviste bailando.

—Una canción —aclaró— y porque Quintero se empeñó.

—No puedo creerme que me fuese a la cama más temprano que tú. Debo estar haciéndome viejo.

—Tampoco tardé tanto en irme después de que te fuiste. Terminé la copa y dejé allí a Quintero con los demás, antes de que todo empezase a darme vueltas.

—Lo importante es que lo pasaste bien. Tienes que salir más a menudo y divertirte. Te lo tengo dicho.

—Yo no estoy tan segura —replicó Verónica, intentando no sentirse culpable al recordar lo sucedido la noche la anterior—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—De momento, he quedado con Quintero en el juzgado, para que nos confirme que podemos regresar a Madrid.

—¿Ya hemos acabado aquí?

—Parece que los compañeros de Salamanca se ocuparán de todo a partir de ahora.

—Sigo pensando que es un error —comentó Verónica, mientras se dirigían a la salida.

—¿El qué?

—Todo. La detención, la forma en que se ha realizado… Ese pobre

hombre no es el asesino.

—¿Cómo puedes saberlo? Solo llevamos una semana participando en la investigación.

—Lo que he visto en los ojos de ese pobre hombre al ser detenido no es la mirada de un psicópata. Me lo dice mi intuición.

—No deberías fiarte solo de tu intuición, Vero.

Al escuchar eso, se detuvo en la puerta del hotel para mirarle a los ojos, desafiante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que en este caso deberías fiarte de las pruebas. Todas apuntan a que Tomás Navarro es culpable de los crímenes.

—¿De qué pruebas me hablas? —le replicó, haciéndose a un lado para que un huésped pudiese salir del hotel.

—Se encontraron muestras de ADN de las tres prostitutas en su camión.

—Tomás reconoció que había mantenido relaciones sexuales, tanto con ellas como con otras prostitutas del polígono, y que lo había hecho en el interior de su camión.

—Eso es lo que diría cualquier asesino para exculparse. ¿No crees?

—¡Venga, ya! Hemos estado una semana siguiendo a ese tío. ¿De verdad te parece un asesino en serie?

—Que no lo parezca, no quiere decir que no lo sea. Deberías saberlo mejor que nadie.

Verónica tensionó la mandíbula y durante unos segundos miró fijamente a su compañero a los ojos. Vallejo comprendió al momento que estaba a punto de estallar, por eso se apresuró a decir:

—Lo siento, no ha sido un comentario muy acertado por mi parte.

—La verdad es que no.

—Sé que prometí no volver a mencionar lo que te sucedió hace un año, pero quiero que entiendas que ni tú ni yo tenemos la capacidad de mirar a una persona a los ojos y adivinar si es un psicópata o no.

—Pues deberíamos. Es nuestro trabajo y lo que se espera de nosotros.

—¿Conoces a alguien que lo haga? Porque yo, no —dijo en un tono más paternal, ejerciendo esa función de mentor que tanto había marcado su relación desde que trabajaban juntos—. Escucha, Vero. El caso ahora está en manos del juez, así que es mejor que nos centremos en el siguiente. Al menos tú.

Verónica le miró extrañada por esa última puntualización.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo contaré a su debido tiempo. Ahora vamos al juzgado a ver si podemos despedirnos y regresar a casa.

2

Decenas de periodistas estaban en los exteriores del juzgado, apostados como halcones a la espera de una presa. Verónica entendió el motivo cuando al entrar en el edificio vio al comisario de Salamanca, recibiendo palmadas en la espalda de un hombre al que identificó como el delegado territorial. Les había visto a ambos en las noticias, dando una rueda de prensa y vanagloriándose de haber metido entre rejas al asesino de prostitutas.

No era el único político presente en el lugar. Estaba también el alcalde de la ciudad, al que acompañaba el jefe de la Policía Local. Completaban el pequeño séquito el fiscal del caso y el inspector Quintero, que había dirigido los dos equipos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos presentes en la investigación.

Verónica ya había trabajado con él un año atrás, en el caso que dio un vuelco su vida. Cercano a los cuarenta, Quintero era un hombre con un atractivo físico innegable, aunque, como policía, la imagen que tenía de él no era tan buena. Era de los que buscaban medrar en la escala de mando y llegar lo más arriba posible. Por ese motivo nunca se enfrentaba a los jefes, tal y como había demostrado en este caso, aceptando sin rechistar la decisión del comisario de Salamanca de llevar a cabo la detención de Tomás Navarro. En la Brigada todos daban por seguro que llegaría a comisario en no más de cinco años, sobre todo gracias a que contaba con el apoyo de su suegro, comisario general retirado.

Al verles, Quintero se separó del grupo y caminó a su encuentro.

—¿Habéis hecho la maleta? —preguntó al llegar a su altura.

—Yo sí —respondió Vallejo.

—¿Y tú?

El modo en que la miró hizo que Verónica se sintiese incómoda.

—No —se limitó a contestar con sequedad.

—Mejor —prosiguió, sin apartar los ojos de ella—, porque hasta mañana no nos podemos ir.

—¿Y eso por qué?

—Nos han invitado a una cena que se va a celebrar en uno de los mejores restaurantes de Salamanca. Un acto informal en el que el delegado territorial quiere agradecer a la Policía Nacional el éxito de la investigación.

—¡Será coña! —exclamó Verónica con ironía—. ¿Acabamos de detener al sospechoso y ya están celebrando que es culpable? ¿No

deberían esperar al juicio?

—Ten en cuenta que la presión social y mediática este último mes y medio ha sido muy grande. Para esta gente —dijo mirando a su espalda, al grupo que acababa de dejar— es un alivio que el asunto termine por fin y es normal que quieran celebrarlo.

—Nunca le digo que no a una buena comilona, sobre todo si es gratis —dijo Vallejo soltando una leve carcajada—. Imagino que luego nos tomaremos unas copas.

—Estoy abierto a cualquier plan —aseguró Quintero mirando a Verónica, que de inmediato negó con la cabeza.

—No contéis conmigo. Si nuestro trabajo aquí ha terminado, prefiero volver ya a Madrid.

—Venga, no seas aguafiestas —se quejó Vallejo—. ¿Qué más te da quedarte otro día?

—Tengo cosas que hacer en casa y la verdad es que ya no me encuentro cómoda aquí —respondió mirando de reojo a Quintero, para luego centrarse en su compañero—. Ya tienen a su supuesto asesino. Si quieren celebrarlo, allá ellos, pero no pienso participar. Cogeré un tren o un autobús de regreso a Madrid.

—De eso nada, vinimos juntos en coche y volveremos de igual modo —aseguró Vallejo, tajante—. Aunque dame al menos tiempo para que me tome un café. ¿Hay alguna máquina por aquí?

—Hay una al final del pasillo —respondió Quintero—, pero dudo que esté muy bueno.

—Con que tenga cafeína me vale. Ahora vuelvo.

En cuanto se alejó, Quintero posó los ojos en Verónica.

—No es necesario que te marches hoy.

—Lo prefiero así.

—¿Estás bien? Pareces cabreada —dijo el inspector pasándose la mano por su característico cabello engominado, como si quisiese comprobar que ningún pelo se había movido de su sitio.

—No estoy cabreada, solo creo que nos hemos precipitado deteniendo al sospechoso —aseguró, decidida a mantener la conversación dentro del ámbito laboral.

—Sé que solo llevas aquí una semana, pero te aseguro que todas las pruebas apuntan a su culpabilidad. Todo el mundo está convencido de que Tomás Navarro es culpable, incluso el juez.

—En ese caso, estarás de acuerdo conmigo en que ya no pintamos nada aquí.

—No pasa nada por quedarnos un día más.

—Pensé que te esperaban en casa.

Quintero asintió con la cabeza al escuchar eso.

—Lo sé, pero no puedo negarme a cenar con esa gente. Ya me he comprometido a ir. Además, mi mujer se encuentra bien.

—¿Sigue ingresada?

—No, le han dado el alta esta mañana y está de camino a casa de sus padres. Tendrá que mantener un reposo estricto el mes que falta para que dé a luz.

—Deberías regresar a su lado y olvidarte de esa cena.

—He hablado con el inspector jefe Olaya para que me dé unos días libres en cuanto regrese y me ha dicho que sin problemas.

—Me alegro. Tu mujer te necesita a su lado.

Al escuchar eso, Quintero la miró a los ojos, de un modo tan intenso que hizo que a ella se le cortase la respiración.

—Cuevas, yo…

—Tienes una mujer que te quiere y pronto vas a ser padre —se apresuró a decir, sin darle tiempo a continuar—. Eso debería ser lo más importante para ti a partir de ahora, ¿no crees?

—Lo es.

—Pues entonces no hay más que decir.

Una sombra de duda asomó en los ojos de Quintero, que no pareció conformarse con eso. Por suerte, Vallejo regresó antes de que pudiese decir nada más.

—La máquina está estropeada —dijo con cara de cabreo.

—Podemos buscar un bar de la que volvemos al hotel a por las maletas —sugirió Verónica.

—De acuerdo, pero dame un minuto. Quiero despedirme del comisario de Salamanca.

—Te acompaño —le secundó Quintero, mirándola como si esperase que ella les siguiese.

—Yo esperaré fuera, si no te importa. Necesito que me dé un poco el aire.

Caminó hacia la salida sin mirar atrás, convencida de que largarse de Salamanca era la mejor decisión que podía tomar en ese momento.

3

Verónica salió del edificio y esquivó a varios de los periodistas apostados en la puerta, para luego cruzar la calle y entrar en el parque presidido por la estatua de Colón. El calor todavía no era excesivo a esa hora de la mañana, a pesar de que para ese día se preveían temperaturas cercanas a los treinta grados. Aun así, prefirió buscar el resguardo de los árboles hasta que saliese su compañero. Conociéndole, seguro que tardaría un rato en hacerlo.

Al pasar junto a la estatua, le llamó la atención una mujer sentada en uno de los bancos de piedra. Tenía unos cuarenta años, vestía un traje de falda y llevaba el pelo rubio recogido en un moño alto. Sobre las rodillas tenía un maletín marrón que sujetaba con una mano, mientras en la otra sostenía el teléfono, pegado a la oreja. Se la veía enfadada, recriminando más colaboración a alguien que estaba al otro lado de la línea. Cuando la escuchó pronunciar el nombre de Tomás, justo antes de cortar la llamada, supo de quién se trataba.

—¿Va todo bien? —preguntó al ver que le costaba respirar.

La mujer alzó la vista, realizó un par de respiraciones profundas y luego dijo apretando los dientes:

—¿Y tú me lo preguntas?

Era la abogada de Tomás Navarro. Se había cruzado con ella el día anterior en el juzgado, tras la detención, y estaba claro que la había reconocido.

—¿Ocurre algo?

—Solo que habéis detenido a un inocente. ¡Estaréis orgullosos! —exclamó ella con ironía. Se la veía bastante alterada.

—Yo no he tenido nada que ver en su detención —se defendió Verónica—. No fue decisión mía.

—Puedes decir lo que quieras, pero el hecho es que habéis encerrado a un inocente. Sabéis de sobra que las pruebas contra Tomás son circunstanciales. Que se encontrase el ADN de las víctimas en su camión solo demuestra que tuvo relaciones sexuales con ellas, no que las matase.

—Puede ser. El problema es que no supo dar una coartada para el día de las desapariciones.

En el primer interrogatorio, el detenido no había sido capaz de decirles dónde se encontraba los días de las desapariciones de las prostitutas. Sus respuestas habían sido confusas, incluso contradictorias, y habían determinado su ingreso en prisión. Verónica

suponía que a la abogada no le costaría averiguarlo, demostrando así su inocencia, por eso lo mencionó, pero ella lo ignoró. Se puso en pie para mirarla de frente y dijo con rabia:

—¿Cómo va a tenerla? Es un hombre que viaja constantemente con el camión de un lado para otro y que encima tiene problemas de memoria, sobre todo si mezcla el alcohol con la medicación que toma. —Tras eso, respiró hondo y pareció tranquilizarse un poco—. ¿Sabes que ayer, cuando me hice cargo de su defensa, me pidió que le dijese a su jefe que volvería hoy al trabajo? No le preocupaba que le estuviesen acusando de tres asesinatos, solo pensaba en el viaje a Málaga que tenía que realizar con su camión. ¿Es así como actúa un asesino en serie?

—No lo creo.

—También me dijo que no me preocupase, que todo había sido un error y que le soltarían en unas horas. Estaba convencido de que la policía se daría cuenta de ello. —En ese momento la abogada la miró fijamente a los ojos—. Tomás Navarro es un pobre hombre que nunca le ha hecho daño a nadie y cuyo único defecto es que le gusta ir de putas cuando viaja con su camión.

—En ese caso, imagino que no te costará demostrar su inocencia.

—Es lo que pienso hacer, a pesar de las amenazas de la policía cuando le detuvieron.

Verónica no había estado presente en su detención, de eso se habían ocupado los compañeros de la comisaría de Salamanca, por eso preguntó:

—¿A qué amenazas te refieres?

—Los policías que le detuvieron le dijeron que iba a entrar en la cárcel «sí o sí», y que daba igual lo que dijese. Incluso el juez decretó prisión sin fianza hasta la celebración del juicio, lo cual ya me parece demencial. Y de la prensa ya ni hablamos. Varios medios de comunicación han anunciado hoy a bombo y platillo que el asesino de las prostitutas por fin está en la cárcel. ¡Ni siquiera han tenido la decencia de decir «presunto asesino»! Incluso el delegado territorial, ese arrogante capullo que aspira a la presidencia de su partido en la comunidad, se destapó anoche con unas declaraciones en rueda de prensa en las que dijo que Salamanca vuelve a ser una ciudad segura, gracias a la labor policial. ¡Y todo a costa de la vida de un inocente! —exclamó apretando los dientes, incapaz de contener ya su rabia—. ¿Crees que es justo que le arruinen la vida a alguien de ese modo?

Tenía claro que aquella mujer estaba fuera de sí, por eso Verónica se limitó a apartarse de su camino cuando la abogada arrancó a andar. La observó mientras se alejaba en dirección al juzgado, deseando en su fuero interno que fuese capaz de demostrar su inocencia. Aunque, de ser así, significaría que todavía había un asesino en serie campando

a sus anchas por las calles de Salamanca.

Verónica sintió vibrar en ese momento el teléfono en el bolsillo de su pantalón, justo cuando vio a Vallejo hacerle señas desde la puerta del edificio para que se acercase. Mientras caminaba a su encuentro, respondió a la llamada.

—Dime, Clara.

—Hola, Verónica. Quería saber si estarás disponible para la videollamada de esta tarde, a las ocho.

—En realidad, prefiero verte en persona. Regreso ahora a Madrid y me vendría bien charlar un rato contigo. Hoy no tengo un buen día.

—Claro, no hay problema. Nos vemos entonces en la consulta a las ocho.

Verónica se despidió y se reunió con Vallejo, que la recibió con una amplia sonrisa.

—¿Qué te parece si regresamos a casa?

—Lo estoy deseando —dijo ella sintiendo cómo la ciudad de Salamanca comenzaba a ahogarla—. Espero no tener que regresar nunca más a este lugar.

4

Clara la recibió sentada tras su mesa de escritorio. Llevaba puestas aquellas enormes gafas redondas que tanto llamaban la atención y el pelo recogido en un moño. A pesar de su rostro marcado por las arrugas, se intuía que de joven había sido muy guapa.

—Pareces cansada —dijo mientras Verónica ocupaba su asiento, frente a ella, al otro lado del escritorio.

—Lo estoy.

—Dijiste cuando te llamé que tenías un mal día.

—Un mal día, una mala semana… y un mal año.

—Bueno, para eso son estas sesiones, para mejorar las cosas.

—Es lo que quisiera, pero…

Verónica fue incapaz de terminar la frase. Tenía tantas cosas en la cabeza en ese momento que no sabía por dónde empezar. Apenas había tenido tiempo para llegar a casa y darse una ducha antes de acudir a la sesión de terapia.

—¿Ha ocurrido algo en Salamanca? —preguntó con perspicacia la psicóloga.

—Demasiadas cosas.

—¿En lo personal o en lo profesional?

—En ambas.

—Pues empecemos por lo personal.

Verónica se tomó unos segundos para ordenar sus ideas.

—Para empezar, creo que debo de tener más cuidado con el alcohol —arrancó a decir.

—No sabía que bebieses.

—Y no lo hago, al menos de forma habitual, pero cuando bebo algo más de la cuenta afloran deseos que no soy capaz de controlar.

—¿Y eso es malo?

—Depende de la persona con la que esté. En este caso, supe frenarlo a tiempo, pero podría haberme buscado un problema.

—¿En qué sentido?

—Es igual, no tiene importancia —dijo Verónica, negando con la cabeza. Lo cierto era que se sentía tan avergonzada por lo ocurrido en Salamanca que le costaba compartirlo con ella.

Clara se dio cuenta de inmediato, porque preguntó:

—¿Te sientes culpable por algo que has hecho?

—Me dejé llevar y estuve a punto de arrojarme en los brazos de alguien que no me convenía.

—Dices que rectificaste a tiempo.

—Sí, pero eso no borra lo que hice. Me equivoqué.

—Todos nos equivocamos.

—En mi caso son ya demasiadas veces. Yo… —Se hizo un nudo en su garganta que la impidió seguir hablando.

Clara le dio algo de tiempo para que se repusiese y aprovechó para tomar algunas notas en su libreta. Luego preguntó:

—¿Por qué crees que esa persona no te convenía?

—No tengo buen ojo para los hombres, está claro. O bien intentan matarme, o desaparecen de mi vida sin dejar rastro.

—¿Sigues echando de menos a Santi?

Durante un par de segundos, contuvo el aliento.

—A veces, aunque ya tengo asumido que no volveré a verle.

—Eso no tiene por qué ser así.

—Lo es. Además, nunca hubo nada entre nosotros. Solo es alguien que me salvó la vida y luego desapareció, sin dejar rastro.

—¿Crees que lo hizo porque te quería?

—¿El qué?

—Salvarte la vida.

—Apenas me conocía —respondió Verónica negando con la cabeza.

—No hace falta conocer a una persona para enamorarse de ella.

—Eso está muy bien en las películas románticas, pero en la vida real es muy diferente.

—¿Qué harías si te encontrases con él de nuevo?

Por un momento dudó si responder a la pregunta. Tras casi un año de terapia, había cosas de sí misma que todavía le costaba compartir. Pensamientos y sentimientos muy íntimos que no quería exteriorizar. Cuando eso ocurría, Clara sabía manejar muy bien la situación. En unas ocasiones lograba que lo soltase y en otras respetaba su deseo de no abrirse a ella, aunque con el paso de las sesiones terminaba consiguiéndolo. Fue lo que ocurrió en esta ocasión.

—¿Cuáles son tus sentimientos hacia él ahora? —insistió la psicóloga.

—Sigo agradecida de que me salvase la vida, pero lo cierto es que cada vez le odio más.

—¿Por qué? —Al ver que ella no respondía, preguntó—: ¿Es porque te dejó sola?

—Sí… no —rectificó de inmediato—. En realidad, no tengo ni puñetera idea de quién es Santi. No sé si es un ángel de la guarda o un psicópata, uno más de los que han pasado por mi vida.

—Y eso es lo que te mortifica.

—Son muchas las cosas que me mortifican, por eso prefiero pasar a otro tema, si no te importa.

—Está bien —dijo Clara revisando las notas de su libreta—. ¿Qué tal la relación con tus compañeros de trabajo?

Verónica se encogió de hombros antes de responder.

—Normal.

—¿Notas que haya mejorado? Cuando empezaste con estas sesiones, reconociste que eras bastante borde con ellos.

—A veces tengo que morderme la lengua para no decir lo que pienso.

—Nadie dijo que esto iba a ser fácil. —El modo que tuvo de sonreír hizo que Verónica se relajase—. Seguro que ahora te sientes mejor contigo misma y también más aceptada en el trabajo.

—Tampoco necesito que nadie me acepte.

—Claro que sí. Vivimos en sociedad y necesitamos que los demás nos acepten en ella. En tu caso, además, tienes un trabajo en el que es muy importante la relación con tus compañeros.

—Lo sé, aunque hay otras cosas más importantes.

—¿Cómo qué?

—Como atrapar a los malos. Esa debería ser nuestra prioridad.

—Me consta que para ti lo es.

—Tal vez, pero por primera vez en mucho tiempo me siento incapaz.

—¿Qué quieres decir?

La respuesta fue algo que Verónica nunca pensó que llegaría a pronunciar:

—Creo que he perdido la confianza en mí misma. Quizás sea hora de dejar este trabajo.

5

La reacción de Clara ante esas palabras fue de aparente tranquilidad.

—¿Por qué dices eso?

—Ayer detuvimos a un hombre, acusado de cometer tres asesinatos. En realidad no lo detuve yo, fueron los compañeros de Salamanca, pero eso es lo de menos. Lo importante es que creo que ese hombre es inocente, que él no cometió los asesinatos. Y, sin embargo, si tuviese que demostrarlo, dudo que fuese capaz. —Verónica hizo una breve pausa para ordenar sus ideas—. Llevo más de tres años en la Brigada de Homicidios, un destino con el que siempre soñé. Durante ese tiempo he detenido a varios asesinos, pero, después de lo ocurrido hace un año, cada día que pasa dudo de mis capacidades como investigadora.

—¿En qué sentido?

—Viví con un asesino en serie y fui incapaz de darme cuenta.

—Marcos era un psicópata y precisamente una de las cualidades de ese tipo de personas es la capacidad para engañar a cuantos le rodean sobre su verdadera identidad.

—¡Lo sé de sobra, joder! —dijo sin poder evitar que su frustración saliese a flote—. Estudié criminología, me conozco toda la teoría. El problema es que soy incapaz de ponerla en práctica.

—Creo que estás siendo muy dura contigo misma. Acabas de decir que has detenido a varios asesinos en estos años.

—Sí, y aun así no fui capaz de ver el tipo de monstruo que era Marcos y lo que hacía en su propia casa, a espaldas mías.

Clara cerró la libreta y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Esto es algo de lo que ya habíamos hablado en anteriores sesiones y que ya parecías tener superado.

—Ya ves que no.

—Haber estudiado criminología no significa que seas capaz de mirar a una persona y adivinar si es un psicópata o no.

—¿En realidad no debería ser así? —preguntó más calmada.

—Conocer la teoría no nos faculta para algo así. Es la práctica la que logra que sepamos utilizar lo aprendido. Te pondré un ejemplo —dijo Clara apoyando la espalda en el respaldo de su sillón y mirándola con una ligera sonrisa—. Hace unos años tuve un paciente cuyo sueño era vivir de la escritura. Se leyó más de una docena de libros sobre técnicas de escritura y luego escribió una novela que mandó a más de

veinte editoriales. ¿Sabes cuántas se mostraron interesadas en publicarla?

—No.

—Ninguna. Pensó que todos los conocimientos que tenía eran suficientes para triunfar en la literatura y que las editoriales se rifarían su libro. Obviamente, se equivocó. Conocer la teoría es muy importante, pero no sirve de nada sin la práctica. Cuanto más sean los retos a los que te enfrentas, mayor será tu capacidad de afrontarlos con éxito. Solo necesitas tener confianza en ti misma, ser constante y trabajar duro.

—¿Tu paciente lo consiguió?

—¿El qué?

—Publicar con una editorial.

—No le hizo falta. Publicó su libro en Internet y la gente empezó a leerlo, lo que le animó a publicar un segundo libro. Y luego un tercero. Con cada nuevo libro, mejoró su escritura y aprendió a manejar las técnicas que había aprendido, creando cada vez mejores historias y personajes. Ahora vive de la escritura y disfruta más que nunca escribiendo.

—Me alegro por él, pero sigo sin entender en que me ayuda eso.

—Él no se rindió. Comprendió que solo estaba al principio de un largo camino y siguió trabajando duro. Ni siquiera se detuvo cuando sus primeras novelas apenas le daban para tomarse un par de cañas. Fue constante y al final consiguió el éxito que buscaba. —De nuevo apoyó los codos en la mesa—. El hecho de que te hayas equivocado en una ocasión, no significa que no sirvas para tu trabajo. No debes rendirte. Sigue preparándote y enfrentándote a nuevos retos.

—No es tan fácil, Clara. Aquí no se trata de escribir un jodido libro. Hablamos de personas cuya vida está en juego, de atrapar asesinos para evitar que sigan matando, y yo ya no me siento capaz. ¡Joder!

La reacción de la psicóloga fue sonreír con aparente tranquilidad.

—Estás haciéndolo de nuevo. Dejas que la rabia te domine.

—Lo siento, ya te he dicho que no tengo un buen día.

—Ya lo veo. Está bien, si de verdad piensas que no estás preparada para capturar a asesinos, deberías buscar el modo de estarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi consejo es que hables con alguien que sepa más que tú, que te ayude o te instruya. Quizás algún psiquiatra forense experto en la materia, o un policía que se haya enfrentado a más asesinos que tú y que tenga más experiencia en el tema.

—No sé si habrá alguien así.

—Seguro que sí. Lo importante es que no te rindas. Haz como ese escritor del que te hablé antes. Para aprender a atrapar a ese tipo de

asesinos, tendrás que enfrentarte a ellos. Eso sí, también deberás asumir que no siempre lograrás detenerles.

—Es preferible eso a meter a un inocente en la cárcel, como acaba de ocurrir en Salamanca.

—No es algo que yo te vaya a discutir.

Eso dio la sesión por finalizada. Verónica regresó a casa y lo hizo con la creciente sensación de que necesitaba dar un cambio a su vida.

6

Verónica se presentó en el trabajo poco antes de las nueve de la mañana. De camino a su mesa, saludó a varios compañeros que le dieron la bienvenida y la felicitaron por la detención en Salamanca del presunto asesino. A pesar de estar convencida de su inocencia, decidió ser amable y les dio las gracias.

Una de las cosas buenas de la terapia con su psicóloga era que había aprendido a dominar su rabia y mostrarse más cercana a los demás. Después de tocar fondo un año antes, solo le quedaba reconstruirse a sí misma y Carla la estaba guiando por un camino muy diferente al que había seguido hasta entonces. Eso no quería decir que no siguiese teniendo los arranques de ira tan característicos de ella, pero no eran tan frecuentes como antes y la gran mayoría de las veces lograba dominarlos. Cuando no era así, la gente que estaba a su alrededor y que la conocía, solía ser comprensiva.

Apenas había tomado asiento en su puesto de trabajo cuando Vallejo se acercó, sonriendo.

—Buenos días. Veo que has madrugado.

—Tampoco tanto —dijo ella con una leve sonrisa—. Acabo de llegar.

—Tienes mejor cara que ayer. ¿Has dormido bien?

—He dormido sola.

—¡Vaya! —dijo él soltando una ligera carcajada—. Y además estás de buen humor.

—No te creas, anoche me costó dormirme.

—¿Sigues dándole vueltas al tema de Salamanca?

—Más bien a lo que hablé con mi psicóloga. Puede que tenga razón y necesite empezar de cero. Si algo me ha demostrado este último caso es que me queda mucho por aprender.

Vallejo se quitó su inseparable cazadora de cuero y se sentó en el borde de la mesa, para mirarla a los ojos.

—Pues siento decirte que ya no estaré aquí para enseñarte. Precisamente de eso quería hablar contigo.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que respondiese, escucharon la voz del inspector jefe Olaya desde el fondo de la sala.

—¡Vallejo, a mi despacho!

—Ahora mismo —le respondió, para luego mirar a Verónica—. Después seguimos hablando.

Verónica se quedó con la duda de a qué podía referirse su compañero con ese comentario. Llevaba tiempo hablando de la posibilidad de dejar la Policía, pero siempre lo decía con sorna y cuando estaba cabreado.

Mientras esperaba su regreso, decidió hacer una búsqueda en Internet. Necesitaba recuperar la confianza en sí misma y quizás seguir el consejo de su psicóloga fuese el mejor modo de lograrlo, por eso decidió realizar una búsqueda. Al introducir la frase «atrapar asesinos», el buscador dio como resultado varios enlaces, todos ellos a películas y series en plataformas de *streaming*. También aparecieron varios artículos en periódicos extranjeros, pero nada que le ayudase, por eso decidió añadir la palabra «cómo» al inicio de la frase, obteniendo casi los mismos resultados.

Iba a abandonar la búsqueda, cuando decidió hacer un último intento y probar con el término «cazar a asesinos». De nuevo obtuvo referencias a series y películas, aunque uno de los últimos resultados de la página llamó su atención: «Comunicarse con los muertos para cazar a sus asesinos».

Era un artículo de El Diario Nacional fechado dos años antes, en el que se hablaba de un investigador que había atrapado a varios asesinos en serie, en lugares como Llanes, Oviedo, Jaca, Benidorm o incluso los Estados Unidos. También se mencionaba que había colaborado con el FBI y la Interpol. Lo que ya le pareció mucho menos creíble fue que, según explicaba el periodista, lo conseguía tocando el cuerpo de las víctimas y comunicándose con ellas una vez muertas.

Volvió al inicio de la noticia, para asegurarse de que no se había equivocado de artículo y estaba leyendo la trama de una película de Hollywood, y al ver que no era así, decidió seguir el hilo de la noticia para ver la credibilidad de lo que se contaba en ella.

Tras leer el artículo completo, realizó una búsqueda en el mismo diario, que dio como resultado una noticia posterior. En ella se desvelaba la identidad del misterioso investigador, con nombres y apellidos, algo que le pareció inaudito. Incluso se decía que pertenecía a la UCO, la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, y que su último destino, antes de unirse a la Interpol, había sido en Oviedo.

El artículo hacía mención de nuevo a su habilidad para atrapar asesinos en serie, gracias a unas dotes que iban más allá del mero hecho de comunicarse con las víctimas. Esa puntualización despertó de nuevo el interés de Verónica, que usó el nombre y apellidos del agente para obtener más resultados. En esta ocasión, solo aparecieron algunos artículos muy breves de los casos en los que había participado. Nada que le diese pistas sobre su paradero actual.

—¿Qué haces? —escuchó de pronto la voz de Vallejo a su lado.

—Nada, mirando cosas en Internet. ¿Conoces a este tío? —

preguntó señalando la pantalla, en la que podía verse una foto del agente, arrodillado junto a un cadáver en una playa y con su nombre en el pie.

—Ni idea, no me suena.

—Acabo de recordar que hace dos años, en León, iban a apartarme del caso que investigábamos.

—¿Te refieres al de las adolescentes desaparecidas?

—Sí. La Guardia Civil iba a hacerse cargo de la investigación y tenían pensado enviar a un agente que había resuelto varios crímenes. Creo que se trata de la misma persona.

—Lo siento, pero no sé quién es.

—El artículo es de hace dos años y dice que su último destino fue en Oviedo.

—Tengo a un compañero que está destinado allí. Podría preguntarle.

—Si me haces el favor…

—Vale, pero antes vamos a tomar un café. Tengo dos noticias que darte.

—¿Buenas o malas? —preguntó Verónica al ver el modo en que sonreía.

—Para ti, muy buenas.

—Dispara.

—La primera es que Olaya nos ha dado una semana de descanso por el éxito de Salamanca.

—¿Éxito?

—Eso es lo que le han dicho desde la Dirección General. Se ve que todo el mundo está muy satisfecho de que hayamos detenido al asesino.

—Sabes tan bien como yo que nuestro trabajo allí ha sido una mierda. Solo nos hemos limitado a labores de vigilancia —dijo apretando los dientes, incapaz de contener la rabia que la asaltó en ese momento—. Y ya te dejé claro lo que opino de la culpabilidad de ese pobre desgraciado.

—Sí, pero no me lo repitas, por favor. Ya te vine escuchando durante todo el camino de vuelta a Madrid. Es un asunto que ya no está en nuestras manos.

—Por desgracia para él y su familia.

—Pensemos en lo positivo. ¿Quieres conocer la otra buena noticia?

—Sí, por favor —respondió ella con desgana.

—Por fin vas a librarte de mí.

7

Vallejo tomó un sorbo de su café y miró a Verónica.

—No pareces muy contenta.

—Joder, mi suerte mejora —protestó ella—. No podías irte en peor momento.

—Hace un año que te dije que iba a pedir el pase a la segunda actividad.

—Lo sé, pero no pensé que sería tan rápido.

—Ha pasado un año. Además, no quería decirte nada hasta que fuese seguro —dijo encogiéndose de hombros—. Pensé que te alegrarías por mí.

—Y me alegro, de verdad —aseguró Verónica forzando una sonrisa —. Es solo que… Ya me había acostumbrado a trabajar contigo. No sé si encontraré a alguien que me soporte como tú.

—Creo que me has aguantado más cosas tú a mí que yo a ti. Dudo que me eches de menos.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Verónica fue más amplia y sincera.

—Puedes estar seguro de que sí. ¡A ver quién me pone ahora en el coche esos temazos de los ochenta!

Ambos soltaron una carcajada al unísono.

—No te preocupes por eso. De vez en cuando te mandaré alguno al WhatsApp para que no te olvides de mí.

—Eso espero —dijo Verónica conteniendo la risa—. ¿Y qué vas a hacer después de dejar la Policía?

—He conocido a alguien. Se llama Luis y…

—¡Vaya, nunca lo habría pensado de ti! —le interrumpió, sorprendida—. Esto sí que es una sorpresa.

—¿El qué? —preguntó él, desconcertado.

—Nunca me imaginé que fueses gay.

Vallejo abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Cómo dices?

—Me parece bien. Sé que a los que vivisteis los ochenta siempre os ha costado salir del armario.

—¿De qué armario me hablas?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No lo sé —le replicó Vallejo, en una mezcla de enfado y desconcierto.

—Es cierto que ya no estás en tu mejor momento, pero has logrado

bajar esa barriga que tenías antes, sales todos los días a caminar y esa cazadora de cuero que llevas puesta te da un aire más juvenil. No es extraño que a algunos hombres les puedas parecer atractivo.

—Que yo les parezco… ¿atractivo?

—¿Tú no te sientes así?

—Sí… No… Es decir, me siento bien —dijo de manera atropellada—. No descarto volver a juntarme con alguien, pero desde luego no con un hombre. Y que quede claro que no tengo nada en contra de los gais. Yo no les juzgo. ¡Qué coño, que cada uno haga con su vida lo que quiera!

—Claro —murmuró Verónica llevándose una mano a los labios para contener una risa.

—¿Se puede saber cómo hemos llegado a esta conversación?

—Dijiste que habías conocido a un tal Luis. ¿Es así como se llama tu novio?

—¡Joder, Luis es detective privado! —exclamó Vallejo, abriendo los brazos—. Tiene una oficina en Madrid y me ha ofrecido trabajar con él.

Verónica no pudo más y rompió a reír, ante la mirada sorprendida de su compañero, que, al ver su reacción, terminó soltando una carcajada también.

—Me estabas tomando el pelo.

—Tendrías que haberte visto la cara —aseguró ella conteniendo la risa—. Te has puesto hasta pálido.

—Seguro que sí. Por un momento incluso me has hecho dudar sobre mi masculinidad.

—Lo siento, pero me lo has puesto a huevo. —Verónica le dio un abrazo y le dijo al oído—: Cómo te voy a echar de menos.

Él la estrechó también entre sus brazos, hasta que se separaron pasados unos segundos.

—Tampoco es que me vaya muy lejos —dijo visiblemente emocionado—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé.

—Aunque no creo que te haga falta. Hace tiempo que la alumna superó al maestro.

—Eso lo dudo.

—No seas tan dura contigo misma. Lo que ocurrió hace un año le podía haber sucedido a cualquiera.

—Sí, pero fue a mí a quien le sucedió. Viví con un asesino en serie muchos meses y…

—Ya lo sé, no te diste cuenta de quién era en realidad. Ni tú ni nadie. Eso no significa que seas una mala investigadora, como no dejas de repetirte desde entonces. ¿Es necesario que te recuerde los

casos que has resuelto en la Brigada? Y no hablo solo de asesinatos. Mira la investigación que cerramos antes de ir a Salamanca, la de los niños robados. Tú descubriste lo que hacían y gracias a eso demostramos la culpabilidad de todos los implicados tras un año de trabajo. Además de resolver el asesinato de mi mujer —añadió—. Eres una gran investigadora.

—Solo soy una investigadora con suerte.

—Sabes que no es así. ¿Por qué no aprovechas estos días que nos ha dado Olaya y te vas a algún lugar lejos de Madrid? Estuvimos un año reuniendo pruebas para el caso de los bebés robados, sin descanso, y nada más terminar nos enviaron a Salamanca. Está claro que necesitas desconectar unos días del trabajo.

—Tal vez tengas razón.

—Claro que la tengo. Alejarte de aquí unos días seguro que hará que veas las cosas con más optimismo. Eso sí, por favor, que no sea Salamanca.

—Tranquilo, estoy pensando en ir más al norte, a un lugar más fresco.

—¿Cómo cuál?

Verónica dibujó una sonrisa cómplice antes de responder.

—Estaba pensando en Asturias.

8

Esa mañana, Verónica entró en el restaurante del hotel embargada por una sensación agridulce. Habían sido cuatro días de desconexión, de reencontrarse consigo misma y de conocer algunos lugares que le parecieron mágicos. Sin duda, aquel viaje había sido una buena idea.

Y eso, a pesar de que se marcharía sin haber conseguido su objetivo. En realidad, era como encontrar una aguja en un pajar. El compañero de Vallejo en Oviedo no supo decirle dónde podía encontrar a la persona que buscaba. Solo le dio el nombre de un pueblo de Llanes en el que probar suerte, pero una vez allí nadie parecía saber nada de su paradero. Lo intentó en un segundo pueblo con idéntico resultado, así que desistió en su búsqueda.

Siguiendo el consejo de la dueña del hotel en el que se había alojado, decidió recorrer algunas de las playas de esa parte de la costa llanisca. Borizo, Torimbia, incluso la de Barro, donde estaba hospedada, le parecieron como sacadas de un sueño. Recorrió también el puerto de Llanes y el paseo de San Pedro, y degustó algunos de los platos típicos de la zona, como la fabada, los tortos de maíz o el borono. Siempre acompañados por una deliciosa botella de sidra.

Por ganas se habría quedado en aquel lugar para siempre. La temperatura era ideal, alrededor de los veinticinco grados. Por el día disfrutaba de un cielo completamente azul y por las noches podía dormir sin que se le pegasen las sábanas. Un paraíso, comparado con Madrid y los más de treinta grados que sufrían incluso al caer la noche. Además, la afluencia de turistas todavía no era excesiva, por lo que disfrutó de una aceptable tranquilidad.

Esa mañana Verónica entró en el comedor para gozar de su último desayuno con vistas al mar. Tenía decidido abandonar el hotel una hora después y hacer una parada en el Santuario de Covadonga, antes de continuar viaje hacia Madrid. Le habían hablado maravillas de aquel lugar y, siendo sábado, no tenía prisa por llegar a casa.

Le llamó la atención encontrarse a la dueña del hotel junto a una de las ventanas que daba a la playa, con los brazos cruzados y una de las manos sobre el pecho. Se la veía afligida, sin perder detalle de lo que ocurría en el exterior.

—Buenos días —dijo acercándose a ella.

—Ay, hija, hoy no son buenos días —le replicó mirándola con evidente pesar.

—¿Qué ocurre?

—Han encontrado muerta en la playa a una chiquilla de un pueblo cerca de aquí: de Porrúa.

Verónica se situó junto a ella y observó a través del cristal cómo el aparcamiento de la playa estaba ocupado por media docena de vehículos de la Guardia Civil.

—¿Qué ha pasado?

—Ni idea. Dicen que la han encontrado muerta entre las rocas, pero no se sabe qué le pasó. ¡Ay, Dios! —exclamó—. Esperemos que no la hayan matado. Bastantes desgracias hemos tenido en esta zona los años de atrás como para que esto empiece otra vez.

Antes de que pudiese preguntarle a qué se refería, la mujer se dirigió al fondo del comedor y se perdió tras la puerta que llevaba a la cocina. Verónica se quedó unos segundos observando la escena, hasta que, picada por la curiosidad, decidió salir del edificio y acercarse al lugar.

En el acceso a la playa, situado apenas a veinte metros de la puerta del hotel, se encontró con un guardia civil, plantado al otro lado de una cinta que impedía el paso a la decena de curiosos que ya se habían congregado allí.

Verónica se acercó a él y le mostró su placa.

—Buenos días, soy la subinspectora Cuevas, de la Policía Nacional. ¿Qué ocurre?

—Una adolescente ha aparecido ahogada en la playa esta mañana. Estamos esperando al juez para el levantamiento del cadáver.

—¿Necesitan ayuda?

—Lo dudó, pero puede hablar con el sargento, si lo desea.

—¿Dónde está?

—Allí, junto al camión de los helados.

Verónica miró hacia el lugar que le señalaba: una furgoneta de venta de helados situada a unos metros, en el aparcamiento de la playa. Un sargento de la Guardia Civil, de unos cuarenta años, hablaba con el heladero a través de la ventana del vehículo. Esperó un par de minutos a que terminasen la conversación y entonces se acercó.

—Buenos días, soy la subinspectora Cuevas, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de Madrid.

El sargento la miró desconfiado.

—¿La ha mandado alguien? —preguntó sin responder siquiera al saludo.

—No, estoy de vacaciones. La dueña del hotel me dijo que han encontrado un cadáver en la playa. Quería saber si necesitan ayuda.

—No se preocupe, no hace falta —respondió con sequedad—. Solo esperamos que llegue el juez y el médico forense para proceder al levantamiento del cadáver.

—Aun así, si necesitan algo…

El sargento la dejó con la palabra en la boca. Caminó de regreso a la playa sin siquiera despedirse, por lo que Verónica decidió que lo mejor era volver al hotel para desayunar. Estaba claro que la amabilidad no era un rasgo de aquel hombre, y ella tampoco quería estar donde no se la necesitaba.

Desayunaría y luego se largaría.

~

Sentada en la terraza exterior del restaurante del hotel, un par de metros por encima del nivel de la calle, observó todos los movimientos que se produjeron en la playa durante la siguiente media hora. Vio la llegada del juez y el médico forense para realizar el levantamiento del cadáver, y cómo luego trasladaban el cuerpo a un furgón funerario desde las rocas situadas al lado derecho de la playa.

Fue entonces cuando se produjo un hecho que llamó su atención. Un hombre de unos cincuenta años, que por sus gestos de dolor dedujo que era el padre de la víctima, llegó acompañado de otro hombre con barba oscura y gafas de sol. Ambos hablaron con el sargento de la guardia civil en un lado del aparcamiento, alejados de los curiosos, que en esta ocasión no se mostró tan frío como lo había estado con ella. Abrazó al padre y trató de consolarlo ante la atenta mirada del hombre misterioso de barba, que mantenía una extraña calma.

Tras una breve charla, el padre se quedó apoyado en el morro de uno de los coches de la Guardia Civil, mientras los otros dos se dirigían al furgón negro, en cuyo interior se encontraba el cadáver de la víctima. Tras un breve cruce de palabras entre ambos, el hombre de barba entró por la parte trasera del vehículo, y luego cerró.

Estuvo casi cinco minutos de reloj dentro y, nada más salir, agarró del brazo al sargento y se lo llevó a la playa. Eso hizo que Verónica se pusiese en pie y se acercase a la barandilla de cristal que rodeaba la terraza, para poder ver mejor la escena.

Desde esa distancia era imposible escuchar lo que hablaban, aunque sí vio cómo el sargento no perdía detalle de lo que el otro le contaba, mientras se pasaba la mano por el cabello un par de veces, resoplando. Parecía sorprendido y, a la vez, conmocionado.

Tras la conversación, regresaron juntos al aparcamiento, donde el sargento ordenó a varios de sus hombres que se subiesen a sus vehículos. Luego se acercó al padre y le pidió que le acompañase a uno de ellos. Desde su posición, Verónica logró escuchar que iban a detener al que lo había hecho y que lo mejor era que le acompañase al cuartel de Llanes.

Mientras tres de los cuatro todoterrenos de la Guardia Civil

abandonaban la playa, el hombre misterioso pasó caminando al lado del hotel, en dirección a la entrada del pueblo. Fue en ese momento cuando, a pesar de la barba y las gafas oscuras, Verónica adivinó su identidad, por eso abandonó la terraza a la carrera y le salió al paso.

—Perdona, ¿podemos hablar un momento? —dijo al llegar a su altura.

—Lo siento, tengo prisa —le replicó sin detenerse y molestarse siquiera en mirarla.

—Soy la subinspectora Verónica Cuevas, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de la Policía Nacional. Necesito hablar contigo un momento.

—No tengo nada que decir.

Verónica tuvo que apretar el paso para mantenerse a su lado.

—Tú eres Roberto Fuentes, ¿verdad? —preguntó, a pesar de que él continuó su camino sin dejar de mirar al frente—. He venido desde Madrid para buscarte. Leí varios artículos en la prensa que hablaban de ti.

—Lo siento, no sé a qué te refieres.

—Por favor, solo necesito hablar contigo unos minutos —dijo Verónica poniendo la mano en su brazo para que se detuviese—. No te robaré mucho tiempo, de verdad.

Al sentir el contacto, el hombre se paró y la miró por primera vez, a través de las gafas de sol.

—Ya no colaboro en investigaciones.

—No estoy aquí por ninguna investigación. Es por un tema personal.

—¿Personal? —repitió, extrañado.

—He venido en busca de consejo.

El hombre se quitó las gafas de sol y sus ojos marrones la observaron con intensidad.

—Está bien —dijo pasados unos segundos—, pero será mejor buscar un lugar donde nadie pueda escucharnos.

9

Verónica le siguió con su coche hasta una pequeña área recreativa situada frente a una ría, a un par de kilómetros de la playa de Barro. Tras aparcar sus respectivos coches a un lado de la calzada, ocuparon una de las dos únicas mesas del merendero, la que estaba situada más lejos de la carretera, al abrigo de los árboles. Un lugar donde no llamaban la atención y nadie podía escucharles.

—Creo que estuvimos a punto de conocernos hace algo más de dos años, en León —arrancó a decir Verónica cuando se sentaron uno frente al otro—. Yo estaba investigando los asesinatos de varias adolescentes y me hablaron de un agente que iba a hacerse cargo del caso. Bueno, en realidad no mencionaron tu nombre, pero creo que se referían a ti.

—Sí, recuerdo algo de eso. Al final me dijeron que no hacía falta que viajase a León.

—Fue porque resolví el caso antes de que llegases.

—Me alegro por ti —dijo sin mucha emoción.

Se le veía cansado, por eso Verónica decidió ir directa al grano.

—Antes dijiste que ya no colaborabas en investigaciones.

—Y así es.

—Pero hoy en la playa…

—Solo fui allí a acompañar al padre de la víctima. Es vecino mío. Cuando la Guardia Civil le llamó esta mañana para decirle que el cuerpo de su hija había aparecido en la playa, lo primero que hizo fue pedirme ayuda, por eso le acompañé hasta allí.

—¿Quería que le dijeses lo que le había ocurrido a su hija?

Él la miró durante unos segundos y le cambió de tema.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—Llevo varios días buscándote.

—¿En serio?

—Mi compañero, el inspector Vallejo, fue compañero de un amigo tuyo de Oviedo, el inspector Fandiño. —Al ver que no decía nada, prosiguió—. Leí un par de artículos sobre ti en Internet, en los que se hablaba de que habías logrado atrapar a varios asesinos en serie durante los últimos años, y sentí la necesidad de conocerte.

—Esos artículos son antiguos.

—Lo sé, pero…

—¿Y Fandiño te dijo dónde encontrarme?

—Sí. Bueno, no —rectificó—. Me dijo que te conocía, que había

trabajado contigo en un caso, en Oviedo, pero que luego te había perdido la pista. Que estabas retirado.

—Es cierto.

—¿Es por lo que dijo la prensa de ti?

—Es porque tengo una familia de la que ocuparme y la gente no supo respetar mi privacidad.

—Lo mismo que yo estoy haciendo ahora.

Roberto se limitó a asentir con la cabeza, y luego preguntó:

—¿Cómo me has encontrado?

—De casualidad.

—Yo no creo en las casualidades.

—Fandiño me dijo que habías vuelto a Llanes, aunque no supo decirme donde vivías. Me aconsejó que preguntase en Nueva de Llanes, donde habías crecido de niño. Toda la gente del pueblo con la que hablé me dijo que hacía mucho que no te veían, así que decidí probar en el pueblo de Poo, donde resolviste uno de los crímenes.

—Entiendo —murmuró él, atento a su relato.

—Tampoco tuve suerte allí, así que terminé cogiendo una habitación en el hotel de Barro y dediqué los dos días siguientes a recorrer varios pueblos de la zona, por si tenía suerte y alguien te conocía.

—¿Y fue así?

—No, nadie sabía nada de ti.

—Me alegro de ello —dijo con expresión satisfecha.

—Al final decidí que lo mejor era olvidarme y disfrutar del resto de mis vacaciones. Tenía pensado marcharme hoy, hasta que ocurrió el incidente de la playa y te vi.

Roberto se acarició la mejilla.

—Pensé que dejarme barba ayudaría a que nadie me reconociese.

—En realidad, no lo hice. No me di cuenta de que eras tú hasta que te vi hablar con el sargento de la Guardia Civil, después de salir del furgón forense, y la reacción que él tuvo tras esa charla.

—Veo que eres observadora.

—No tanto como me gustaría. Me queda mucho por aprender.

—No lo parece.

—¿Ah, no? —preguntó ella sorprendida.

—Has dicho antes que resolviste aquellos crímenes en León.

—Tuve suerte.

—Yo no creo en la suerte, como tampoco en las casualidades —aseguró mirándola a los ojos—. ¿Qué quieres de mí, Verónica?

—Que me ayudes.

—Hace tiempo que ya no participo en investigaciones. Si lo hiciese, no tendría vida. ¿Sabes la cantidad de gente que intentó ponerse en contacto conmigo después de que mi nombre y mi foto

saliesen en la prensa hace dos años? Policías, guardia civiles, detectives, incluso personas que habían perdido a alguien me pidieron que les ayudase a resolver su muerte. Añade a eso todos los periodistas sensacionalistas que querían sacar partido de mi historia y sabrás por qué decidí desaparecer.

—Lo entiendo, pero lo que yo…

—Ahora tengo una familia de la que ocuparme y a la que proteger —la interrumpió él—. No puedo permitirme ponerles en peligro implicándome de nuevo en una investigación.

—¿No es eso lo que has hecho hoy?

Nada más pronunciar esa frase, Verónica se dio cuenta de que su tono no había sido el más adecuado. Había sonado a reproche, algo que no pretendía y que él, por suerte, no pareció tomarse a mal.

—Antonio es vecino y amigo, como ya te dije antes. Su hija no volvió a casa anoche y, en cuanto le llamó la Guardia Civil esta mañana para contarle lo ocurrido, su primera reacción fue venir a buscarme. No estaba en condiciones de conducir, así que le acompañé hasta la playa de Barro. Solo eso.

—Sin embargo, entraste en el furgón forense donde se encontraba el cuerpo de su hija. ¿Qué ocurrió dentro?

—Si leíste esos artículos, imagino que ya lo sabrás.

—Prefiero oírlo de tus labios.

—Daniela era muy buena estudiante y bastante responsable. Un encanto de niña —añadió con mirada melancólica—. El único problema es que, como todas las quinceañeras, quería salir más a menudo con su novio y sus padres no estaban de acuerdo. Discutían con frecuencia por ese tema y al final decidió que lo mejor era romper la relación, algo que él no aceptó.

—¿La asesinó?

—La ahogó anoche en esa misma playa. Ahora es trabajo de los investigadores demostrarlo, aunque le he dicho al sargento lo que debe hacer para lograr que se venga abajo durante el interrogatorio y lo confiese todo.

Verónica asintió con la cabeza, antes de decir:

—Eso es precisamente lo que necesito de ti. No quiero que participes en ningún caso, sino que me ayudes a ser mejor investigadora.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Estoy segura de que detrás de la resolución de los crímenes que has llevado a cabo todos estos años hay algo más que ese don del que hablan los periódicos. Conoces la mente de los asesinos, sabes cómo piensan y cómo atraparlos. ¿Me equivoco? —Al ver qué él no respondía, añadió—. Eso es lo que necesito aprender de ti.

—¿Por qué?

Ahora fue ella la que no supo darle una respuesta, al menos en un primer momento.

—Pues…

—¿Qué te ocurrió? —se adelantó él—. Veo en tu mirada un sentimiento de culpa del que no logras desprenderte.

—En mi… ¿mirada? —preguntó desconcertada.

Roberto dibujó una débil sonrisa en sus labios.

—En realidad lo noté cuando me agarraste en la playa para que me detuviese. Ese es el motivo de que aceptase hablar contigo. —Al ver que ella se quedaba sin palabras, añadió—: No te asustes, no puedo leer la mente ni nada de eso. Solo percibí lo que te he comentado. A veces me ocurre, aunque no con todo el mundo. Puede que sea porque yo también me sentí igual que tú en más de una ocasión. En tu caso, ¿a qué se debe?

Ella tragó saliva y decidió que si quería lograr su ayuda tenía que sincerarse con él.

—A algo que me sucedió hace un año. Descubrí que el hombre con el que vivía era un psicópata que secuestraba a mujeres y abusaba de ellas en un cuarto oculto que tenía en el sótano de su casa. Las retenía durante meses y cuando se cansaba, las mataba.

—¿Lo detuviste tú?

—Más o menos. Descubrí el cuarto oculto en el sótano, pero me atacó y… —Por un instante, su voz se quebró. Todavía le costaba rememorar aquel suceso—. Alguien me salvó la vida cuando estaba a punto de estrangularme.

—Tuvo que ser una experiencia muy traumática.

—Sí, aunque lo más duro fue descubrir que había convivido con él durante un año, sin saber cómo era en realidad y lo que ocultaba en ese sótano.

—Y te martirizas por ello, ¿verdad? —Verónica se limitó a asentir con la cabeza—. No lo hagas, los psicópatas son especialistas en seducir y engañar a quienes les rodean.

—Lo sé, pero eso no hace que me sienta mejor. Estudié criminología antes de entrar en la Policía, he leído multitud de libros sobre la mente criminal y, a pesar de eso, no fui capaz de descubrir a un psicópata cuando lo tenía delante de las narices. Es más —añadió al ver que él iba a rebatirla—, la semana pasada detuvieron a un presunto asesino en serie de prostitutas en Salamanca. Imagino que lo habrás visto en las noticias.

—No veo la televisión, ni tampoco leo los periódicos.

—No pienso que ese hombre sea culpable, más bien creo que solo es una cabeza de turco. Pero si tuviese que encontrar al verdadero asesino, lo cierto es que dudo que fuese capaz. Ya no.

—Lo que te sucedió hace un año ha hecho que pierdas la confianza

en ti misma como investigadora —dedujo.

—¡Exacto!

Roberto asintió con la cabeza varias veces, pensativo, y pasados unos segundos dijo:

—No creo que pueda ayudarte con eso, al menos de manera directa. Ojalá pudiese transmitirte mi don. Lo haría si fuese posible, créeme. —El modo que tuvo de mirarle al decirlo, hizo que Verónica comprendiese que hablaba en serio—. Mi vida sería más sencilla.

—Entiendo —murmuró.

—Sin embargo, conozco a alguien que podría hacerlo, aunque antes debo preguntarte si estás segura de emprender ese camino.

—¿Qué quieres decir?

—Este trabajo hace que veamos cosas muy duras, que luego nos afectan, sobre todo si nos identificamos con las víctimas.

—Yo fui una víctima, cuando era una niña —dijo entonces Verónica—, por eso me metí en la Policía. Quería capturar a todos esos monstruos que viven entre nosotros.

—Yo prefiero llamarlos demonios, y no todo el mundo es capaz de entrar en el lugar donde habitan.

—Yo estoy decidida a hacerlo. Solo necesito aprender cómo, por eso he venido a buscarte. Estoy convencida de que el mejor modo es aprender de los mejores.

—En ese caso, creo que hay un único modo de poder ayudarte. Eso sí, antes debo preguntarte cuál es tu nivel de inglés.

—Pues… creo que bueno —dijo tras dudar un par de segundos, desconcertada por la pregunta—. Estuve en Irlanda un par de veranos, cuando estaba en la universidad, y logré sacarme el nivel C-1 antes de entrar en la Policía.

—En ese caso no deberías tener problemas.

—¿Para qué?

—Conozco a alguien en el FBI, un buen amigo. Trabajé con él en una investigación en los Estados Unidos y, luego, durante un año formé parte de un grupo especial de la Interpol que dirigía él. Si de verdad quieres aprender cómo funciona la mente de un psicópata, es la persona adecuada para ayudarte.

—¿Y tengo que viajar a los Estados Unidos?

—¿Sería un problema?

—Al menos por mi parte, no —respondió de inmediato—. Estoy dispuesta a lo que sea.

—Hablaré con él entonces. Sé que el FBI imparte cursos a las policías locales en Quantico, y a veces también a representantes de cuerpos policiales de todo el mundo.

—Sería increíble hacer uno de esos cursos —aseguró Verónica, ilusionada.

—Ya te adelanto que los psicópatas norteamericanos y los españoles no son iguales en algunos aspectos. La idiosincrasia es muy diferente. Somos muy distintos culturalmente, pero hay una serie de rasgos que son comunes, y también lo son los procedimientos que se aplican en las investigaciones. Aprendí mucho trabajando con él y estoy convencido de que conocer esos procedimientos te serían muy útiles. Si estás dispuesta a dar el paso, claro —añadió.

—Lo estoy —afirmó Verónica—. Haré lo que sea para atrapar a esos demonios.

10

Nueve horas de vuelo, a las que había que sumar las tres que había estado en el aeropuerto de Madrid, esperando la salida del vuelo, y la hora que tardó en pasar el control a su llegada a Washington.

Todo había sucedido tan rápido y estaba tan emocionada, que apenas había dormido durante el viaje. No podía creerse que hubiese viajado al otro lado del mundo para incorporarse a un curso al alcance de muy poca gente fuera de los Estados Unidos. Y todo gracias a Roberto Fuentes y a su amigo del FBI que, en contra de lo esperado, había conseguido que la admitiesen en un tiempo récord.

Apenas dispuso de cuatro días, una vez confirmada su inclusión en el curso, para tener lista la documentación necesaria antes de viajar a los Estados Unidos. Por suerte, desde la Brigada de Homicidios todo habían sido facilidades, en especial por parte del inspector jefe Olaya. No solo autorizó que realizase el curso, sino que agilizó el papeleo necesario para que pudiese incorporarse en la fecha prevista. Incluso elaboró un informe personal, que adjuntó a su expediente antes de remitirlo a la Academia del FBI.

Cuando por fin salió del control del aeropuerto de Washington-Dulles, tras identificarse y explicar el motivo de su visita, se encontró con un hombre de rasgos latinos, cercano a los cincuenta años y vestido con un traje oscuro.

—Hola. ¿Eres Verónica Cuevas? —preguntó en un perfecto español.

—Sí.

—Soy el agente Ayala, el amigo de Rober.

—Es un placer conocerle en persona —dijo ella con una sonrisa emocionada, estrechando la mano que le ofreció.

—El placer es mío. Y por favor, trátame de tú. Estoy encantado de ayudar a una amiga de Rober. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien —respondió sin atreverse a decir que la relación con él era tan breve como la conversación que habían mantenido en Llanes una semana atrás—. Estoy muy agradecida de esta oportunidad que me ha dado el FBI.

—Vienes muy bien recomendada, tanto por Rober como por tu jefe. Tu expediente es muy prometedor.

—Gracias —murmuró con timidez. De pronto le asaltó un intenso miedo a no estar a la altura de la oportunidad que se le había ofrecido.

—Debo decir que has tenido mucha suerte. Cuando me puse en contacto con la Academia de Quantico, justo se había producido una baja en el curso de psicología criminal aplicada que empieza mañana. Al parecer, fue debido a ciertas desavenencias con el gobierno tailandés —dijo encogiéndose de hombros, para a continuación estirar el brazo, indicando que le acompañase—. Creo que aprenderás mucho en él.

—Eso espero.

Mientras se dirigían a la salida, Ayala comentó:

—Será un curso intenso, eso ya te lo adelanto, pero aprenderás muchas cosas. Yo mismo estuve impartiendo una de las materias durante dos años, hasta que decidí regresar al trabajo de campo, que es lo que más me gusta.

—A mí también.

Salieron del aeropuerto, donde les esperaba un coche para llevarles a su destino. Al volante iba un agente más joven y ellos ocupaban los asientos traseros.

—La Academia Nacional está en Quantico —comentó Ayala, mientras circulaban por una carretera de cuatro carriles—. Imagino que eso ya lo sabrás.

—Sí.

—Está situada dentro de una base del Cuerpo de Marines, compartiendo espacio con la DEA. Te lo digo porque verás que hay bastante movimiento, la mayoría de personal armado que va y viene de los campos y zonas de tiro. De todas formas, nuestras instalaciones están bastante centralizadas —explicó con voz pausada—. Te han asignado una habitación individual en la residencia, ya que al parecer eres la única mujer en este curso. Te darán también una identificación para entrar y salir de la base, aunque no creo que lo necesites. Dentro tienes tiendas y algún pequeño restaurante, si prefieres salirte del menú del comedor.

—No tengo pensado salir. Estoy aquí para realizar el curso y mi intención es tomármelo muy en serio.

—Si tienes algún problema puedes llamarme a este número a cualquier hora del día —dijo entregándole una pequeña tarjeta que sacó de su cartera—. Yo trabajo en Washington, pero puedo acercarme a Quantico si lo necesitas en algún momento.

—Te lo agradezco, aunque no creo que sea necesario. Estaré bien.

—Seguro que sí.

—Una pregunta —dijo entonces Verónica—. Lo único que sé del curso es que dura ocho semanas seguidas.

—Podrás descansar los domingos —puntualizó él.

—¿De verdad voy a aprender las técnicas necesarias para atrapar a un asesino en serie?

Ayala asintió con la cabeza antes de responder.

—Te aseguro que al final del curso serás capaz de meterte en su mente y pensar cómo él.

—Dicho así, casi asusta.

El agente dibujó entonces una sonrisa tranquilizadora.

—Aquí decimos que para atrapar a un demonio hay que descender al lugar donde habita. —Tras lo cual, añadió—: Bienvenida al FBI.

11

Ese sábado terminaba la cuarta semana del curso del FBI. Quedaban por delante otras cuatro, motivo por lo cual todos los alumnos iban a hacer ese día una comida especial para celebrar «el paso del Ecuador».

Ese día, como en sábados anteriores, ocuparían la mañana realizando prácticas de tiro en el campo número dos, un complejo de varias casas en las que se simulaban asaltos y rescate de rehenes. Un buen modo de terminar la semana y desestresarse tras diez horas diarias de clases, de lunes a viernes.

Verónica caminó en la parte trasera del grupo, formado por miembros de las fuerzas policiales de México, Japón y diversos países europeos, principalmente ingleses. Ella era la única española y la única mujer, aunque no por ello la trataron de forma diferente.

Curiosamente, con quien mejor se llevaba era con Brendan, un espigado detective irlandés de Scotland Yard, de pelo rubio y tez pálida, que solía veranear en Mallorca y con el que se entendió muy bien desde el principio.

—Cuevas, ¿has podido dormir? —preguntó, mientras caminaba a su lado—. Porque yo me he pasado la noche soñando con el puñetero Jeffrey Dahmer.

—Estaba tan cansada que ni me acuerdo de cuándo cerré los ojos.

—¿Es que no te afectan las cosas que nos enseñan en este curso? Todas esas fotos y esos… ¡vídeos! —recalcó con cara de desagrado.

—Si me afectasen no habría pedido venir aquí.

Verónica estaba convencida de que había sido un acierto realizar el curso de psicología criminal aplicada que se impartía en la Academia Nacional del FBI, en Quantico.

La formación que estaba recibiendo iba mucho más allá de cualquier libro que hubiese leído hasta el momento. Sobre todo, porque podía conocer de primera mano la experiencia de los agentes que habían participado en la mayoría de las investigaciones que estudiaban.

Era obvio que el nivel de violencia en los Estados Unidos no era comparable al de España, pero Verónica estaba convencida de que muchas de las cosas que estaba aprendiendo podría aplicarlas cuando regresase a su trabajo en la Brigada de Homicidios.

—Te seré sincero. Hay cosas que no me parecen del todo creíbles —dijo Brendan bajando la voz, para que nadie más les escuchase—. Como eso que comentó el agente experto en crímenes de motivación

sexual el otro día.

—¿A qué te refieres?

—A eso de que los asesinos regalan objetos de sus víctimas a novias o familiares, porque les excita ver que los llevan puestos.

—Te aseguro que es muy cierto.

—¿Tú crees?

Verónica se ahorró explicarle por qué lo sabía. Todavía notaba en su piel el tacto del colgante que Marcos le había regalado y la horrible procedencia de este. No obstante, ese recuerdo le produjo un dolor que trató de ocultar con una sonrisa.

—Esto te gusta, ¿verdad? —preguntó entonces el irlandés.

—¿Qué quieres decir?

—En las clases observo cómo no pierdes detalle de lo que explican los profesores. Siempre les haces preguntas y tomas notas de todo.

—Estoy aprendiendo mucho.

—Es más que un deseo de aprender. Yo diría que para ti es algo personal.

—¿Acaso nuestro trabajo no lo es?

Llegaron al campo de tiro justo cuando un grupo de siete militares abandonaba una de las casas, para dirigirse a la zona de espera en la que ellos se habían detenido. Dado que la Academia estaba situada dentro de en una base militar del Cuerpo de Marines, no le extraño que vistiesen uniformes de campaña y portasen equipos y armas de combate. Solo por cómo se movían y sujetaban sus fusiles, supuso que bajo aquel casco y tras las gafas de protección balística había hombres expertos en el arte de la guerra.

Uno a uno fueron pasando junto a ellos, sin molestarse siquiera en mirarles. Solo el que iba en cabeza alzó la mano a modo de saludo, a lo que el agente del FBI que dirigía el grupo de alumnos correspondió de igual manera, para luego volverse a mirar a los suyos.

—Vamos, el campo de tiro ya está libre.

Todos le siguieron en dirección a la casa más cercana, menos Verónica, que se quedó parada al ver que uno de los militares se detenía en seco poco antes de llegar a su altura, sin dejar de mirarla. Además del casco y las gafas de protección balística con cristales amarillos, llevaba una bufanda tubular que le cubría desde el cuello hasta la nariz.

En un primer momento, pensó ingenuamente que aquel hombre quizás llevaba demasiado tiempo combatiendo y sin ver a una mujer, de ahí que pusiese toda su atención en ella. Supuso que sería un marine que acababa de regresar de alguno de los países donde los americanos seguían combatiendo a diario, sin contacto con nadie que no llevase un fusil en las manos.

No le molestó que la mirase, pero decidió ignorarlo y seguir su

camino para alcanzar a sus compañeros. Apenas había dado un par de pasos cuando escuchó que él le decía:

—Hola, Vero.

Desconcertada, se detuvo y lo miró de nuevo.

—¿Nos conocemos?

En ese momento, el hombre se bajó la bufanda y se quitó las gafas y el casco, lo que le permitió ver su rostro con claridad. A pesar de la barba de varios días, lo reconoció al instante.

—Pensé que no volvería a verte más —dijo él, casi tan desconcertado como ella.

Verónica sintió que se le paraba el corazón y las palabras se atascaban en su garganta. Solo fue capaz de murmurar:

—¿Santi?

12

Al escuchar su nombre, Santi se acercó a ella sin dejar de sonreír.

—No puedo creerme que seas tú. ¿Estás haciendo un curso del FBI? —preguntó señalando con la mirada el escudo que llevaba en el lado izquierdo de su polo azul.

—Sí —respondió Verónica, incapaz de mover un solo músculo del cuerpo.

—Nunca me imaginé que volvería a verte.

—Ni yo a ti —le replicó con sequedad—. ¿Qué haces aquí, Santi?

—Prácticas de tiro. Es mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

—Creo que tengo que explicarte algunas cosas.

—Desde luego que sí.

—Aunque me temo que ahora no es el mejor momento. Mis compañeros me esperan para ir al siguiente ejercicio y tu instructor te espera —dijo señalando a su espalda. Ella miró de reojo y comprobó que era cierto—. Podríamos vernos luego. ¿Estás libre para comer?

—No, tengo una comida con mis compañeros.

—Entonces podemos tomar un café juntos después —sugirió él—. Los marines tienen una cantina que está muy bien.

—Preferiría no estar rodeada de militares.

—En ese caso, ¿qué te parece el restaurante de bocadillos que hay cerca de vuestros alojamientos? ¿Te va bien a las cuatro? A esa hora apenas habrá gente.

—Sí —fue lo único que acertó a decir.

—Perfecto. Entonces nos vemos allí.

Santi se alejó sin perder la sonrisa y Verónica le observó incapaz de pronunciar una sola palabra más. Estaba tan desconcertada que por un momento incluso dudó de que el encuentro hubiese sido real.

Un año sin saber nada de él, desde que le había salvado la vida y tras desaparecer acto seguido sin dejar rastro. Solo una nota en un libro, a modo de broma o de guiño.

Ya se había hecho a la idea de que no volvería a verle nunca, y mucho menos en un lugar tan apartado, a seis mil kilómetros de casa. ¿Qué hacía Santi en aquella base? ¿Por qué vestía como un militar estadounidense?

En su momento solo había logrado averiguar de él que había sido soldado en el ejército español y que luego había estado trabajando para una empresa privada de seguridad llamada *Red Point* como

mercenario. O eso suponía.

Una vez lo perdió de vista, Verónica regresó junto a su grupo, ante la atenta mirada de Brendan, que le preguntó en voz baja cuando llegó a su altura:

—¿Conoces a ese soldado?

—Más o menos.

—Parecía alegrarse mucho de verte, aunque a ti no se te ve muy contenta.

Verónica resopló y dijo con claro pesar:

—Me da que esto me va a costar unas cuantas sesiones de terapia.

13

Dos cosas le llamaron la atención a Verónica cuando se reunió con Santi esa tarde en un restaurante de una cadena famosa de bocadillos: que fuese vestido de civil y que se hubiese afeitado la barba. La esperaba sentado a una de las mesas del local, con una amplia sonrisa a la que ella respondió con un simple «hola».

En un principio no tenía muy claro cómo actuar con él. Un sinfín de sentimientos contradictorios habían inundado su mente tras el primer encuentro horas antes, de tal modo que los ejercicios de tiro de esa mañana no habían salido todo lo bien que ella hubiese deseado. Incluso el instructor del FBI le preguntó si le ocurría algo.

Lo cierto era que no sabía explicar muy bien cómo se sentía al verle de nuevo. Había imaginado tantas veces el reencuentro que, ahora que se había hecho realidad, se preguntaba qué se ocultaba tras aquella sonrisa deslumbrante. ¿Quién era en realidad el hombre que tenía ante ella? ¿Por qué había aparecido un año atrás en su vida, para luego desaparecer de repente?

—He pedido un café con leche y otro solo —dijo Santi poniéndose en pie para recibirla y sosteniendo un vaso de cartón en cada mano—. No sé cuál de los dos prefieres.

—Me da igual. Aquí el café es como agua con colorante —le respondió Verónica sin mostrarse demasiado efusiva con él. Lo cierto era que el corazón le iba a mil por hora en ese momento, pero estaba decidida a no demostrarlo—. Dame el que tiene leche.

—Toma —dijo entregándole el que tenía en la mano derecha—. ¿Te parece bien que nos sentemos aquí, junto a la ventana?

—Mejor en un sitio apartado del resto de la gente, si no te importa.

En el local no había más de cinco personas, las cuales dudaba mucho que hablasen español, pero no quería que nadie escuchase la conversación que iban a mantener.

Ocuparon una mesa al fondo del local, la más alejada de la puerta de entrada. Una vez allí, y sentados uno frente al otro, Santi comentó:

—Nunca me habría imaginado encontrarte aquí.

—Yo a ti tampoco.

—¿Sobre qué es el curso que estás haciendo con el FBI?

—Psicología criminal.

—Suena bien.

—¿Y tú qué haces aquí, Santi? —preguntó ella, decidida a tomar el mando de la conversación.

—Prácticas de tiro.

—Eso ya lo he visto. Me refiero a…

—Sí, entiendo a qué te refieres, pero no puedo comentarte nada sobre mi trabajo —dijo sin perder la sonrisa.

—Ya veo. —Verónica fue consciente de que mantenía un semblante demasiado serio, todo lo contrario de Santi, que parecía feliz de verla. Sin embargo, eran tantas las preguntas que deseaba hacerle que no quiso bajar la guardia.

—¿Hasta cuándo te quedas en Quantico? —preguntó él.

—Un mes más, hasta finales de agosto.

—Deberías aprovechar para visitar luego el país. Hay algunos lugares que…

—Escucha, Santi —le interrumpió ella con voz enérgica—. Hace un año asesinaste a un hombre y luego desapareciste. No vamos a actuar como si eso nunca hubiese sucedido.

—Lo hice para salvarte la vida.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero no tengo ni puñetera idea de quién eres ni para quién trabajas. —En ese momento salió a flote la Verónica cabreada con el mundo, esa que llevaba meses tratando de dominar a base de numerosas horas de terapia—. Es más, ni siquiera sé si ese es el verdadero motivo por el que lo hiciste.

—¿Qué insinúas? —preguntó él, que pareció sorprendido por su reacción.

—Un día te conozco en el gimnasio al que iba y al siguiente alquilas mi casa, situada frente a la casa en la que yo vivía con Marcos. ¿Lo vigilabas a él o a mí?

No pareció molestarle la pregunta.

—A ninguno de los dos.

—¡Seguro que no! —exclamó Verónica con ironía—. Apareciste justo cuando Marcos estaba a punto de estrangularme.

—Perdona, pero eso ha sonado a reproche. ¿Acaso esperabas que me quedase de brazos cruzados mientras veía cómo trataba de asesinarte?

—Claro que no, pero no dejo de preguntarme quién coño eres. Me salvas la vida y acto seguido me dices que la policía no puede pillarte allí y que tienes que largarte. —En ese momento le clavó la mirada con dureza—. ¿Qué coño hacías en Madrid, Santi?

Antes de responder a la pregunta, él la observó durante unos segundos y luego apoyó la espalda en el respaldo de su asiento.

—¿Qué te ocurre, Vero? Pareces cabreada conmigo.

Eso hizo que sus pulsaciones aumentasen.

—¿Cómo esperas que no lo esté? Desapareciste sin darme una sola explicación. Llevo meses pensando si eras un mercenario o tal vez un sicario de alguna organización criminal, enviado por la gente a la que

investigaba para vigilarme.

—No te estaba vigilando, te lo aseguro.

—¿Y qué hacías entonces? ¿Acaso eres un psicópata al que le gusta espiar a las mujeres?

—Te recuerdo que fuiste tú la que me vigiló a mí.

—Porque no me fiaba de ti. Estaba convencida de que ocultabas algo, y lo dejaste muy claro cuando huiste.

En ese momento, la sonrisa de Santi se apagó.

—Eso no tuvo nada que ver contigo.

—¿Y con qué tuvo que ver?

—Es complicado.

—Mi vida también lo es, demasiado como para permitir que nadie más me haga daño. Lo que menos necesito ahora es otro psicópata en mi vida.

En realidad no era eso exactamente lo que quería decir, pero las palabras salieron de su boca de manera atropellada, y cuando quiso rectificar ya era tarde.

—No me puedo creer que pienses eso de mí.

—No te conozco de nada —intentó explicarse Verónica—. ¿Quién me dice que no eres como Marcos?

Notó que esa última puntualización le hacía daño. La reacción de Santi fue apurar su café de un solo trago, sonreír de manera forzada y luego ponerse en pie.

—Creo que vernos ha sido un error. Espero que todo te vaya bien, Vero —dijo antes de dirigirse hacia la salida del local.

Durante unos segundos ella se quedó paralizada, sin reaccionar. Sabía que había sido bastante dura con él, pero no podía permitirse cometer más errores en sus relaciones personales.

Decidió que quizás era mejor así. Después de todo, no dejaban de ser dos completos desconocidos con vidas muy distintas.

No lo lamentaría si no volvía a verle.

14

Pasaron dos semanas sin que Verónica volviese a saber nada más de Santi. Esperó encontrarse con él en las dos ocasiones en que regresó al mismo campo de tiro, pero no fue así. Tampoco lo vio por la base en ningún momento.

Fue algo que la incomodó. Deseaba poder disculparse con él por el modo en que le había hablado. No porque no pensase cada una de las palabras que le había dicho, sino porque había sido bastante dura con él. *Demasiado borde*, se dijo a sí misma al rememorarlo. Eso le recordó a la Verónica de antes, la que siempre estaba enfadada con el mundo y que no permitía que nadie se acercase a ella. Odiaba que la conversación con Santi hubiese sacado su lado más oscuro, por eso pensaba que le debía una disculpa.

Después de que le hubiese salvado la vida un año atrás, su actitud con él debería haber sido otra. Sin embargo, había algo que todavía no podía olvidar: su mirada después de pegarle el tiro de gracia a Marcos, cuando lo tenía indefenso en el suelo. Había sido una mirada fría, carente de cualquier emoción. La mirada de un psicópata.

¿Quién era realmente Santi? ¿Por qué había aparecido en su vida de aquel modo un año atrás?

Eran preguntas que seguían sin respuesta y que hacían que sintiese la necesidad de obtenerlas. Por desgracia, no parecía que eso fuera a ser posible.

Por suerte, ese día recibió una visita que no esperaba y que la desconectó de esos pensamientos. Salía de la última clase de la tarde cuando vio que alguien la aguardaba en el pasillo. Era Ayala, el agente que la había recogido en el aeropuerto a su llegada a los Estados Unidos y que había logrado incluirla en el curso de psicología criminal aplicada.

—¿Cómo estás, Verónica?

—Muy bien —respondió ella, sonriendo de igual modo que él.

—Siento no haber venido antes a verte, pero el trabajo en Washington me tiene absorbido.

—No era necesario que vinieses.

—Quería saber qué tal te va todo.

—Muy bien. Estoy muy contenta con el curso.

—He hablado con algunos de tus profesores y me han dicho que eres la que más interés muestra durante las clases, con diferencia.

Ella se sintió halagada, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Para eso he venido aquí, para aprender.

—Sé que un curso de ocho semanas no da para saberlo todo sobre la psicología criminal, pero seguro que te ayudará mucho en tu trabajo cuando regreses a España.

—Seguro que sí. Estoy aprendiendo muchas cosas que no había estudiado y que tampoco vienen en los libros. Ojalá me ayuden a identificar a un psicópata cuando lo tenga delante —dijo sin poder evitar pensar en Santi.

—¿Qué te parece si te invito a un café? Dispongo de unos minutos libres antes de pasar a saludar al director de la Academia.

—De acuerdo.

Bajaron a la pequeña cafetería situada en la planta inferior y, tras pedir un par de cafés, se sentaron alrededor de una de las escasas mesas que había en la sala.

—¿Entonces crees que el curso está siendo instructivo?

—Mucho —respondió Verónica—. Aunque ya que estás aquí y dada tu experiencia con criminales y asesinos, me gustaría preguntarte algo.

—Lo que quieras.

—Hace un año conocí a alguien, un hombre simpático y con un atractivo innegable que me salvó la vida. Yo… —Hizo una breve pausa para elegir las palabras adecuadas—. El asesino al que buscaba me atacó y estaba a punto de asfixiarme cuando él le disparó en un hombro, salvándome la vida. La cuestión es que luego se acercó a él y le remató de un disparo en la cabeza. Fue como si de pronto fuese otra persona y lo que vi en su mirada reconozco que me asustó.

—¿Por qué?

—Porque vi que no era la primera vez que lo hacía. Lo que vi en sus ojos durante unos segundos fue la mirada de un psicópata.

—Entiendo —murmuró Ayala asintiendo con la cabeza.

—Hace un par de semanas estudiamos el caso de Ted Bundy, que asesinó a más de treinta mujeres, a las que cautivó con su encanto. Incluso estando en la cárcel, muchas creían todavía en su inocencia y pedían su liberación. Un hombre que era capaz de enamorar a una mujer y de cometer luego un asesinato a sangre fría.

—Lo que me estás contando no es exactamente lo mismo. Dices que esa persona lo mató para defenderte.

—No era necesario que le pegase el tiro de gracia.

—¿Piensas que él también era un psicópata?

—Es lo que no dejo de preguntarme.

—¿Era policía?

—No tengo ni idea. Lo único que sé de él es que tiene un pasado militar —respondió sin atreverse a mencionar que se habían encontrado dentro de aquella misma base dos semanas antes.

—En ese caso, no es de extrañar que hubiese actuado así. Ten en cuenta que un combatiente tiene que ser capaz de disparar al enemigo y hacerlo sin remordimientos. Esa ausencia de empatía no es muy diferente a la de un cirujano que realiza una operación a corazón abierto o el directivo de la empresa que tiene que despedir a la mitad de los trabajadores.

—Creo que este caso es diferente.

—Yo no lo creo. Casi todos, ante un determinado estresor, somos capaces de asesinar. La diferencia entre nosotros y un asesino psicópata es que él lo hace para satisfacer una fantasía. En el caso de un soldado lo hace para salvar su vida y la de otros.

—Aun así, no era necesario que se tomase la justicia por su mano.

—Tal vez, pero, ante una situación de peligro, decidió eliminar la amenaza y hacerlo de forma contundente, para siempre. No todo el mundo actúa así, está claro, sin embargo, es algo que yo mismo haría si tuviese que proteger la vida de mis seres queridos. Imagino que tú también.

Verónica tardó en darle una respuesta. Tuvo que volver la vista atrás para recordar la única ocasión en que había arrebatado una vida.

—Supongo que sí.

—En un caso como el que me has contado, creo que debes preguntarte qué fin buscaba esa persona matando a quien intentaba asesinarte.

—Me preocupa más lo que haya hecho en el pasado.

—En eso me temo que no puedo ayudarte.

Por un momento estuvo tentada de pedirle a Ayala si podía averiguar algo más sobre Santi. Seguro que dentro de aquella base alguien le conocía, incluso podría darle más información sobre él, pero al final se dijo a sí misma que ya no importaba. Lo más probable era que se hubiese marchado, dado que no había vuelto a verle, y de no ser así, dudaba que volviese a acercarse a ella, teniendo en cuenta cómo había terminado su encuentro anterior.

Lo mejor era pasar página y seguir con su vida.

—Con sinceridad —añadió Ayala—, los psicópatas que más deberían preocuparte son los que no tengan intención de salvarte la vida.

—Lo sé.

Durante unos minutos estuvieron hablando de otros temas relacionados con el curso y luego el agente se despidió de ella, deseándole lo mejor para las dos semanas restantes.

Cada vez quedaba menos y Verónica decidió que debía centrarse en todo lo que estaba aprendiendo y aprovechar hasta el último minuto.

15

Faltaban tres días para terminar el curso de psicología criminal. Esa tarde Verónica había decidido dar una vuelta por la base. Las clases habían terminado antes de lo previsto y, antes de cenar e irse a dormir, necesitaba dar un paseo a solas para reflexionar. Pronto regresaría a España y lo haría con una confianza en sí misma mayor de la que había tenido en cualquier otro momento de su vida. Aquellas ocho semanas en Quantico habían cambiado por completo su percepción de las cosas. Se sentía preparada para afrontar cualquier reto que se le presentase en su trabajo, por eso su mayor deseo era regresar a Madrid y tener la oportunidad de poner en práctica todo lo que había aprendido.

Recorrió la carretera que llevaba hasta los campos de entrenamiento, aunque en vez de dirigirse a ellos como había hecho en anteriores paseos, decidió acercarse a una pequeña tienda de alimentación, situada en el extremo de un aparcamiento. Quería comprar una botella de agua y de paso ver si tenían algún recuerdo que pudiese llevarse de vuelta a casa. Algo que le recordase su estancia en los Estados Unidos.

La tienda era más bien pequeña. Tenía tres pasillos con estantes a uno y otro lado y un perchero en la entrada con varias camisetas y sudaderas con las letras USMC. No eran demasiado caras, así que buscó una que fuese de su gusto. Incluso pensó en coger una para Vallejo que hiciese juego con su inseparable cazadora negra de cuero. Un poco más allá, vio otro perchero con varias camisetas con logotipos de películas como Regreso al futuro o Cazafantasmas. Todo muy americano. No obstante, hubo una camiseta que llamó su atención: una negra que tenía una gran «V» de color rojo en el pecho. No sabía lo que significaba, pero cogió una para mirarla de cerca.

—Es la «V» de victoria —dijo de pronto una voz en español a su espalda—. Es de una serie mítica de los ochenta.

Verónica se quedó paralizada cuando al volverse se encontró a Santi a pocos pasos de ella, mirándola con una tímida sonrisa dibujada en sus labios. Se había dejado barba de nuevo y tenía unas profundas ojeras.

—Hola. Te he estado buscando —fue lo único que acertó a decir mientras notaba cómo su corazón se aceleraba.

—No vivo en la base, solo vengo cuando tengo algún ejercicio de tiro, como hoy. Vine a comprar algo para cenar y me voy a dormir —

dijo mostrando una bolsa de pan de molde.

Verónica notó que estaba incómodo, sin atreverse a acercarse, por eso dio un paso hacia él.

—¿Y dónde vives? Imagino que eso al menos me lo podrás contar —añadió con una sonrisa con la que quiso darle a entender que no era un reproche.

—Estoy alojado en un pueblo al norte de aquí llamado Warrenton, pero mañana me largo del país por cuestiones de trabajo.

—Siento oírlo.

—Bueno, así es mi vida —dijo encogiéndose de hombros—. Me alegra haberte visto otra vez.

Santi le dio la espalda y se encaminó a la salida, lo que hizo reaccionar a Verónica antes de que alcanzase la puerta.

—Me encantaría que tomásemos un café juntos —dijo elevando la voz lo suficiente para que lo escuchase con claridad.

Él se detuvo en seco y se volvió para mirarla.

—Pensé que no te gustaba el café de aquí.

—Quien dice un café, dice una cerveza —aseguró tratando de ser lo más agradable posible—. La que he probado hasta ahora no estaba tan mal.

La mirada de Santi le indicó que pensaba rechazar su propuesta.

—La última vez no terminó muy bien —murmuró.

—Eso fue porque no estuve muy dispuesta a escucharte —dijo ella, acercándose.

—Tampoco esta vez podría contarte mucho.

—Al menos dame la oportunidad de disculparme contigo por lo sucedido.

—No hace falta que te disculpes —le replicó con tono serio. Se notaba que estaba dolido—. Dijiste lo que pensabas y tienes derecho a estar cabreada.

—La cuestión es que no quiero estarlo. ¿Te tomarías una cerveza conmigo? Por favor —añadió mientras notaba cómo el corazón se le paraba esperando la respuesta.

Santi pareció dudar unos segundos, como si fuese a rechazar la propuesta, hasta que finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero prefiero que sea fuera de la base. Puedo traerte luego de vuelta en mi coche, si te parece bien.

—Me parece perfecto.

16

Quince minutos después estaban sentados uno frente al otro en un pub irlandés, con una pinta de cerveza en la mano. De camino, Verónica le contó un poco por encima cómo había transcurrido su vida durante el último año, centrándose en la investigación que había llevado a la detención de todos los implicados en la trama de tráfico de bebés. El caso que investigaba cuando ambos se habían conocido.

No le dijo nada sobre lo sucedido después en Salamanca, aunque sí le mencionó que el motivo de su presencia en la academia de Quantico se debía a una necesidad de prepararse mejor para su trabajo.

Una vez dentro del pub, con una suave música de fondo y en un ambiente mucho más relajado, decidió que era el momento de pedirle disculpas.

—Siento todo lo que te dije el otro día cuando nos vimos.

—No lo sientas —le replicó Santi—. En realidad tenías razón, no me conoces de nada.

—Sé de ti que me salvaste la vida y que debería estarte agradecida por ello, más de lo que di a entender el otro día.

—No necesito que me des las gracias. Lo hice porque estabas en peligro.

—Y eso te obligó a huir de España —añadió Verónica. A pesar de que Santi trataba de sonreír, su tono de voz era serio, lo que le dio a entender que seguía molesto con ella—. Podías haberte mantenido al margen, pero le mataste y ahora estás aquí, a miles de kilómetros de tu casa.

—Llevo mucho tiempo fuera de casa. Eso no me supone un problema. Además, ese tío era un psicópata. Me extraña que no te dieses cuenta de ello —afirmó con sequedad.

—Te aseguro que llevo meses reprochándomelo —dijo ella bajando la mirada, dolida por el comentario.

—Lo siento, no ha sido una frase muy acertada por mi parte —se disculpó Santi al momento—. Quería decir que desde fuera se veía que tenía un comportamiento extraño. Cuando salías de casa, se quedaba en el porche observando la calle unos minutos, como si quisiese asegurarse de que no regresabas. Luego, había ocasiones en las que salía a fumar y tenía una mirada que… No sé muy bien cómo explicarlo, pero me recordaba a cierta gente con la que me he cruzado a lo largo de estos años en mi trabajo.

—En su caso, era por lo que hacía en el sótano de su casa con esas mujeres.

—Lo sé, lo leí luego en la prensa. Lo cierto es que supo engañar a todo el mundo, no solo a ti.

—Por eso precisamente estoy aquí, para que no vuelva a ocurrirme lo mismo. Quiero estar preparada la próxima vez que me enfrente a un psicópata.

—Entiendo —dijo Santi antes de tomar un pequeño sorbo de su cerveza.

Verónica esperó a que posase el vaso en la mesa para decir:

—Hay algo que llevo preguntándome desde entonces y que necesito que me aclares.

—¿El qué?

—¿Por qué mataste a Marcos?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —dijo frunciendo el ceño—. Te tenía en el suelo y trataba de asfixiarte clavando su rodilla en tu garganta.

—No me refiero a eso. Si no le hubieses disparado, me habría matado, de eso estoy segura. Me refiero a que primero le disparaste en el hombro, dejándole fuera de combate, y luego te acercaste a él y le pegaste un tiro en la cabeza. Tras el primer disparo, ya no suponía ningún peligro. Podías haberle reducido o simplemente amenazarle con la pistola para que no se moviese. Sin embargo, lo que hiciste fue acabar con su vida. ¿Por qué?

—Es mi naturaleza —se limitó a murmurar, encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir?

Durante unos segundos, Santi bajó la mirada y comenzó a deslizar el dedo índice sobre la superficie de cristal de la pinta de cerveza, para limpiar el vaho que se había formado en él, como si estuviese meditando la respuesta. Finalmente, alzó los ojos y Verónica vio en ellos un velo de tristeza.

—Tengo un don, ¿sabes? —arrancó a decir—. Al menos así lo llamó la persona que me contactó hace unos años para que entrase a formar parte de la empresa *Red Point*.

—¿Qué tipo de don?

—El mismo que tienen esos hombres a los que estás tan decidida a perseguir.

—Lo siento, pero creo que no te entiendo —murmuró Verónica.

Santi sonrió con amargura, antes de decir:

—Yo también soy un psicópata.

17

Verónica contuvo el aliento un par de segundos y luego preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que tú también eres un psicópata?

—Pues, básicamente, lo que significa esa palabra: alguien que no siente remordimientos al arrebatar una vida.

—La definición de psicópata es más compleja de lo que das a entender.

—¿Alguna vez has matado a alguien? —preguntó entonces Santi.

—Sí.

—¿Y en qué medida eso te afectó? ¿Tuviste remordimientos?

—Se trataba de salvar la vida de una adolescente a la que habían secuestrado. Hubiese preferido no tener que matarle, pero no me quedó otro remedio que disparar para defenderme y salvar su vida.

—Era justificado. Estabas defendiendo tu vida y la de otra persona.

—Así es.

—En mi caso, no lo hice por ese motivo… la mayoría de las ocasiones —añadió.

—¿A cuántas ocasiones te refieres?

—No me hagas preguntas que no puedo responder —le replicó él, negando con la cabeza—. Lo único que puedo decirte es que ni una sola vez he lamentado arrebatar una vida.

—Eso suena…

—¿Terrible? —dijo Santi al ver que no terminaba la frase.

—Muy duro.

—Lo es, por eso yo no lo considero un don, sino más bien una maldición. —Hizo una pausa para tomar un nuevo sorbo de cerveza, este más largo, y tras posarla, comenzó a decir—: Lo descubrí en una misión en Irak, cuando todavía estaba en el ejército español. Estábamos en un emplazamiento en mitad de la nada, en un campamento improvisado al que llamábamos Fort Apache. Lo único que nos protegía de posibles ataques eran los *hesco bastion* llenos de arena con los que los ingenieros habían rodeado el perímetro. Una defensa insuficiente si los talibanes decidían atacarnos, como sucedió una noche.

—¿Os atacaron?

—Murieron tres de mis compañeros, aunque esas noticias nunca salen en la prensa y menos si luego hay que justificar la presencia de tropas españolas en un lugar así —dijo con evidente resentimiento—. La cuestión es que los talibanes lograron penetrar una noche en el

interior, dispuestos a pasarnos a todos a cuchillo. Uno de ellos iba a matar a mi sargento cuando le disparé y conseguí salvarle la vida. Le pegué un tiro en una pierna al talibán y luego le rematé de un tiro en la cabeza. Fue ese sargento quien se dio cuenta de mi naturaleza y me reclutó un par de años después para *Red Point*.

—La empresa de seguridad para la que trabajas en la actualidad.

—Veo que estás bien informada.

—Te investigué después de lo ocurrido hace un año, aunque confieso que no obtuve mucha información sobre ti.

—Y no la encontrarás —dijo con una leve sonrisa—. De todas formas, cuando te conocí en Madrid, había dejado la empresa. Ya no trabajaba para ellos.

—¿Eso quiere decir que no me vigilabas?

—Sigo sin comprender por qué piensas eso.

—Por el modo tan extraño que tuviste de acercarte a mí.

Santi la miró confuso.

—No te entiendo.

—Te presentaste de forma supuestamente «casual» —remarcó— y poco después alquilas mi casa, sabiendo que yo vivía en la casa de enfrente, al otro lado de la calle, con Marcos.

—Te lo dije en su momento, buscaba un alquiler barato.

—Sabes tan bien como yo que eso no es cierto. Hablé con tu primo y él me dijo que no tenías necesidad de buscarte un alojamiento.

Santi asintió con la cabeza.

—Es verdad.

—¿El qué, que no necesitabas alojamiento?

—Que no me acerqué a ti de manera casual, aunque no por el motivo que tú crees.

—¿Por qué motivo entonces?

—Se suponía que mi paso por Madrid sería provisional. No tenía claro donde instalarme tras dejar *Red Point*, así que fui a ver a mi primo y me invitó a quedarme una temporada con él. Llevaba unos días echándole una mano en su gimnasio y aprovechando para entrenar un poco, cuando descubrí a una mujer preciosa, que me cautivó desde el primer momento en que posé los ojos en ella y que hizo que abandonase cualquier posible plan de futuro a partir de ese momento. —Al ver que ella le miraba intrigada, añadió—: Esa mujer eras tú.

Verónica notó sus mejillas ruborizarse.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Tanto te extraña que me sintiese atraído por ti?

—No, pero… —Verónica se sentía tan desconcertada que no supo qué añadir.

Siempre había pensado que no era normal el modo en que Santi

había entrado en su vida, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza que lo hubiese hecho porque se sintiese atraído por ella. No era un comportamiento normal. Incluso le pareció algo infantil.

Él debió intuir en su mirada lo que estaba pensando porque de inmediato dijo:

—Tienes que entender que llevo desde los veinte años en este trabajo, primero como soldado y luego como agente operativo. Sin familia ni más amigos que los compañeros de armas. Para que te hagas una idea, mi relación más larga con una mujer duró un fin de semana —afirmó soltando una breve carcajada—. Conocerte fue algo tan inesperado que de pronto sentí que podía tener una vida como la de los demás. Reconozco que irme a vivir cerca de ti fue algo impulsivo, que no me paré a pensar, y entiendo que sospechases de mí. Eso sí, te aseguro que mis intenciones no eran malas.

Muchas cosas encajaron en la cabeza de Verónica al escuchar esa explicación.

—Te creo, pero tú también tienes que entender que era lógico que sospechase de ti. Me pillaste en mitad de una investigación muy compleja, en la que llegué a sospechar de todo el mundo, incluso de mi propio compañero. Varias de las personas implicadas fueron asesinadas y yo no sabía quién estaba detrás de esos crímenes.

—No tienes que justificarte. Quizás debería haberme limitado a invitarte a una cerveza, como estamos haciendo ahora.

—Hubiese sido lo mejor, sobre todo porque así no habrías tenido que renunciar a tu nueva vida para salvarme.

—Mi deseo no era regresar a *Red Point,* pero después de lo ocurrido necesitaba que me sacasen de España, antes de ser detenido por la Policía. Aun así, no lamento haberlo hecho, créeme. No podía permitir que ese cabrón te matase, a pesar de lo que puedas estar pensando ahora de mí.

Verónica sintió cómo esas palabras despertaban algo dentro de ella, lo que le llevó a murmurar:

—Te aseguro que lo que veo en tus ojos ahora mismo no es la mirada de un psicópata.

18

Pasaron el resto de la tarde hablando de temas que nada tenían que ver con lo sucedido un año atrás. Santi le contó detalles de los países que había visitado, sin aclarar lo que le había llevado allí, y ella le relató algunas anécdotas con Vallejo, lo que dio pie a algunas risas.

—Le voy a echar mucho de menos, sobre todo por la música que ponía en el coche. Una vez entramos en el aparcamiento de la Inspección General de la Policía con las ventanillas bajadas y la música de la película Rocky a toda caña. ¡No te imaginas las caras de la gente! —dijo Verónica soltando una carcajada—. Encima, al bajarse del coche, lanzó varios ganchos al aire, como si estuviese boxeando, y dijo bien alto para que le oyesen: ¡Aquí llegan los buenos!

Santi también se rio y acto seguido comentó:

—Eso me recuerda que tenemos un tema pendiente.

—¿Qué tema?

—Me debes la revancha de aquella pelea que tuvimos en el gimnasio.

—De eso nada —dijo ella negando con la cabeza, entre risas—. Dejaste que te ganase y eso no te da derecho a una revancha.

—¿Qué yo me dejé? —le replicó él, haciéndose el ofendido—. Me tumbaste en el ring de un derechazo.

—Permitiste que te golpease para agarrarme en la caída y que terminase encima tuyo en el suelo, abrazada a ti.

Santi soltó entonces una carcajada.

—Está bien, lo reconozco.

—Así que eso no te da derecho a un nuevo combate.

—Vale, pero al menos debería darme derecho a un baile. Después de todo, amortigüé tu caída con mi cuerpo.

—¿Un baile?

—Tienes que bailar conmigo —dijo Santi poniéndose en pie.

—¿Dónde?

—Pues aquí mismo, ahora —aseguró a la vez que alargaba la mano hacia ella—. ¿No te parece una música preciosa para bailar agarrados?

—Lo sería si estuviésemos en el Titanic.

—Venga, no seas así. Es mi última noche aquí. Al menos dame el placer de bailar contigo una vez.

Verónica dudó unos segundos, a la vez que miraba a su alrededor. Lo cierto era que no había mucha gente en el local, aunque ninguno de ellos estaba bailando la música lenta que sonaba en los altavoces

de ambiente. De no ser porque ya se había tomado un par de cervezas, no habría aceptado, aunque en realidad fue el modo que tuvo él de mirarla lo que hizo que finalmente cogiese su mano y se pusiese en pie.

—De acuerdo.

Caminaron unos metros hasta el fondo del local, a una zona más amplia, donde pudieron bailar en un ambiente más íntimo y apartado de las vistas del resto de clientes. Verónica se abrazó a él y apoyó la cara en su pecho. La suave melodía con toques celtas la envolvió de tal modo que cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando las manos de Santi acariciaron su espalda, sintió su cuerpo estremecerse, y fue consciente de que a partir de ese momento la lógica dejaría de guiar sus pasos.

19

Verónica abrió los ojos y observó cómo los rayos del nuevo día atravesaban las cortinas de la habitación. De forma instintiva alargó la mano y palpó el colchón vacío, lo que hizo que se incorporase de inmediato para mirar a su alrededor. Santi estaba sentado en una silla que había cerca de la cama, observándola. Ya estaba vestido.

—Buenos días, dormilona —la saludó con una amplia sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto de la mañana —respondió a la vez que se ponía en pie y se acercaba a la cama, sentándose al borde—. Iba a despertarte ahora, para que no llegases con retraso a tu primera clase del día.

—Hoy empezamos un poco más tarde, así que tengo tiempo de sobra para darme una ducha… y para algo más —le replicó ella con mirada sugerente—. ¿Y tú?

—Mi vuelo sale a media mañana.

Verónica le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo para besar sus labios con suavidad.

—No debiste vestirte tan rápido —murmuró—. Necesitaré que me frotes la espalda en la ducha.

—Eres insaciable.

—Eso es porque eres el único hombre desde hace un año con el que tengo un contacto estrecho, más allá de ponerles las esposas.

—No me importaría dejar que lo hicieses, pero mis manos son una de las partes del cuerpo que mejor manejo.

—Ya me di cuenta anoche —aseguró antes de besarle de nuevo, esta vez con ferviente pasión.

Para Verónica, explicar cómo había terminado con Santi en la habitación de su hotel no era demasiado complicado. El primer baile en el pub irlandés había sido solo el preludio de algo que despertó en ella y que ya no fue capaz de controlar.

Bailaron un par de temas y a continuación pidieron algo allí mismo para cenar. Luego siguieron tomando cervezas hasta que Verónica, sintiéndose flotar en una nube, le pidió bailar de nuevo. Abrazada a su cuerpo, se dejó llevar y antes de que se diese cuenta, sus labios se estaban uniendo a los de él.

Terminar la noche juntos en la habitación de Santi fue algo que surgió de forma natural, en parte porque no sabía cuándo volvería a verle, pero sobre todo porque dentro de ella llevaba mucho tiempo

deseándolo. Había fantaseado tantas veces en la intimidad con un encuentro así, que no se arrepintió de hacerlo realidad.

La pregunta era qué iba a pasar a partir de ahora.

Hicieron el amor una última vez y luego se ducharon juntos, entre risas. La complicidad que había surgido la noche anterior no se disipó, y Verónica supo que lo que había nacido entre ellos era especial. Por ese motivo eludió la pregunta que temía hacer hasta el último momento.

Santi la llevó en coche de regreso a la base de Quantico y, solo cuando aparcaron en el estacionamiento de la Academia, ella preguntó:

—¿Cuándo volveré a verte?

Durante unos segundos temió escuchar la respuesta.

—No lo sé —dijo él sin perder la sonrisa—. Me gustaría que fuese pronto, pero no sabría decirte cuando.

—¿Y si pudieses?

—¿Qué quieres decir?

—No creo que este haya sido solo un polvo entre dos personas que se deseaban.

—Para mí no lo ha sido.

—Para mí tampoco —aseguró Verónica—, por eso quiero saber si te gustaría volver a verme.

Santi sonrió antes de darle una respuesta.

—Llevo enamorado de ti desde que te vi por primera vez en aquel gimnasio de Madrid. Por supuesto que quiero volver a verte —aseguró inclinándose hacia ella para acariciar su mejilla—, pero no voy a hacer promesas que no pueda cumplir. Yo… —Por un momento, pareció dudar—. Mi vida ahora mismo es demasiado compleja.

—Lo entiendo.

—No voy a pedirte que me esperes, pero te aseguro que voy a intentar desligarme de esta vida en cuanto me sea posible. Tal vez tarde seis meses o un año, no lo sé. Lo que sí puedo prometerte es que lo haré. Y cuando lo haga, te buscaré.

—Y yo te estaré esperando.

Se besaron una última vez de forma apasionada y finalmente Verónica bajó del vehículo para entrar en el edificio de aulas. Solo en el último momento miró atrás y observó con el corazón encogido cómo el coche de Santi se alejaba.

Pronto ella abandonaría también aquel lugar para regresar a España y continuar con su vida y su trabajo, aunque lo haría sin sentirse tan vacía como los últimos meses. Ese viaje a los Estados Unidos la había cambiado por completo. Había recuperado la confianza en sí misma y por primera vez en mucho tiempo veía el futuro con optimismo. Era una mujer diferente a la que se había ido

de Madrid dos meses antes. Estaba preparada para enfrentarse a cualquier reto que quisiera ponerle la vida.

Su única duda era si volvería a ver a Santi, aunque algo dentro de ella le decía que sería así.

Solo esperaba no equivocarse.

20

A pesar del cansancio y del *jet lag*, Verónica se presentó en el trabajo al día siguiente de aterrizar en Madrid. Lo hizo con la satisfacción de que en su expediente personal constase la titulación obtenida, tras completar con éxito el curso del FBI.

Primero saludó a varios compañeros, que le dieron la bienvenida y le preguntaron cómo había resultado su experiencia en los Estados Unidos. A todos les respondió con amabilidad, aunque no pudo evitar un vacío interior cuando vio la mesa de Vallejo ocupada por otra persona. Durante su estancia en Quantico, su antiguo compañero la había llamado para contarle que ya había empezado a trabajar como detective privado y que estaba contento con su nueva vida. Se alegró por él, a pesar de que le iba a echar mucho de menos.

Vallejo había sido su mentor desde su llegada a la Brigada. Trabajar a su lado le había servido para aprender muchas cosas, incluso la había apoyado en sus peores momentos, aguantando sus rachas de mal humor y aconsejándola cuando metía la pata. Tenía mucho que agradecerle y esperaba que todo le fuese bien en su nueva vida.

Tras los saludos, se presentó en el despacho del inspector jefe Olaya, que la recibió con una amplia sonrisa y la invitó a sentarse. Durante varios minutos le estuvo preguntando por su experiencia en Quantico y lo que había aprendido en el curso. Verónica se explayó bastante en su explicación, detallando muchas de las materias que le habían enseñado y ensalzando el nivel de una institución con tanto nombre como el FBI.

—Eso sí —dijo cuando fue consciente de que se estaba alargando demasiado con sus elogios—, eso no desmerece para nada lo que hacemos aquí con los medios que tenemos. Ellos tienen unas herramientas de trabajo y una gestión de la información inalcanzables para nosotros, pero hay cuestiones en las que estamos a su mismo nivel.

Al escuchar eso, Olaya apoyó la espalda en su asiento y la miró durante unos segundos con curiosidad.

—Te veo muy cambiada.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, algo desconcertada.

—A mejor. Este último año he notado que no lo has pasado bien. Tu relación con los compañeros ha mejorado, eso es evidente, y te has mostrado más dispuesta a trabajar con ellos, pero en ciertos momentos

te he notado apagada y con falta de confianza en ti misma.

—Han sido unos meses complicados.

—Lo sé, no resulta fácil superar todo lo que viviste. Ahora tienes un brillo en la mirada que no tenías antes de irte a los Estados Unidos. Te veo diferente. Incluso feliz, me atrevería a decir.

Verónica sabía que Santi era el causante de buena parte de esa sensación de felicidad que la embargaba. No dejaba de pensar en él y en la noche tan maravillosa que habían pasado juntos. A pesar de limitarse a un solo encuentro, los sentimientos que había despertado en ella eran mucho más intensos a los experimentados con cualquier otro hombre.

Obviamente, eso no se lo podía decir a su jefe, por eso se centró en el motivo de su viaje a los Estados Unidos.

—Aprendí muchas cosas con el FBI y eso me ha dado bastante confianza. Ahora me veo más capaz que antes para afrontar mi trabajo en la Brigada.

—En ese caso, intentaremos sacarle partido, aunque deberías pensar en presentarte a inspectora. Creo que como subinspectora estás desaprovechando tu talento.

—Me gusta lo que hago.

—Lo sé, pero puedes llegar mucho más alto de lo que crees. Deberías pensarlo.

—De momento, solo quiero centrarme en trabajar —dijo decidida a zanjar el tema.

—Está bien, no insistiré. —Olaya se inclinó hacia delante y cogió uno de los papeles que tenía sobre la mesa—. Tengo un trabajo para ti. Es posible que no sea lo que esperas, pero lo cierto es que no tengo nadie más de quien tirar. Quintero está de permiso y, con Vallejo fuera del Cuerpo, necesito a alguien que conozca de primera mano la investigación.

—¿Qué investigación?

—La de los crímenes de las prostitutas en Salamanca. ¿La recuerdas?

Verónica resopló antes de decir:

—Cómo olvidarla, con el circo mediático que se montó.

—Pues ahora se ha montado un lío todavía mayor. Hace una semana, la Guardia Civil encontró en Ledesma, un pueblo cercano a Salamanca, el cuerpo de una joven que había desaparecido a principios del mes de junio, y que fue asesinada de un modo muy similar al de las prostitutas.

Verónica no necesitó esforzarse mucho para hacer memoria.

—En esas fechas, Tomás Navarro estaba vigilado las veinticuatro horas del día por nosotros. Es imposible que fuese él.

—Lo sé, y por ahí viene parte del lío. Hace tres días la abogada del

detenido logró que el juez le pusiese en libertad. Los compañeros de Salamanca no habían conseguido reunir más pruebas contra él, y las que tenían eran demasiado circunstanciales como para que le negasen ahora su puesta en libertad.

—Con sinceridad, nunca creí que Tomás fuese el culpable de los crímenes.

—Por desgracia para él, la pesadilla no ha terminado. Varios programas de televisión hablan de que han dejado a un asesino libre y el inspector a cargo de la investigación aseguró ayer en una radio local que encontrarán el modo de meterle de nuevo entre rejas.

—¡Tiene que ser una broma!

—Por desgracia, no lo es —Olaya hizo una breve pausa—. Ayer me llamó por teléfono el sargento de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil que se ha hecho cargo de la investigación de este último crimen. Sabía que nosotros habíamos participado en los crímenes de las tres prostitutas.

—Lo de participar creo que es algo inexacto. Nos sumamos a una investigación en la que los compañeros de Salamanca ya tenían claro el culpable y lo único que querían era que les apoyásemos en labores de seguimiento.

—Lo sé, el inspector Quintero me lo contó en su momento. La cuestión es que la UCO cree que el asesino de las prostitutas y de esta última estudiante es el mismo, y ha pedido la colaboración de los compañeros de la comisaría de Salamanca, algo a lo que no parecen muy dispuestos.

—No sé por qué no me sorprende —murmuró ella con ironía.

—Después de hablar con el sargento de la UCO, llamé el inspector Fabra, que llevó la investigación del caso en la comisaría de Salamanca. Está convencido de que esta última muerte no tiene nada que ver con los asesinatos de las prostitutas. El cuerpo apareció a treinta kilómetros de Salamanca y el perfil de la víctima no coincide porque era estudiante. Está convencido de que Tomás Navarro mató a las prostitutas y se niega a compartir con la UCO los datos de una investigación que todavía está en curso.

—No puede hacer eso.

—Es lo mismo que le he dicho yo y por eso estás aquí sentada ahora conmigo. Ya lo he hablado con el comisario general y me ha autorizado para enviar a un intermediario.

—¿Cómo que un intermediario? —preguntó Verónica, frunciendo el ceño.

—Necesito que vayas a Salamanca y hagas de enlace entre ese sargento de la UCO y el inspector Fabra. Dicho de otro modo, que hagas de puente para que la información fluya entre ambos.

—Vamos, que me voy a llevar hostias por los dos lados.

—Tampoco es eso —dijo Olaya, soltando una breve carcajada—. Solo debes hacerle llegar a la UCO los informes que tienen los compañeros de Salamanca sobre los crímenes.

—Eso si me los quieren dar.

—Tranquila, lo harán, para eso hablé con el comisario general. Sé que no te has recuperado del viaje todavía, pero no tengo de quién tirar en estos momentos y para ti serán como unas vacaciones. Además, seguro que agradeces irte unos días de Madrid. Aunque ya estamos a finales de agosto, el calor sigue siendo asfixiante.

—Sí, ya me he dado cuenta nada más aterrizar.

—Puedes quedarte unos cuantos días, si lo necesitas. Descansa y haz un poco de turismo. Salamanca es una ciudad preciosa y, por lo que he visto, allí la temperatura no es tan agobiante estos días.

—Eso espero.

—Estamos a lunes, así que puedes quedarte hasta el jueves. El viernes vuelves por aquí y hablaremos de tu futuro —dijo sonriendo de manera afable—. Si tuvieses cualquier problema con el inspector jefe Fabra, no dudes en llamarme y yo me ocuparé.

—No tengo pensado complicarme la vida discutiendo con él —concluyó Verónica poniéndose en pie—. Voy a recoger la maleta y salgo para Salamanca.

—No hace falta que vayas a la carrera. Puedes tomarte el resto del día de hoy de descanso, si lo deseas.

Verónica negó de inmediato con la cabeza.

—Cuanto antes lo resuelva, más tiempo tendré para hacer turismo.

21

Llegó a Salamanca cerca de la una del mediodía, cuando el termómetro marcaba treinta y dos grados, lo que sin duda era una temperatura algo más agradable que la que había dejado en Madrid. No obstante, el vaquero largo que llevaba puesto y la camiseta de manga corta le daban demasiado calor. Por un momento dudó si pasar primero por el hotel a cambiarse y ponerse algo más ligero, pero prefirió hablar antes con el inspector Fabra para tantear el terreno. Si se mostraba colaborador, quizás podía resolverlo todo en un día y tomarse el resto de la semana libre para conocer la ciudad. Por desgracia, no tardó en comprobar que su presencia no era bien recibida.

Una vez aparcó en el interior del recinto de la comisaría, se presentó en el despacho de Fabra, un hombre de cincuenta años, de mirada penetrante y cabello escaso. Tenía unas visibles ojeras bajo los ojos, lo que unido a una barba de al menos un par de días, le dio a entender que no había descansado mucho últimamente.

—¡Vaya! Qué poco han tardado los de la Brigada en mandar a alguien —dijo en cuanto la tuvo delante. Ni siquiera se molestó en levantarse de detrás de su escritorio para saludarla—. La pena es que hayas hecho el viaje en balde. Ya le dije a tu jefe por teléfono que no pienso compartir nuestra investigación con nadie.

Verónica no quiso entrar en la discusión de si le habían ordenado o no que lo hiciese. Era probable que el día anterior hubiese dicho que sí a regañadientes y ahora, al ver en su despacho a una mujer con un rango inferior al suyo, se retractase de sus palabras. A pesar de ello, trató de ser diplomática.

—Solo estoy aquí como simple enlace.

—No voy a entregarte ningún informe para que se lo des a esos capullos de la UCO —aseguró Fabra apretando los dientes.

—Pensé que todos queríamos atrapar al asesino.

—Nosotros ya tenemos a nuestro asesino, a pesar de que el juez se ha bajado los pantalones y le ha puesto en libertad. Sabemos lo que hizo ese psicópata y al final, de una manera u otra, lo pillaremos.

—Tengo entendido que la Guardia Civil cree que el asesino de las prostitutas es el mismo que asesinó a una joven estudiante en…

—¡Qué se vayan a la mierda! —la interrumpió dando un golpe en la mesa—. Lo que quieren es acaparar titulares en la prensa y dejarnos a nosotros en mal lugar.

Verónica estuvo a punto de decirle que eso lo estaban haciendo muy bien ellos solitos, pero no quiso que la conversación se torciese. La habían enviado allí con una misión y pensaba cumplirla.

—Lo único que la UCO ha pedido es contrastar datos con nosotros.

—Sé de sobra por qué lo hacen. Se creen que solo porque su crimen tiene algunas similitudes con los de las prostitutas, ya se trata del mismo asesino. Son tan arrogantes que ni siquiera se han planteado que pueda ser un imitador que intenta despistarles.

—Imagino que por eso quieren ver los informes de la investigación.

—Ya tienen suficiente con los de las autopsias. No vamos a compartir con ellos una investigación que todavía está en curso, para que luego vengan a decirnos que estamos equivocados y que perseguimos al asesino que no es. Estamos más que convencidos de la culpabilidad de Tomás Navarro y vamos a demostrarla muy pronto.

Así que es eso, pensó Verónica. Lo que en realidad temía Fabra era que la UCO demostrase que Tomás no era el asesino al que ellos perseguían con tanto ahínco, convencidos de su culpabilidad.

—Entiendo lo que me dice, y no seré yo quien le contradiga —dijo fingiendo estar de su lado.

—Las pruebas contra el sospechoso son claras.

—Lo sé, pero la Guardia Civil está insistiendo mucho en ver los informes de la investigación, por eso se me ocurre que podemos hacer una cosa. ¿Qué le parece si yo le echo un vistazo a esos documentos y luego le transmito a la UCO mis conclusiones? De ese modo, podría convencerles de que están buscando un asesino diferente al nuestro y nos dejarían en paz de una vez.

La idea pareció gustarle a Fabra, aunque se resistió a morder el anzuelo.

—Debería bastarles con las autopsias.

—Tal vez, pero imaginemos, por ejemplo, que ellos tienen datos de que un testigo vio a alguien con un coche rojo cerca del lugar del crimen. Eso ya demostraría que Tomás Navarro no es el asesino que buscan, porque él tiene un coche blanco. Estudiar esos informes me permitiría hacerles ver que se equivocan.

El inspector se quedó unos segundos pensativo, con la mirada perdida en el techo, y finalmente accedió.

—Está bien, pero no quiero que salga ni un solo papel de aquí. Y mucho menos que hagas fotos —remarcó.

—Claro, no hay problema. Solo les echaré un vistazo.

—Tienes hasta las tres de la tarde, que es cuando termina mi turno.

Verónica miró su reloj. Eso le daba solo un par de horas, lo que iba a ser muy ajustado.

—Será suficiente —dijo para no discutir con él.

Al menos eso le iba a dar acceso a una investigación que, según intuía, no se había llevado de forma muy correcta.

~

No se equivocó. Si algo le quedó claro en los informes que leyó, fue que la acusación contra Tomás Navarro estaba cogida con pinzas.

Para empezar, las declaraciones de los familiares y amigos cercanos a él, demostraban que no encajaba con el perfil del asesino en serie que buscaban. Tomás era una persona tímida y, en cierto modo, sumisa. Según su entorno, nunca decía que no a nada y siempre se mostraba dispuesto a ayudarles en lo que hiciese falta, incluso prestando un dinero que en ocasiones no recuperaba.

En casa tampoco era problemático. No discutía con su mujer y tenía una buena relación con sus hijos, uno de quince años y el otro de trece. En cuanto a su matrimonio, lo cierto era que no pasaba por su mejor momento. Su mujer reconocía que mantenían relaciones de forma muy esporádica, a causa de ciertos problemas de salud que ella padecía y que no se especificaban. Ese era el motivo por el que Tomás recurría con frecuencia a prostitutas desde hacía varios años, aunque un amigo suyo declaró que de joven ya era cliente habitual de los clubs de alterne.

Aparte de eso, Tomás jamás había sido una persona violenta y no tenía antecedentes policiales de ningún tipo. Ni siquiera multas de tráfico.

En su primera declaración, antes de ser detenido, había admitido frecuentar el polígono donde las tres víctimas ejercían la prostitución, e incluso haber mantenido relaciones sexuales con ellas dentro de su camión. También había explicado que no era el único lugar de España donde las frecuentaba, dado que solía pasarse muchos días del mes viajando de un extremo al otro del país. Conocía los lugares más habituales en los que las mujeres ejercían la prostitución a pie de calle y contrataba sus servicios en ellos, dado que no le gustaba ir a clubs donde alguien pudiese reconocerle. Eso sí, Salamanca solía ser una parada habitual para él, ya que le pillaba cerca de Zamora, donde vivía.

Un detalle en el que sí había insistido tras su detención era que jamás había usado su coche particular, un SEAT Ibiza color blanco, *para ir de putas.* Algo que los investigadores no habían creído, a pesar de que en el análisis de la Policía Científica del vehículo no se encontró ningún rastro de ADN de las víctimas. En cambio, sí que creyeron a un testigo que afirmó haber visto un coche similar al suyo en el polígono, la noche de una de las desapariciones.

Para Verónica, ninguna de las pruebas contra él eran concluyentes

y estaban cogidas con pinzas. De ahí que la abogada del acusado hubiese hablado de pruebas demasiado circunstanciales contra su cliente. Bajo su punto de vista, tenía toda la razón. Ella jamás habría detenido a Tomás Navarro contando solo con esas pruebas. Por ese motivo, varias preguntas surgieron en su mente.

¿Por qué ese empeño de la Policía de Salamanca por detenerle? ¿Quizás por la presión política y mediática que se desencadenó tras los crímenes? ¿O es que había algo personal contra él?

A la vista de los informes que tenía ante ella, estaba claro que algo en aquella investigación no olía bien, aunque decidió dejarlo a un lado y centrarse solo en lo que podía llevar a los investigadores hasta el asesino.

Se pasó más de una hora leyendo y releyendo los informes de los escenarios donde se habían encontrado los cadáveres, hasta que finalmente el inspector Fabra irrumpió en la sala para decirle que tenía que marcharse.

No compartió con él sus conclusiones, pero cuando abandonó la comisaría de Salamanca lo hizo convencida de que Tomás Navarro era inocente.

22

Verónica estaba tomando un café en una de las terrazas de la rúa Mayor. Después de abandonar la comisaría, decidió instalarse en el hotel que había reservado antes de salir de Madrid esa mañana. También aprovechó para ponerse ropa más fresca, un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y luego salió a comer algo. A esas horas, cerca de las cuatro de la tarde, decidió no complicarse la vida buscando un bar que todavía tuviese la cocina abierta y optó por comprar en una tienda uno de los bocadillos de jamón serrano que tan buena pinta tenían en el escaparate, y lo comió dando un paseo por el casco antiguo. Luego se sentó en la terraza de una cafetería situada en la rúa Mayor para tomar un café.

Olaya le había concertado una cita a las seis de la tarde en la comandancia de la Guardia Civil, con el sargento de la UCO a cargo del caso, así que tenía tiempo de sobra antes de acudir a ella.

Estaba removiendo el café cuando varios turistas orientales pasaron a su lado, en dirección a la catedral. Por un momento se preguntó si serían chinos, coreanos o japoneses. Por los rasgos desechó a los primeros, pero dudó entre los otros dos.

—Me preguntaba si eras tú —escuchó de pronto una voz a su lado, que la sacó de sus pensamientos.

Giró la cabeza y alzó la vista para mirar al hombre con gafas de sol que estaba a un par de pasos de ella. Su cara le resultó tremendamente familiar, pero en ese momento no logró ubicarla en sus recuerdos.

Aparentaba unos cuarenta años, y tenía el pelo oscuro. Vestía un pantalón corto azul y una camiseta de manga corta que dejaban al descubierto unos bíceps poderosos. La sonrisa que lucía le dio a entender que no era la primera vez que se veían.

—Lo siento, pero… ¿Nos conocemos? —murmuró.

—Nos conocimos hace dos años en Boñar. Esperaba que me reconocieses —dijo a la vez que se quitaba las gafas.

—Los crímenes de León —recordó Verónica, poniéndose en pie—. Eres el sargento Durán, de la UCO.

—Me alegra comprobar que no te has olvidado de mí —celebró, sonriente.

—Perdona, es que no me imaginaba verte aquí.

—Yo a ti tampoco, Cuevas. En esta terraza, quiero decir. Sabía que ibas a venir, tu jefe me lo dijo esta mañana, pero contaba con vernos dentro de un rato en la comandancia.

—¿Tú eres el sargento de la UCO que dirige la investigación?

—Así es, aunque por mi aspecto no lo parezca —dijo abriendo los brazos—. Iba camino de la comandancia para cambiarme de ropa antes de vernos.

—Por mí no lo hagas. Yo también me he puesto ropa cómoda nada más llegar al hotel. Aunque en Salamanca haga menos calor que en Madrid, la verdad es que a esta hora el sol aprieta bastante.

—¿En qué hotel te has alojado?

—Hotel Calixto, muy cerca de aquí, a menos de diez minutos andando.

—Yo estoy alojado en la propia comandancia. Ya veo que a vosotros os tratan mejor.

—Tampoco te creas que tanto, pero ya que me endosaron este viaje por sorpresa, por lo menos que me paguen la dieta completa.

—Estoy de acuerdo —dijo el sargento, a la vez que miraba a su alrededor—. ¿Qué te parece si buscamos un sitio tranquilo en el que hablar, y así no tenemos que ir a la comandancia? En algún local que tenga aire acondicionado.

—Me parece perfecto.

—Pues vamos.

~

Poco después estaban sentados al fondo de un local sin apenas clientela, donde una joven camarera con cara de aburrimiento les sirvió un par de cafés con hielo. La música ambiente ayudó a que nadie pudiese escuchar la conversación que mantenían.

—Me alegra ver que sigues en la Brigada de Homicidios —comentó el sargento Durán—. Imagino que, después del éxito en León, ya serás inspectora, como mínimo.

—Sigo siendo subinspectora —le replicó ella con una débil sonrisa —. ¿Qué tal te va a ti?

—Bien, aunque esta investigación me ha pillado recién vuelto de vacaciones.

—Más o menos como a mí.

—¿Has hablado ya con tus compañeros de la comisaría de Salamanca?

—Sí.

—¿Y van a darnos acceso a su investigación?

Verónica no tuvo más remedio que negar con la cabeza.

—Me temo que no. Estuve con el inspector Fabra, que está al mando de la investigación, y no parece muy por la labor.

—Es un capullo integral —afirmó Durán—. Las últimas veces que le he llamado, ni siquiera me ha cogido el teléfono. Seguro que te ha

dicho que nuestro caso no está relacionado con el suyo.

—Así es.

—Y que ellos ya tienen a su asesino. —Al ver que ella asentía con la cabeza, el sargento resopló, contrariado—. Los informes de las autopsias, a las que sí hemos tenido acceso, demuestran que se trata del mismo asesino. Las asfixió con sus propias manos, ejerciendo presión con los pulgares sobre la tráquea y produciendo la rotura del hueso hioides. Cuando se lo dije al inspector Fabra, me respondió que eso no significaba nada, que podía ser casualidad.

—Hay algo extraño en todo esto —dijo entonces Verónica—. Hablé con él esta mañana y si algo me quedó claro es que no está dispuesto a reconocer que se equivocaron de sospechoso. No sé si es por la presión mediática o política a la que estuvieron sometidos cuando aparecieron los cuerpos de las tres prostitutas, pero sigue insistiendo en que Tomás Navarro es culpable.

—La muerte que investigamos se produjo a principios de junio, cuando Tomás aún no había sido detenido. ¿Por qué tus compañeros no se han planteado siquiera que pudiese ser el autor también de ese crimen?

—Porque en ese momento ya le teníamos vigilado las veinticuatro horas del día. No le pueden cargar esa muerte.

—Entiendo.

—De todas formas, yo no creo que sea culpable. Le he echado un ojo a los informes de la investigación de cada uno de los crímenes y Tomás Navarro no encaja con el perfil del asesino.

—¿En qué te basas? —preguntó Durán, interesado.

—En lo que declaró antes y después de ser detenido, y en lo que dijo su entorno sobre él. No me parece la clase de persona que comete ese tipo de crímenes sexuales.

—Me cabrea que no me den acceso a los informes de la Policía —dijo el sargento tensando la mandíbula—. Adelantaríamos mucho en la investigación.

—Fabra no me dejó hacer copias, pero al menos pude leerlos, así que quizás podría ayudarte en algo. ¿Qué puedes contarme sobre la muerte de vuestra víctima?

—Ana Lastra García era una estudiante de diecinueve años que acababa de regresar a Salamanca, después de pasar nueve meses estudiando inglés en Irlanda. Esa noche de principios de junio decidió salir por la ciudad para contarles a sus tres mejores amigas la excelente experiencia que había vivido. Estuvo con ellas en varios bares, bebió algo más de la cuenta y luego regresó caminando a casa acompañada de una de sus amigas, aunque se separaron cuando solo estaba a cuatrocientos metros de su casa. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Su cuerpo apareció hace dos semanas a treinta

kilómetros de la ciudad, en un barranco cerca de Ledesma. Lo encontró un cazador. Estaba completamente desnuda y con una camiseta tapándole la cara.

—El asesino lo hizo para humillarla —reflexionó en voz alta Verónica—. Los cadáveres de las tres prostitutas asesinadas también se encontraron así, con una prenda cubriéndoles la cabeza. ¿A Ana Lastra la habían violado?

—No.

—Igual que las prostitutas. Eso es porque la fantasía del asesino no incluye la penetración. Lo que le proporciona un mayor grado de excitación sexual es el estrangulamiento, no la violación.

—Entiendo.

—Las desnuda, las estrangula y, una vez muertas, se lleva todas sus pertenencias, a excepción de la prenda que les coloca sobre la cara, según he leído en los informes de la Policía.

—En el caso de Ana también se llevó el resto de su ropa, así como los zapatos y el bolso —aseguró él.

—El *modus operandi* es idéntico, por lo que está bastante claro que se trata del mismo asesino.

—Me sorprende que tú lo veas tan claro y que tu compañero, el inspector Fabra, siga empeñado en que se trata de distintos asesinos.

—No es mi compañero, por suerte —puntualizó Verónica—, y desconozco los motivos que pueda tener para pensar lo contrario. Lo que sí puedo decirte es que, para confirmar que se trata del mismo asesino, hay que averiguar cuál es su firma.

—¿Firma? —preguntó Durán con expresión de extrañeza—. ¿A qué te refieres?

—Todo asesino en serie hace las cosas de una determinada forma para cumplir sus macabras fantasías —le explicó Verónica, recordando lo aprendido durante los dos meses en Quantico—, aunque puede cambiar o evolucionar, conforme aumenta el número de asesinatos.

—Eso lo tengo claro. Con el tiempo se vuelven más perfeccionistas, por eso es tan importante detenerles durante los primeros crímenes.

—La firma, sin embargo, es aquello que necesitan hacer sí o sí —prosiguió ella—. Algo que no cambiarán, aunque modifiquen su *modus operandi*. Tiene que ser una obsesión que expresa cómo es su personalidad. Podría ser el hecho de infligir un determinado dolor en la víctima para obtener una reacción por parte de ella, como morderla en una zona de su cuerpo.

—¿Podría ser el hecho de que las desnude? ¿O que les cubra la cabeza con una prenda?

—No, tiene que ser otra cosa. Lo importante es que la firma de cada asesino es única y encontrarla os ayudará a demostrar su culpabilidad sin ningún género de duda.

Durán la miró detenidamente durante unos segundos y luego dijo:

—Está claro que tienes que ayudarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes tanto o más que yo sobre asesinos en serie. Necesito que me ayudes en la investigación.

—Lo siento, pero…

—Tengo conmigo a tres agentes que han venido a apoyarme, pero que todavía no saben mucho sobre llevar la investigación de un homicidio —dijo sin darle tiempo a terminar la frase—. Necesito a mi lado alguien experto como tú.

—Estoy aquí como un mero enlace.

—¿Y no puedes conseguir que te asignen la investigación de las tres prostitutas? Así podríamos colaborar.

—¡Eso ni lo sueñes! —le replicó ella con una risa nerviosa—. El inspector Fabra nunca permitiría que yo metiese las narices en su caso. Además, las órdenes que me dieron en Madrid fueron que no me inmiscuyese en la investigación.

—Las órdenes pueden cambiarse.

—En este caso, lo dudo.

—Puedo intentarlo —sugirió él—. Podría mover algunos hilos.

—No vas a conseguir nada.

Durán se encogió de hombros, como si se resignase.

—¿Cuándo regresas a Madrid?

—Dentro de tres días, el jueves. Mi jefe no me ha metido prisa con eso.

—Entonces deja al menos que te enseñe lo que tenemos. Esto puede ir mucho más allá de los cuatro crímenes de los que hablamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, extrañada.

—Hace un año mataron a otra joven estudiante. También la estrangularon, aunque en esa ocasión el asesino no la desnudó por completo. Le bajó los pantalones hasta los tobillos y le subió la camisa de forma que le tapase la cara.

—¿Dónde fue eso?

—Aquí mismo, en Salamanca. Se llamaba Nuria Montes Fernández, de veinte años, estudiaba enfermería y estaba alojada en una residencia para estudiantes de Erasmus situada al sur del río Tormes, cerca de un centro comercial. Desapareció el último día de curso, después de salir de noche con sus amigos y regresar andando sola a la residencia. Nunca llegó a su destino. Su cuerpo apareció tres meses después, a finales de septiembre, en una acequia sin agua, veinte kilómetros al sur de Salamanca.

—¿Algún sospechoso?

—Ninguno. En principio se pensó que el asesino pudo haber sido algún estudiante que hubiese regresado a su país después de cometer

el crimen, pero los compañeros que lo investigaron no dieron con ningún posible sospechoso ni tampoco encontraron pruebas que llevasen hasta nadie.

Verónica se quedó unos segundos pensativa, analizando lo que acababa de escuchar.

—Quizás fue su primer asesinato —comentó.

—De ser así, ya habría matado a cinco mujeres y estoy seguro de que no tardará en ir a por una sexta, por eso me vendría bien tu ayuda —aseguró Durán—. Entiendo que no te permitan trabajar con nosotros, pero deja al menos que te enseñe lo que tenemos. Me vendría bien conocer tu opinión.

Esta vez Verónica no fue capaz de negarse.

—De acuerdo, veré lo que tenéis.

23

Verónica terminó de leer por segunda vez todos los informes que Durán le entregó. Lo hizo en un despacho de la comandancia de Salamanca, donde la única forma de rebajar la temperatura ambiente era con el pequeño ventilador situado encima de un viejo archivador metálico. El aparato resultaba a todas luces insuficiente, por eso agradeció que el refresco que Durán le entregó mientras leía estuviese frío, tanto que incluso notó cómo se le pegaban las yemas de los dedos al metal de la lata al beber de ella.

—¿Qué opinas? —preguntó el sargento al ver que terminaba la lectura.

—Lo primero que puedo asegurarte es que ese tío seguirá matando hasta que le atrapéis.

—Me alegra que estemos de acuerdo en eso.

—Hay algo más. Este primer crimen —continuó, señalando con el dedo una de las carpetas que tenía sobre la mesa—, el de la joven estudiante que estaba de Erasmus…

—Nuria Montes.

—Sí. Después de leer los informes de la investigación, yo diría que fue cometido por el mismo asesino que los otros cuatro.

—O sea, que mis sospechas no iban desencaminadas.

—Es muy probable que se trate de su primer crimen. El cadáver presentaba varios golpes en la cara y tenía rotos el tabique nasal y el labio inferior, según la autopsia. Eso indica que la víctima se resistió, lo que provocó que el asesino la golpease con violencia. En los siguientes crímenes no ocurrió eso.

—Perfeccionó su técnica, el *modus operandi*.

—Eligió mejor a sus víctimas. Nuria Montes medía metro setenta y era de complexión fuerte. Aunque estuviese bebida al regresar a la residencia, tal y como comentaron las amigas que salieron esa noche con ella, está claro que trató de defenderse. Eso no ocurrió con las prostitutas.

—Todas eran de complexión muy delgada y toxicómanas, por lo que constaba en sus autopsias.

—Eran víctimas más accesibles —dijo Verónica, apoyándose en los conocimientos que había adquirido en el FBI—. Dada su profesión, son mujeres que están dispuestas a relacionarse con desconocidos y subirse a sus vehículos para ir a un lugar más apartado. Además, son mujeres a las que nadie suele echar de menos cuando desaparecen. Si

no hubiesen aparecido los tres cadáveres de golpe y se hubiese montado tal alarma social, lo más probable es que el asesino habría seguido matando prostitutas.

—Por eso eligió de nuevo a una estudiante como su siguiente víctima —reflexionó en voz alta Durán—. Salamanca es una de las ciudades con más estudiantes universitarios.

—Lo sé.

—Es un hombre paciente, eso está claro. Que sepamos, cometió su primer crimen en junio del año pasado y luego esperó hasta octubre para asesinar a la primera de las prostitutas. En diciembre asesinó a la segunda y en febrero a la tercera. Eso son dos meses de intervalo entre un crimen y otro. Sin embargo, esperó hasta junio para asesinar a su quinta víctima. ¿Por qué esperaría tanto?

—Seguro que cuando lo detengáis encontraréis la respuesta. De todas formas, estamos hablando de los crímenes de los que hay conocimiento —apuntó Verónica—. Quién sabe si cometió otros que todavía no han salido a la luz.

—Mi gente ha analizado todos los casos de desapariciones de mujeres del último año y no ha habido ninguna otra en la provincia que coincida con las características de las víctimas que hemos encontrado hasta ahora.

—Eso es bueno y nos puede ayudar a hacer un perfil preliminar del asesino —reflexionó en voz alta Verónica, para luego asegurar con decisión—: Yo diría que se trata de un hombre de más de veinticinco años, con trabajo, soltero y que es probable que viva con sus padres.

—¿Y eso por qué?

—Todas las víctimas desaparecieron de noche y eso requiere de cierta libertad de movimientos, por eso es poco probable que tenga pareja. Tiene coche propio, que utilizó para que las prostitutas se subiesen y se fuesen con él, al igual que las dos estudiantes. También lo usó para depositar los cadáveres donde luego se encontraron. Además, es un hombre con cierto encanto físico, dado que las víctimas confiaron en él.

—Yo añadiría que es alguien cuidadoso —dijo Durán—, ya que no hemos encontrado huellas ni ADN que nos sirva para identificarle.

Verónica prosiguió, apoyándose en lo que había aprendido y lo que se deducía de los informes que acababa de leer.

—Es un asesino organizado, que planificó los crímenes en su cabeza mucho antes de llevarlos a cabo. Es probable que tenga antecedentes por agresión sexual, incluso que haya sido condenado por ello. El último crimen es el que mejor podría ayudarte a llegar hasta él. Las pruebas son recientes, así que tienes que analizarlo todo con detalle, incluido el lugar donde se encontró el cadáver.

—¿Crees que las conocía? A las víctimas, me refiero.

—Lo dudo. Para él, no es algo personal. Este tipo de asesinos buscan obtener un placer, que viene dado por la dominación y el control, así que eligen víctimas asequibles.

Durán asintió con la cabeza, como si estuviese conforme con su exposición.

—Sigo pensando que deberías ayudarnos.

—Y yo insisto en que no me mandaron aquí para eso —le replicó ella con una débil sonrisa. No podía negar que le atraía la idea de participar en el caso, pero sus órdenes eran otras—. El jueves me vuelvo a Madrid, como muy tarde.

—Al menos deja que te pida un último favor.

—¿Cuál?

—Ven mañana conmigo al lugar donde encontramos el cuerpo de Ana Lastra, la última víctima. Tal vez veas algo que a nosotros se nos haya pasado por alto, como por qué lo eligió para dejar el cuerpo allí. ¿Harías eso por mí?

—No creo que eso te vaya a ser de mucha ayuda.

—Será lo último que te pida. Y si te apetece, luego te invitaré a comer.

Verónica lo meditó unos segundos y finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien.

24

Tal y como esperaba, el lugar donde había aparecido el cuerpo de Ana Lastra no le sugirió nada que le pudiese llevar hasta su asesino. Parecía que lo había depositado allí por el simple hecho de que era un lugar apartado y sin tránsito alguno.

El abandono del campo y de las zonas rurales había traído consigo que en muchos sitios de España ya no existiese apenas movimiento de personas. Cada vez más tierras dejaban de cultivarse y eso provocaba que incluso los caminos terminasen desapareciendo.

En este caso, para llegar al sitio donde se encontró el cuerpo de la víctima, era necesario recorrer un par de kilómetros de un camino que parecía no llevar a ninguna parte y en el que ya no había rodadas de vehículos. Solo la casualidad hizo que un cazador, cuyo perro se había perdido tras el rastro de una liebre, diese con el cuerpo, semienterrado en una hondonada a cincuenta metros del camino.

—Creemos que no se esforzó lo suficiente en enterrarlo —le explicó el sargento Durán mientras visitaban esa mañana el lugar, que todavía estaba balizado— y las lluvias de esa semana hicieron que una mano y parte de una pierna fuesen visibles en la superficie.

Verónica observó el lugar con detenimiento. Lo cierto era que no le transmitía nada, más allá de un sentimiento de pena al ver el hoyo en el que había aparecido el cuerpo de la víctima. Todavía conservaba frescas en su mente las fotos que constaban en el informe, en las que se veía el estado después de que Criminalística lo desenterrase. Estaba tumbada bocarriba, desnuda, y con una camiseta cubriéndole el rostro. Una vida arrancada para satisfacer la fantasía de un monstruo.

—Desde que me hice cargo del caso, no he dejado de preguntarme por qué ella —comentó Durán—. Una joven que tenía toda la vida por delante. ¿Qué pudo ver en ella el asesino para elegirla?

—Es lo que debes averiguar si quieres atraparle —le respondió Verónica—, aunque creo que no tiene nada que ver con ningún detalle de su físico ni con su edad. No las elige por eso.

—¿No crees que la edad influya? La primera y última víctima eran estudiantes que no pasaban de los veinte años.

—Sí, pero las prostitutas iban desde los veinticinco hasta los treinta y cinco. La edad no es determinante para él —aseguró negando con la cabeza—. Los rasgos físicos tampoco le importan. Le da igual que sean más o menos guapas, rubias o morenas, incluso el color de sus ojos. Solo le importa la oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—No deja de ser un cazador y se comporta como lo hacen los depredadores en el mundo animal. Una leona observa a un grupo de gacelas bebiendo en un río y elige a la más vulnerable, la que le ofrece mayores posibilidades de éxito. La que está débil, herida o incluso enferma. En este caso, nuestro asesino elige a mujeres que le ofrecen más posibilidades de éxito. A excepción de Nuria Montes, la primera víctima, que era más corpulenta que las demás y que se defendió, el resto no tenían mucha fortaleza física. Eran delgadas y de estatura baja, por eso las eligió. Ninguna era demasiado guapa ni destacaba por su físico, eso no es lo que le atrae de ellas. Su único objetivo es disfrutar estrangulándolas, por eso su prioridad es que sean más débiles que él.

—¿Y por qué no las viola?

—Los asesinos en serie con motivación sexual buscan la dominación y el control. Estrangulando a su víctima obtienen un placer mayor al de un orgasmo. En Quantico estudiamos varios casos de este tipo y todos parecían cortados por el mismo patrón.

—¿Has dicho Quantico? —preguntó Durán alzando las cejas.

—Sí.

—Allí está la Academia del FBI.

—Hice un curso de ocho semanas con ellos, de psicología criminal.

—¡Vaya! No tenía ni idea de que pudiésemos realizar esos cursos. Hace unos años hice una solicitud a mis superiores, pero me dijeron que no teníamos ningún convenio con los Estados Unidos en materia de enseñanza.

—Yo lo conseguí gracias a un favor personal.

—¿Y aprendiste mucho?

—Bastante, aunque los criminales de allí no tienen nada que ver con los nuestros. Culturalmente somos muy distintos y el índice de criminalidad en los Estados Unidos es muy diferente al nuestro.

—Lo sé, aunque me imagino que todos los psicópatas tienen características similares.

—En muchos aspectos, lo son, o al menos eso espero, si quiero que todo lo que aprendí me sirva para hacer mejor mi trabajo.

—Está claro que deberíamos trabajar juntos en este caso, codo con codo —aseguró Durán a la vez que asentía con la cabeza—. De forma oficial.

—Ya te he dicho que eso no depende de mí. Además, si lo hiciese, seguro que el inspector Fabra montaría en cólera.

—¡Qué le den a ese imbécil!

—Ese imbécil es capaz de buscarme un problema si se entera de que colaboro contigo. Y el jueves tengo que estar de vuelta en Madrid. Puedo echarte una mano orientándote en alguna cuestión, si lo

necesitas, pero no voy a implicarme en el caso más de lo que ya lo he hecho. Lo siento.

—No pasa nada—afirmó Durán bajando la mirada—. De todas formas, prometí que te invitaría a comer.

—No es necesario.

—Claro que sí, aunque antes tengo que pasar por el juzgado unos minutos y luego te llevaré a un bar del que me han hablado muy bien. ¿Te parece?

—De acuerdo.

De regreso a Salamanca, Durán le estuvo preguntando por el curso que había realizado en la Academia del FBI. Sin entrar en muchos detalles, Verónica le contó en qué consistía y las materias que habían tocado, ante la atenta mirada de él, que se mostró muy interesado.

Lo cierto era que se encontraba bastante a gusto charlando con Durán. Desde el primer momento le había parecido una persona muy amable y de trato afable. Siempre medía sus palabras y su tono de voz era agradable. Además, era un hombre que cuidaba su aspecto y con un atractivo innegable que, sin embargo, no había usado con ella. En todo momento se había mostrado respetuoso, sin que hubiese detectado en él ninguna mirada que le hiciese sentirse incómoda, al contrario de lo que le había sucedido con otros hombres. Fue algo que agradeció y que la llevó incluso a pensar que no hubiese sido tan malo trabajar con él en la investigación. Por desgracia, su labor allí ya había terminado.

Se quedaría un par de días más y regresaría a Madrid para incorporarse a la Brigada.

25

Llegaron al juzgado pasadas las doce de la mañana. Durán entró en el edificio, mientras Verónica esperaba en el coche a que regresase. Su intención era no moverse de ahí, pero pasados un par de minutos vio a alguien salir del edificio, una mujer con maletín de cuero en la mano y expresión cabreada, a la que reconoció al momento. Era la abogada de Tomás Navarro. Eso la empujó a salir a su encuentro.

—Hola —la saludó interponiéndose en su camino. La mujer se detuvo, algo desconcertada—. Enhorabuena, ya me dijeron que Tomás salió de la cárcel.

—¿Tomás? —Por unos segundos pareció no reconocerla, hasta que sus ojos se iluminaron y masculló con rabia—: No ha sido gracias a vosotros.

Verónica no se tomó a mal sus palabras.

—Créeme, soy la primera que no estaba de acuerdo con su detención. Nunca creí que fuese culpable, por eso me alegro de que esté libre.

—Lástima que tus compañeros no piensen igual, porque están consiguiendo arruinarle la vida —dijo la abogada apretando los dientes—. Después de que la prensa airease todos sus trapos sucios, su mujer le pidió el divorcio, y la presión policial a la que sigue sometido ha hecho que caiga en una fuerte depresión.

—¿A qué presión te refieres?

—La última jugada ha sido acusarle de conducir borracho, cuando él ni siquiera iba al volante. ¿Por qué crees que salgo ahora del juzgado? Seguís empeñados en meterle en la cárcel de nuevo, del modo que sea.

—Lo siento, no tenía ni idea.

—¿Qué pasa, que no te enteras de lo que ocurre en tu comisaría?

—No es mi comisaría. Yo estoy destinada en Madrid. Vine a apoyar la investigación y ahora me encuentro aquí por un asunto distinto —dijo Verónica para ahorrarse más explicaciones.

Eso pareció calmar a la abogada, que rebajó el grado de tensión de su voz.

—Pues tus compañeros de Salamanca le llevan acosando desde el primer minuto que puso el pie en la calle —comenzó a explicar—. Solo llevaba veinticuatro horas fuera de la cárcel cuando el juez pidió que se presentase ante él. Por suerte, yo ya me temía que le hiciesen alguna jugada parecida, por eso le dije a Tomás que no debía estar

solo nunca. Siempre tenía que haber alguien con él.

—¿Y eso por qué?

—Para poder demostrar en todo momento cada paso que daba, por eso el día que salió de la cárcel varios familiares fueron a recogerle. Yo también les acompañé y fuimos directos a su casa en Zamora, donde le esperaban varios amigos para darle una pequeña fiesta de bienvenida. —La abogada dibujó una amarga sonrisa en sus labios—. A pesar de la imagen que la prensa ha dado de él, Tomás es una buena persona. Demasiado inocente, en mi opinión, y con un vicio que claramente no le ha beneficiado para nada, pero sus amigos le aprecian mucho. No creo que frecuentar prostitutas le convierta en un asesino.

—Yo tampoco lo creo.

—Al día siguiente de salir de la cárcel, me llama el juez y me dice que Tomás tiene que presentarse en el juzgado. ¿Adivinas para qué? No fue para disculparse por el tiempo que había estado encarcelado de manera injusta —afirmó mientras apretaba los dientes y la rabia volvía a salir a flote—. Empezó a preguntarle que tal la vuelta a casa, si estaba contento y cosas así. Tomás, que como te digo, es una persona sin maldad, le contó que estaba feliz porque le habían hecho una fiesta de bienvenida. Entonces va el juez y dice que alguien ha presentado una denuncia contra él por amenazas. Una persona cuyo nombre no hemos obtenido y que dijo que el día de la liberación Tomás se había presentado en su casa para decirle que no se le ocurriese contar nada sobre las prostitutas asesinadas.

—¿Contar el qué?

—No lo sabemos. Obviamente, le dije al juez que tenía numerosos testigos que confirmarían que mi cliente había ido directo de la prisión a su casa y que no se había movido de ella en todo el día. Eso dio por concluida la visita al juez.

—No lo entiendo —dijo Verónica, negando con la cabeza.

—Está claro. La policía de Salamanca está buscando cualquier motivo para meterle de nuevo en prisión.

—¿Y por qué harían eso? —preguntó recordando su conversación el día anterior con el inspector jefe Fabra.

—Eso es lo que a mí me gustaría saber. Está claro que hay alguien muy interesado en que él sea el culpable de esos crímenes, sin importarle joderle la vida a un inocente. Alguien que tiene el apoyo de la prensa, donde se sigue insistiendo en que la Policía está segura de su culpabilidad y que están trabajando al máximo para conseguir las pruebas que permitan encerrarle de nuevo. La presión es tan asfixiante que a Tomás le han echado del trabajo. Ahora vive con un primo suyo, que por suerte está pendiente de él las veinticuatro horas, aunque eso no ha impedido que se haya dado a la bebida y esté perdiendo las

ganas de vivir.

—Lamento que lo esté pasando tan mal.

—Lo que yo lamento es que el verdadero asesino siga libre y matando. Solo espero que le atrapen antes de que Tomás decida colgarse de una viga o tirarse por un puente.

Sin decir nada más, la abogada siguió su camino, mientras Verónica la observaba sin atreverse a comentar que pensaba igual que ella. Para empezar, no entendía por qué la Policía de Salamanca seguía empeñada en demostrar que Tomás era culpable. Ya le había extrañado el comportamiento del inspector Fabra al respecto cuando había estado con él en su despacho, pero ahora, después de escuchar todo lo que la abogada le había contado, tenía la sensación de que había algo más. Un interés personal, de alguien, por meterle en la cárcel.

Solo esperaba que la UCO consiguiese encontrar al asesino antes de que terminasen de destrozar la vida de un inocente.

26

Los dos días siguientes Verónica los dedicó a descansar y a leer en el hotel. La temperatura había subido un par de grados y prefirió quedarse al abrigo del aire acondicionado de su habitación hasta que el sol bajase y la temperatura fuese más soportable. Luego salía a cenar algo en alguna terraza, daba un paseo por el casco antiguo y regresaba al hotel.

El miércoles de noche recibió una llamada del inspector jefe Olaya, en la que le dijo que no era necesario que se presentase en Madrid hasta el lunes de la siguiente semana y que podía quedarse en Salamanca unos días más, si lo deseaba. Verónica le dio las gracias, pero decidió alargar la estancia solo un día más, hasta el viernes, y regresar a casa para disfrutar de un fin de semana tranquilo y hacer una buena limpieza, después de tanto tiempo fuera.

El jueves estaba comiendo en un bar cercano a su hotel cuando recibió una llamada de teléfono del sargento Durán, en la que le preguntó si podía pasarse esa tarde por la comandancia para ponerla al tanto de las últimas novedades del caso. Dado que no tenía nada mejor que hacer, aceptó.

Una vez allí, se reunió a solas con él en su pequeño despacho, donde el viejo ventilador había sido sustituido por uno de pie con más potencia, haciendo el calor más soportable.

—Llevamos dos días trabajando con el perfil que nos diste —comenzó a explicarle Durán—, pero de momento no hemos conseguido acotar la búsqueda lo suficiente. No hay constancia de agresores sexuales que hayan sido detenidos en Salamanca en los últimos diez años.

—Quizás vivía en otro lugar de España.

—Lo estamos comprobando, pero cruzar las bases de datos con Policía Nacional, policías autónomas y locales resulta bastante complicado.

Verónica se quedó pensativa unos segundos y luego sugirió:

—Quizás, en lugar de esforzaros en encontrar al asesino, podéis intentar encontrar a su siguiente víctima.

—No entiendo cómo podemos hacer eso.

—Pensando como él y tratando de adivinar dónde la buscará.

—¿Crees que volverá al polígono industrial?

—No, eso fue circunstancial, como ya hablamos —dijo ella, negando con la cabeza—. Lo hizo porque Nuria Montes, su primera

víctima, se defendió y eso le obligó a golpearla. Quizás fuese en el momento del asalto o posteriormente, cuando comenzó a asfixiarla, pero lo más probable era que no lo tuviese así planeado. Eso no formaba parte de su fantasía, por ese motivo decidió elegir víctimas más asequibles, en un entorno más seguro para él.

—Las prostitutas —añadió Durán.

—Toxicómanas, de complexión débil y fáciles de asesinar. Hasta que aparecieron los cadáveres. Lo he pensado estos dos últimos días y es posible que tú tuvieses razón.

—¿En qué?

—En que busca un perfil de mujer concreto. Creo que lo que en realidad le excita son las estudiantes universitarias o las que rondan esa edad, por eso tanto su última víctima como la primera encajan en ese perfil.

—En ese caso, podemos averiguar en qué locales solían moverse las víctimas y vigilar esos lugares —propuso Durán.

—Es una opción, aunque sería como buscar una aguja en un pajar. Aun así, yo probaría suerte.

—La pena es que solo dispongo de tres agentes para realizar labores de vigilancia. Podía apoyarme en personal de esta comandancia, pero tendría que ser gente que supiese pasar desapercibida y no levantase sospechas en caso de cruzarse con nuestro asesino. ¿Cuándo regresas a Madrid?

—Mañana temprano, así que no puedo ayudarte.

—No lo pregunto por eso —le replicó él con una sonrisa agradable —. Me gustaría invitarte a cenar esta noche.

—Ya me invitaste a comer el otro día.

—Lo sé, pero me han hablado de un par de bares de tapas que hay en la Plaza Mayor y que están muy bien.

—Lo siento, mañana quiero madrugar para salir temprano hacia Madrid.

—Te prometo que no te entretendré.

Verónica le miró a los ojos, intentando descubrir qué se escondía tras esa proposición. Si algo tenía claro en ese momento era que el único hombre con el que deseaba estar era Santi, y no tenía pensado complicarse la vida con nadie más. Y mucho menos en Salamanca.

Desconocía las intenciones de Durán, tal vez no fuesen malas, pero decidió rechazar la oferta de la manera más cortés posible.

—Creo que lo mejor es que…

Antes de que pudiese terminar la frase, la puerta del despacho se abrió de golpe y uno de los agentes de la UCO irrumpió con cara de preocupación.

—¿Habéis visto las noticias?

—No —le respondió Durán.

—Acaban de decir que hay una adolescente de quince años que lleva dos días desaparecida. Como sea la siguiente víctima de nuestro asesino se va a liar una buena, porque esta vez es la hija del delegado territorial de Salamanca.

~

En la pantalla de televisión que colgaba de la pared, pudieron ver la comparecencia de la familia ante los medios de comunicación. A los padres se les veía bastante afectados por la desaparición de su hija. Mientras la madre contenía el llanto, ocultando parte del rostro tras un pañuelo, el padre terminaba en ese momento un ruego desesperado por la liberación de su hija, cuya foto podía verse en la parte inferior derecha de la pantalla. La acompañaba un rótulo que decía: «Secuestrada la hija del delegado territorial de Salamanca». Junto a los padres estaban el comisario de la Policía Nacional de Salamanca, con su impoluto uniforme de gala, y alguien a quien Verónica reconoció al instante: el inspector jefe Fabra, también de uniforme.

Tras el padre, fue el comisario quien tomó la palabra con voz grave.

—Quiero tranquilizar a la familia y asegurarles que la Policía Nacional de Salamanca ha destinado todos sus efectivos a esta investigación. No pararemos hasta encontrar a Cristina. De hecho —dijo mirando de reojo a Fabra—, esperamos que el dispositivo que hemos montado pronto dé sus frutos y que todo se resuelva de forma positiva en las próximas horas.

A Verónica no le gustó la expresión de Fabra al escucharlo. Era la misma que había visto al visitarle en su despacho con anterioridad, la de alguien que se creía en posesión de la verdad absoluta y que disfrutaba con ello.

No obstante, hubo algo más que le llamó la atención: la actitud de los padres al escuchar esas palabras del comisario. Mientras el padre apretaba la mandíbula, conteniendo la rabia, lo que vio en los ojos de la madre, al retirar el pañuelo que le cubría la cara, fue culpabilidad.

—No tiene nada que ver con nuestro asesino —murmuró Verónica, pasados unos segundos.

—Yo tampoco lo creo —la secundó Durán—. Tiene quince años. Su edad no coincide con el perfil de víctimas que busca nuestro asesino.

—No lo digo solo por eso. ¿Te has fijado en la madre? Se ve claramente que se siente culpable, mientras el padre parece cabreado, pero no cómo lo estaría alguien cuya hija ha desaparecido a manos de alguien. Incluso me atrevería a decir que tiene algún problema con su mujer, por la manera distante en cómo se comporta con ella. Fíjate, en ningún momento le ha cogido la mano ni se ha mostrado cariñoso.

—¿Qué piensas que le ha ocurrido a su hija?

—Yo apostaría a que se ha escapado de casa.

—¿Y entonces para qué montar esa rueda de prensa? —dijo señalando la pantalla, donde ahora aparecía un periodista micrófono en mano.

—Habría que preguntarle al comisario.

—¿Quién era el que estaba a su lado? Ese que parecía disfrutar de forma extraña con la rueda de prensa.

—Veo que tú también te has dado cuenta. Es el inspector Fabra.

—¿El capullo que no quiere compartir los informes de la investigación conmigo y que no responde a mis llamadas?

—El mismo.

—No entiendo muy bien que pinta ahí.

—Yo tampoco —murmuró Verónica—, pero seguro que pronto lo sabremos.

27

Finalmente, Durán logró convencer a Verónica para cenar juntos en un bar de la plaza Mayor, con la excusa de que quería saber su opinión sobre un tema laboral que no tenía nada que ver con los crímenes que investigaba. Decidió no ser descortés y aceptar, aunque lo hizo a cambio de ser ella la que invitase esta vez.

Mientras esperaban a que les sirviesen, el sargento le desveló el asunto del que quería hablarle.

—Dado que has estado hace poco en los Estados Unidos, me gustaría saber tu opinión sobre la creación en España de una unidad similar al FBI. Es decir, un cuerpo policial que estuviese por encima de todos los demás y que actuase en la totalidad del territorio nacional, sin someterse a jurisdicciones.

—Suena bien, pero en realidad quien resuelve la mayoría de los crímenes en los Estados Unidos son las policías locales —le explicó ella—. El FBI está para instruir a los agentes y asesorarles en aquellas investigaciones en las que lo soliciten. Solo intervienen directamente en los crímenes que se llevan a cabo en más de un estado, además de otro tipo de delitos, como el terrorismo o el espionaje. No creo que algo así fuese viable en España.

—Bueno, yo más bien me refiero a una unidad que pueda investigar un crimen, con independencia de dónde se produzca este y a quién le corresponda hacerlo.

—Supongo que lo dices por estos asesinatos y el hecho de que la policía de Salamanca no quiera compartir la investigación con vosotros.

—¡Exacto!

—Con sinceridad, no veo que eso sea posible en este país.

—Lo sería si alguien se atreviese a dar el paso. De hecho, sé que desde hace unos años el ministro de Interior tiene en un cajón de su mesa un proyecto, para la creación de una unidad que estaría compuesta tanto por miembros de la Guardia Civil y la Policía Nacional como de las policías autónomas.

—Eso no quiere decir que algún día alguien lo ponga en marcha. Esos proyectos terminan no saliendo nunca del cajón.

—Con la creación en el ejército de la UME sucedió algo así.

—No es por desanimarte, pero eso que propones no lo veremos ni tú ni yo.

—Yo no estoy tan seguro. Solo hace falta un detonante, algo que le

haga ver al gobierno la necesidad de crear una unidad independiente de la que echar mano en determinados casos.

—¿Y quién formaría esa unidad?

—Tú y yo, por supuesto —dijo él soltando una leve carcajada—. No en serio, deberían estar los mejores investigadores que hay en España en cada tipo de delito.

—Suena muy bien, pero ya te digo que no creo que veamos nunca algo así.

—Pues debería porque marcaría un antes y un después en…—La voz de Durán se cortó de golpe. De pronto, su mirada se quedó clavada en un punto determinado a la espalda de Verónica—. ¡Joder!

Ella se giró y observó la pantalla de cincuenta pulgadas situada en la pared del bar, cerca de la puerta. A causa del bullicio no podía escuchar lo que decía el presentador de las noticias, aunque el rótulo inferior hizo que se le encogiese el corazón:

«Tomás Navarro detenido como presunto autor de la desaparición de Cristina Peña».

La imagen del presentador desapareció y fue sustituida por la de varios agentes de la Policía Nacional sacando al detenido de un furgón y metiéndolo en el edificio del juzgado de Salamanca. Esta vez no habían tenido siquiera la decencia de cubrirle la cabeza.

—¡¿Pero qué demonios están haciendo esos imbéciles?! —exclamó desconcertada. No podía creerse que estuviese viendo la misma escena, casi calcada a dos meses antes.

Fue en ese momento cuando todas las piezas encajaron en su cabeza: la intervención del comisario en la rueda de prensa de esa tarde, el hecho de que el inspector Fabra estuviese a su lado y el modo en que este sonreía mientras su jefe hablaba. Estaba claro que en ese momento ya tenían decidido a quién acusar del secuestro.

—No han pasado ni dos horas de la rueda de prensa… ¿Y ya tienen al culpable? —comentó Durán.

—Lo que están haciendo es terminar de arruinarle la vida a ese pobre hombre. —Verónica le relató a continuación lo que la abogada de Tomás le había contado sobre lo ocurrido al salir su cliente de la cárcel—. Está claro que no van a descansar hasta verle entre rejas para el resto de su vida.

—¿Por qué? Ese hombre es inocente de los asesinatos.

—Ellos no lo ven así.

—Entiendo que les cueste reconocer su error, después de que la prensa los pusiese por las nubes cuando le detuvieron por primera vez, pero estamos hablando de la vida de un inocente.

—La abogada piensa que hay un interés personal detrás de todo. Alguien quiere ver en la cárcel a Tomás.

—¿Quién?

—No tengo ni idea, pero está claro que una vez más han metido la pata hasta el fondo. Nadie se ha llevado por la fuerza a esa adolescente.

—Pues deberías hacérselo entender a tus compañeros.

—¿Yo? —le replicó ella con sorpresa, señalándose a sí misma con el dedo—. Soy la última persona a la que escucharán. Además, mañana me largo a Madrid y espero no regresar nunca a Salamanca.

—¿Tan mal te ha tratado esta ciudad? —preguntó él con una media sonrisa.

—No, pero prefiero volver a mi casa.

—Pues yo te echaré de menos —dijo mirándola de un modo que ella no supo muy bien cómo interpretar—. Hacemos buena pareja.

—Quizás cuando creen el FBI español —dijo Verónica soltando una breve carcajada.

—No te lo tomes a broma. El día que alguien saque ese proyecto del cajón y lo ponga en marcha, igual nos llevamos una sorpresa.

—No mayor de la que se llevaría gente como el inspector Fabra, si se viese obligada a compartir sus investigaciones con ellos.

Durán también soltó una carcajada y acto seguido le dieron la espalda a la televisión para dar buena cuenta de las tapas que el camarero acababa de poner en la mesa.

Durante la cena, hablaron de temas menos trascendentes, y al terminar Verónica pagó la cuenta, a pesar de la oposición de Durán. Una vez en la calle, él comentó:

—Mañana voy a montar un pequeño dispositivo para vigilar los lugares donde nuestro asesino podría buscar a su siguiente víctima.

—Me parece una buena idea, aunque no sé si obtendrás algo.

—Es mejor eso que esperar a que vuelva a matar.

—No es por desanimarte, pero esa sería una de las dos únicas formas que tenéis ahora mismo de atraparle, que cometa un nuevo asesinato y esta vez dejé suficientes pistas que os lleven hasta él.

—¿Y la otra?

—Que cometa un error, como que la siguiente víctima a la que ataque consiga huir y pueda identificarle.

—Preferiría que se produjese la segunda.

—Sería lo mejor para todos.

—De todas formas, intentaremos pillarle antes de que vuelva a asesinar.

—Si lo conseguís, espero que me llames para contármelo.

—Cuenta con ello —dijo él guiñándole el ojo—. Me habría encantado que pudiésemos investigar juntos este caso, pero entiendo que tu trabajo te reclame en Madrid. Espero que todo te vaya bien por allí.

—Muchas gracias. Yo también te deseo lo mejor.

—¿Quieres que te lleve en coche hasta el hotel?

—No es necesario. No está muy lejos de aquí y me apetece caminar.

—Muy bien.

Duran se quedó clavado en el sitio durante unos segundos, como si esperase una reacción por parte de ella, y al ver que esta no se producía se despidió con un «hasta pronto», antes de darle la espalda. Verónica le observó unos segundos y luego caminó en dirección al hotel.

Era mejor así. Al día siguiente abandonaría Salamanca y podría retomar la normalidad en su vida, algo que estaba deseando hacer después de lo intensos que habían sido los últimos meses.

28

A la mañana siguiente, Verónica se levantó temprano. Su idea era salir de Salamanca no más tarde de las ocho, para así realizar el viaje de vuelta a Madrid antes de que hiciese demasiado calor. No contaba con que su teléfono sonase cuando iba a meter las últimas cosas en la maleta.

Al mirar la pantalla vio que se trataba del inspector Olaya, jefe de la Brigada de Homicidios.

—Buenos días —lo saludó con voz algo somnolienta.

—Cuevas, ¿estás todavía en Salamanca?

—Sí, terminando de hacer la maleta.

—Pues déjala. Te quedas ahí.

Verónica resopló, antes de preguntar:

—¿Por qué? Contaba con estar hoy de regreso en Madrid.

—Eso era antes de lo que pasó ayer. Imagino que te habrás enterado de la desaparición de Cristina Peña Román, la hija de Armando Peña, delegado territorial de Salamanca.

—Sí, lo vi en televisión.

—Pues nos han asignado la investigación.

—Creí que la Policía de Salamanca se ocupaba. Es más, anoche vi en las noticias que ya habían detenido a alguien.

—El asunto es más complejo de lo que parece. El delegado no está muy de acuerdo con el rumbo que le han dado los compañeros de Salamanca a la investigación y ha llamado al ministro de Interior para que intervengamos.

—A ver si lo entiendo —comenzó a decir Verónica, desconcertada —. ¿Primero sale dando una rueda de prensa junto al comisario de Salamanca y luego dice que no confía en él?

—Cree que su hija se ha escapado de casa y que la Policía no está investigando en la dirección correcta. —Eso coincidía con lo que Verónica había intuido al ver las imágenes en televisión de la rueda de prensa—. Nos han ordenado que asumamos el caso, así que le he pedido al inspector Quintero que dirija la investigación. Y tú le apoyarás, dado que ya estás ahí.

Verónica tragó saliva al escuchar eso. No era una idea que le sedujese en absoluto, por eso preguntó:

—¿Quintero no estaba de vacaciones?

—Ya no. Es el único inspector del que puedo echar mano.

Por un momento se le pasó por la cabeza negarse. No le apetecía

nada reencontrarse de nuevo con Quintero en Salamanca, y menos los dos solos, pero terminó diciéndose a sí misma que era capaz de controlar la situación.

—¿Y cuándo llegará?

—A lo largo de esta mañana. Imagino que te llamará de camino. Eso sí, ya le he dicho que no quiero conflictos con los compañeros de Salamanca. Seguiremos nuestra propia línea de investigación si es necesario, evitando enfrentamientos con ellos.

—Ya veremos si eso es posible.

—Confío en vosotros para resolverlo pronto.

Verónica se despidió de su jefe y durante unos segundos se quedó mirando la maleta que tenía encima de la cama, abierta. Contaba con regresar a Madrid, a su casa, después de tantos días ausente. Necesitaba algo de estabilidad y volver a la rutina, aunque esa era una palabra difícil de compaginar con su trabajo actual.

Lo peor era que Vallejo ya había dejado de ser su compañero y trabajar con Quintero en un nuevo caso no era lo que más le apetecía en ese momento.

Tras lo ocurrido entre ellos dos meses atrás, antes de irse a los Estados Unidos, tendría que dejarle las cosas claras desde un principio, para que no hubiese malos entendidos. No sabía cómo se lo tomaría él, pero era el único modo de que pudiesen trabajar juntos sin que hubiese fricciones. Lo haría en cuanto llegase a Salamanca.

Decidió salir de la habitación para hablar con el encargado del hotel y averiguar si podía quedarse unos días más. Eso le ahorraría el engorro de buscar otro hotel.

Justo estaba llegando a la recepción cuando recibió una llamada de Quintero.

—Hola, Cuevas. Voy de camino a Salamanca —escuchó el eco de su voz. Imaginó que hablaba por el manos libres mientras iba conduciendo—. Calculo que llegaré en un par de horas. ¿Dónde estás?

—En mi hotel.

—No he tenido tiempo de buscarme ninguno. ¿Crees que podrías conseguirme una habitación en el tuyo?

Por un momento dudó si eso sería una buena idea, aunque decidió no dejar que lo personal influyese en lo profesional. Estar alojados en el mismo hotel les facilitaría bastante los movimientos durante la investigación.

—Sí, lo preguntaré.

—Te lo agradezco. Todo ha sido un poco rápido, la verdad.

—Siento que te hayan separado de tu familia. Me dijeron que estabas de vacaciones.

—Este trabajo es así. Pásame la ubicación de tu hotel y así dejó ahí la maleta, en caso de que me consigas alojamiento. Luego podemos ir

juntos a la comisaría de Salamanca. ¿Te parece?

—Sí, claro.

—Entonces nos vemos en un par de horas.

Verónica se despidió de él y respiró aliviada. Por la conversación que acababan de mantener, parecía que Quintero estaba centrado en lo profesional.

Mejor que fuese así, porque no pensaba complicarse la vida de nuevo.

29

El reencuentro resultó algo extraño. Verónica, que le esperaba en la puerta del hotel, fue la que primero habló cuando él se acercó maleta en mano.

—Vas a pasar mucho calor, así vestido.

Quintero llevaba puesto un traje azul oscuro y una camisa blanca, su atuendo habitual y que le había valido el apodo de agente Mulder entre los miembros de la Brigada.

—Hay que dar siempre buena imagen —dijo mirándola de arriba a abajo—. Estás muy guapa.

Verónica vestía un *short* rojo y una camisa blanca de manga corta que no marcaban en exceso sus curvas. Aun así, la mirada de Quintero le hizo comprender que debía mantener las distancias con él desde un principio.

—Enhorabuena por tu reciente paternidad, imagino que estarás muy contento. Y tu mujer también —añadió.

—La verdad es que sí —dijo dibujando una sonrisa radiante—. El niño es un encanto, se pasa la noche durmiendo, y por el día solo da guerra si tiene hambre. Veremos a ver cuando crezca.

—Me alegra saber que todo os va bien. Felicita a tu mujer de mi parte la próxima vez que hables con ella.

—Lo haré. ¿Qué tal estás tú?

—No me puedo quejar.

—¿Cómo te fue por los Estados Unidos?

—Bastante bien. Una experiencia muy positiva.

—Menuda envidia me dio cuando me enteré de que ibas a hacer un curso con el FBI. ¡No me lo podía creer!

—Sí, fue una suerte que me incluyesen.

—Tienes que contármelo todo, aunque primero quiero dejar la maleta. ¿Me has conseguido una habitación?

—Sí. Por suerte hubo un par de cancelaciones de última hora y han podido alojarnos a los dos, aunque estamos en pisos diferentes.

—No importa. Esta noche tendré que invitarte a una copa para darte las gracias.

Verónica no esperaba que surgiese tan pronto la ocasión de tocar un tema tan incómodo para ambos, por eso decidió no dejar pasar la oportunidad.

—Escucha, Quintero…

—Ya sabes que puedes llamarme Víctor —la interrumpió él sin

perder la sonrisa.

—Lo que ocurrió entre nosotros la anterior vez que estuvimos en Salamanca solo fue un desliz. Estábamos de celebración, los dos habíamos bebido mucho esa noche y… —Necesitó tomarse un par de segundos para buscar las palabras adecuadas—. Fue un error que por suerte solo se quedó en un beso.

—Un beso espectacular, reconócelo.

—No estoy para bromas, te hablo muy en serio —dijo Verónica apretando la mandíbula y provocando que la sonrisa de él se difuminase—. Tú estás casado y acabas de tener un hijo. Mi último deseo es romper una familia. Además, lo que menos necesito ahora es complicarme la vida con un compañero de trabajo. Quiero que lo tengas claro —prosiguió, tajante—. Estamos aquí para trabajar juntos en un caso, nada más. Si eso te va a suponer un problema, quiero que me lo digas ya. Le pediré a Olaya que mande a otra persona en mi lugar, con cualquier excusa que se me ocurra.

—Eso no será necesario, tranquila —dijo Quintero, forzando una tímida sonrisa—. Estoy de acuerdo contigo en que aquello fue un error y que no debería volver a pasar. Lo único que quiero es centrarme en el trabajo.

—Me alegra comprobar que estamos de acuerdo.

—Pues cuanto primero empecemos, mejor.

~

Lo primero que pensó Verónica mientras charlaban con el inspector Fabra fue que se alegraba de que Quintero estuviese al mando de la investigación. Ella no habría tenido tanta paciencia como él.

La actitud de Fabra y, sobre todo, la prepotencia que demostró durante la conversación, la convenció de que aquel hombre tenía algo personal contra Tomás Navarro. Desde que entraron en su despacho, aseguró que ya habían detenido al principal sospechoso del secuestro y que no tardarían en hacerle confesar, tanto por ese delito como por los crímenes que había cometido anteriormente.

—Sabemos que fue él quien se la llevó, esta vez le hemos pillado, y haremos todo lo que haga falta para que nos diga dónde la tiene retenida, si es que todavía está con vida.

Ni por un momento contempló la posibilidad de que la adolescente se hubiese escapado de casa, tal y como Quintero le sugirió.

—Es normal que los padres se aferren a cualquier posibilidad —se justificó Fabra—, antes que aceptar que su hija pueda estar muerta.

A Verónica le pareció una afirmación demasiado cruel, pero no dijo nada.

—Deberíamos valorar la opción de la desaparición voluntaria —

insistió Quintero.

—Vosotros veréis lo que hacéis. Yo no voy a destinar a nadie a una investigación paralela. Tarde o temprano haremos que ese cabrón confiese.

A pesar de la insistencia de Quintero, Fabra se mantuvo en su postura de no ceder personal ni medios para ayudarles en la búsqueda de la adolescente desaparecida, por lo que abandonaron su despacho con la misma falta de apoyo con la que habían entrado en él.

—Menudo gilipollas —dijo Quintero al pisar la calle—. Ya me lo pareció cuando estuvimos aquí hace un par de meses, pero ahora me ha quedado claro.

—No seré yo quien te contradiga.

—Deseaba hablar con él por cortesía y por si quería colaborar con nosotros. Ya veo que no va a ser así. ¿A qué viene tanto empeño en que Tomás Navarro sea el principal y único sospechoso?

—Yo también me lo pregunto.

—De cualquier modo, nosotros a lo nuestro. Iremos a casa de los padres de Cristina Peña para ver que nos cuentan.

Abandonaron la comisaría con Quintero al volante, y callejearon por la ciudad, siguiendo las indicaciones del GPS para llegar a la casa de la familia.

—Se me olvidaba decirte que ayer pasó por la comisaría Vallejo, tu antiguo compañero —comentó Quintero.

—¿Y qué tal le va?

—Bastante bien. Dice que la vida como detective privado es mucho más tranquila.

—Debería llamarle.

—Sí, ya me dijo que estaba enfadado contigo porque hacía tiempo que no sabía nada de ti.

—Le llamé cuando llegué a Quantico, para contárselo, pero desde entonces no hemos vuelto a hablar. Lo haré en cuanto pueda.

Diez minutos después llegaron a una urbanización privada, formada por chalets adosados de dos plantas, protegidos por un muro de ladrillo de metro y medio de altura. Identificaron enseguida la vivienda, gracias a la aglomeración de vehículos y de gente en la puerta. Un par de policías locales mantenían libre el acceso, lo que les permitió acceder a la vivienda sin problemas.

Una vez dentro, Verónica supo que aquella investigación no iba a ser fácil.

30

El interior de la vivienda estaba casi igual de concurrido que el exterior. Les abrió la puerta una mujer mayor, que se identificó como amiga de la familia y que les acompañó al salón.

El padre se encontraba junto a la ventana, con un café en la mano, hablando con tres hombres trajeados. Verónica supuso que estaban relacionados con la política. Había al menos una docena más de personas repartidas por el resto de la estancia, reunidas en pequeños grupos. Identificó a la madre sentada en el sofá, acompañada en ese momento por una mujer que la estaba abrazando. Tenía los ojos enrojecidos y una expresión de profundo dolor, como si no fuese capaz de encontrar consuelo, a pesar del apoyo de su amiga.

Antes de que decidiesen a quién dirigirse, el padre posó la mirada en ellos dos y al momento se encaminó a su encuentro.

—¿Son ustedes los agentes de la Brigada de Madrid? —preguntó sin alzar en exceso la voz.

—Sí. Soy el inspector Quintero y esta es la subinspectora Cuevas.

—Les esperaba —dijo sin hacer ademán de estrecharles la mano—. Es mejor que hablemos a solas en otro lugar de la casa.

El hombre llamó la atención de su mujer haciéndole un gesto con la mano para que se acercase y en cuanto se reunió con ellos los cuatro se dirigieron a la planta superior, a una pequeña sala de costura con una máquina de coser y varios percheros con ropa.

—Mi mujer preparó esta sala porque a nuestra hija siempre le gustó diseñar ropa. Quería ser diseñadora de moda.

—No hables de ella en pasado —le reprendió su mujer con gesto de dolor.

—No hablo de ella en pasado. A los adolescentes, hoy les gusta una cosa y mañana otra. No son constantes en nada de lo que hacen.

—Nunca te esforzaste por entenderla.

—¿Y tú sí?

—Estamos aquí para dar con su paradero —les interrumpió Quintero, para evitar que la discusión fuese a más—. Todos queremos encontrar a Cristina lo antes posible y en eso vamos a concentrar nuestros esfuerzos a partir de ahora. ¿Qué pueden contarme del día de su desaparición?

El hombre resopló antes de responder. Se veía que la relación con su mujer era tensa.

—Hace tres noches tuvimos un acto social que terminó bastante

tarde —arrancó a decir el marido, mientras su mujer se sentaba en una pequeña butaca, cerca de la ventana—, así que al llegar nos fuimos directos a la cama.

—Yo sí que abrí la puerta de su habitación —intervino ella— y me pareció que estaba acostada, pero no lo comprobé.

Al decir eso bajó la mirada con gesto de dolor, como si se sintiese culpable por ello. La dureza con la que su marido la observó en ese momento le dio a entender a Verónica que aquello había sido tema de discusión entre ambos.

—Es decir, que no saben si estaba en la cama o no —dijo Quintero.

—No lo estaba —aseguró la madre—. Lo descubrí al día siguiente cuando vi que tardaba en levantarse y fui a buscarla a su habitación. Había metido varios cojines bajo las sábanas para simular que era su cuerpo.

—Lo primero que pensamos fue que había salido de noche con sus amigas, a escondidas —explicó el padre—, así que la llamamos varias veces al teléfono móvil, pero no respondió a ninguno porque lo tenía apagado o fuera de cobertura. Luego empezamos a llamar a sus amigas y compañeras de clase, y todas nos dijeron que no habían quedado con ella esa noche. A última hora de la tarde llamé a la policía para denunciar la desaparición. —El hombre apretó entonces los dientes—. En principio no me hicieron demasiado caso y me dijeron que lo mejor era esperar cuarenta y ocho horas para ver si daba señales de vida.

—¿Y qué pasó después de eso?

—Al día siguiente por la mañana me llamó el inspector Fabra para ponerse a mi disposición. Él fue quien sugirió la posibilidad de que alguien se la hubiese llevado a la fuerza y que estuviese retenida, por eso dimos una rueda de prensa, a la que asistió el comisario de Salamanca. Ambos me convencieron de que era el mejor modo de obtener la colaboración ciudadana en caso de un secuestro.

—Pero usted no cree que la tenga retenida nadie, ¿verdad? —intervino por primera vez en la conversación Verónica.

Su mujer se puso en pie con expresión de enfado, adelantándose a su respuesta.

—Antes de dar la rueda de prensa les dije a los policías que faltaba una de las dos maletas que Cristina tenía en su armario, la más pequeña —aseguró—, y también una de las mochilas. Incluso les comenté que echaba en falta varias prendas de ropa suyas. ¿No deberían haber registrado su habitación antes de nada?

—¿No lo hicieron?

—De momento, nadie ha entrado en su habitación. Ese inspector se limitó a decir que las adolescentes suelen intercambiarse la ropa y que la maleta se la podía haber prestado a alguien.

—Todo fue demasiado rápido —intervino su marido, como si pretendiese disculpar al policía—. Además, un par de horas después de dar la rueda de prensa, el inspector me llamó para decirme que ya habían detenido a un sospechoso.

—A Tomás Navarro —dedujo ella.

—Ese hombre no se llevó a mi hija —aseguró la madre con rotundidad.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque nunca se acercaría a un hombre así. ¿No es el que mató a esas prostitutas?

—No, el juez le exculpó de los cargos.

—Es igual. Además, dos días antes tuvimos una bronca en casa con ella, por eso se fue —añadió mirando a su marido con evidente resentimiento.

—No fue una bronca —se defendió él—. Cristina quería salir con sus amigas hasta muy tarde esa noche y yo le dije que bajo ningún concepto.

—Fuiste demasiado duro con ella. Era el cumpleaños de su mejor amiga y la primera vez que se juntaban todas después del verano.

—Solo tiene quince años. ¡Por Dios santo! —dijo alzando los brazos y mirando al techo como si pidiese ayuda de lo alto—. ¿Tan difícil es de entender? Pretendía volver a casa cuando le diese la gana. Yo tuve que esperar hasta cumplir los dieciocho para no tener hora de entrada en casa.

—Eran otros tiempos.

—Por supuesto que lo eran, y menos peligrosos que los de ahora, por eso no voy a permitir que haga lo que le dé la gana. Mientras viva bajo este techo, acatará mis normas, le guste o no.

—Ahora ya sabes por qué se ha ido.

Verónica vio que el hombre estaba a punto de estallar, por eso se adelantó y se dirigió a la madre.

—Me gustaría ver la habitación de Cristina. ¿Podría enseñármela, por favor?

La mujer asintió con la cabeza y salió de la estancia, mientras su marido resoplaba de nuevo para calmarse. Recorrieron unos pocos pasos y entraron en la habitación contigua al baño.

Lo primero que le llamó la atención a Verónica fue que tuviese un mural lleno de fotos, que cubría una de las paredes de la habitación casi por completo. La mayoría eran fotos de Cristina con distintas prendas de ropa, lo que confirmaba cuánto le gustaba la moda. En algunas de ellas parecía bastante más mayor de los quince años que tenía. También había fotos con sus amigas. Lo que no vio fue ninguna en la que apareciese con un chico.

—¿Cristina tiene novio? —preguntó mientras las observaba más de

cerca.

—Tiene algún amigo, nada serio —respondió la madre—. Si su padre se entera, le da algo, por eso no pone aquí ninguna foto.

Verónica se volvió para mirarla.

—Es muy estricto con ella, ¿verdad?

—Demasiado, se lo he dicho más de una vez, pero no quiere escucharme. Siempre ha sido muy exigente, sobre todo desde que hace un año anunció que pensaba optar a la presidencia del partido en la comunidad. Siempre está insistiendo en lo importante que es mantener una buena imagen de cara a la prensa y de que nada puede perjudicar su figura pública.

—¿Y piensa que su hija podría perjudicarle por salir de fiesta hasta tarde con sus amigas?

—Mientras sea menor de edad, sí. Ya lo has oído hace un momento. Cris ha discutido más de una vez con él estos últimos meses. Yo intento hacerle ver que es adolescente y que está en una edad muy rebelde, pero Armando no lo entiende. Es demasiado cabezón.

—Ya me he dado cuenta de ello.

—La última discusión entre ellos casi se le fue de las manos.

—¿En qué sentido?

—Armando le levantó la mano. No le llegó a pegar —se apresuró a aclarar—, pero en ese momento vi en los ojos de Cris que algo se había roto entre ellos. Intenté luego hablar con ella, para calmarla, pero no quiso escucharme. Me dijo entre lágrimas que haría que se arrepintiese y que el día que se fuese de casa no volvería nunca más.

—Por eso piensan que su hija se ha escapado —dedujo Verónica.

—Se lo dijimos a ese inspector cuando hablamos con él la primera vez, pero insistió en que no había que descartar el secuestro y que anunciarlo en televisión haría que la gente nos ayudase. Luego, cuando un par de horas después nos enteramos de que había detenido a ese hombre, Armando le llamó para decirle que debía seguir buscándola. Ese policía se limitó a decir que ya tenían a quien la había secuestrado y que tarde o temprano le harían confesar.

—¿Y qué dijo el comisario? ¿Su marido no habló con él?

—Armando prefirió hablar directamente con el ministro de Interior, que es amigo suyo, para que enviase a alguien que siguiese la pista de Cris. Imagino que por eso están aquí ustedes.

—Así es.

—Escuche —dijo entonces la mujer, bajando la voz como si temiese que alguien la oyese—, mi hija no se iría con ningún desconocido y menos llevándose una maleta con ropa. Estoy segura de que se ha ido de casa. Tienen que dar con ella antes de que le pase nada malo.

—Tranquila, lo haré —aseguró Verónica poniendo la mano sobre su hombro, para tranquilizarla. Luego miró a su alrededor—. La habitación está impecable.

—Tal y como la dejó ella. Yo no he tocado nada, por si la policía quería registrarla.

Todo en la estancia estaba ordenado. No había ningún libro fuera de la estantería, ni tampoco ropa ni calzado fuera de los armarios. Algo poco habitual en una adolescente, lo que daba a entender cómo era su carácter.

—Imagino que es una buena estudiante.

—Muy buena, saca las mejores notas de la clase. Es muy responsable y todos los profesores están encantados con ella.

—¿Hace actividades extraescolares?

—Toca el piano desde los ocho años, y juega al voleibol. También da clases de inglés y francés en una academia particular, dos veces por semana. Y cada dos sábados acude a un taller, donde le enseñan costura.

—Es decir, que lleva una vida muy exigente a nivel de estudios y de actividades.

—La verdad es que sí.

—Y, a cambio, su padre no la deja salir hasta tarde en el cumpleaños de su mejor amiga —reflexionó en voz alta Verónica—. Cumple con todas sus tareas, incluyendo tener la habitación ordenada y recogida. Saca buenas notas, es educada y se porta bien. Es la hija que cualquier padre desearía tener… menos el suyo. ¿Me equivoco?

La mujer bajó la mirada, avergonzada.

—Nada es suficiente para él —murmuró entre dientes, como si temiese que él la estuviese escuchando.

Por ese motivo, Verónica se acercó a la puerta y la cerró, antes de preguntar:

—¿Cree que Cristina se ha escapado de casa para castigar a su padre?

La mujer no fue capaz de responder. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó la mano al pecho, como si tratase de contener el llanto que estaba a punto de asaltarla.

—No se preocupe —dijo Verónica acercándose a ella—, encontraremos a su hija.

31

Un registro minucioso de la habitación de Cristina Peña dio como único resultado la localización de su teléfono al fondo de uno de los cajones de su cómoda, envuelto en un jersey. Al encenderlo descubrieron que estaba formateado al estado de fábrica, con lo que no era posible obtener ninguna información de él. En un mundo tan tecnológico, encontrar a una persona que no llevaba encima su teléfono iba a resultar más complicado de lo previsto.

Tampoco tuvieron suerte en sus redes sociales, que llevaban inactivas desde un día antes de su desaparición y donde no encontraron nada que pudiese darles alguna pista sobre su paradero.

Por ese motivo, durante el resto de la mañana, Quintero y Verónica estuvieron hablando con varias amigas de Cristina. Su intención era entrevistarse con todas sus compañeras de clase, pero, dado que el curso no había comenzado todavía, tuvieron que visitarlas una a una en sus respectivas casas. Empezaron por aquellas con las que tenía más contacto.

Los tres primeros interrogatorios no ayudaron demasiado. Ninguna de ellas parecía saber nada de las intenciones de Cristina de escaparse de casa, aunque sí coincidieron en que el último año se había quejado bastante de lo estricto y exigente que era su padre con ella, sobre todo a raíz de cumplir los quince años. Tal era así que nada más terminar el curso, la había enviado a Francia casi todo el verano, a casa de unos familiares, a pesar de que ella deseaba quedarse en Salamanca. Por ese motivo tenía tantas ganas de salir con sus amigas a la vuelta de las vacaciones y la fiesta de cumpleaños era la oportunidad perfecta.

A última hora de la mañana se reunieron con Teresa, su mejor amiga y la que celebraba el cumpleaños que parecía haber sido el detonante de todo. Lo hicieron en su casa y en presencia de su madre, que la animó a contar lo que supiese sobre la desaparición, aunque ella dejó claro desde un principio que no sabía nada.

—Sus padres están muy preocupados —afirmó Quintero al ver que no parecía muy dispuesta a hablar.

—Ya —replicó ella con un tono claramente irónico.

Los cuatro estaban sentados en el salón, alrededor de la mesa del comedor. Teresa sostenía entre sus manos un bolígrafo de cuatro colores, al que daba vueltas, mientras su madre la observaba, sentada a su lado.

—¿Cómo era su relación con ellos? —preguntó entonces Verónica.

—Normal.

—Tenemos entendido que no se llevaba bien con su padre, que era demasiado exigente y protector con ella.

—Todos lo somos —intervino la madre—. El mundo de hoy en día es muy competitivo y eso hace que seamos muy exigentes con nuestros hijos.

—¿Hablaste con ella este verano? —prosiguió, ignorando el comentario.

—Sí —respondió Teresa—. Su padre la mandó a Francia a casa de unos familiares, para que practicase el idioma, y se pasó el verano aburrida como una ostra, viendo películas y series en su habitación.

—¿Cómo te comunicabas con Cristina?

—Por videollamada. Solíamos hacer una todos los días.

—¿Cuándo regresó?

—La semana pasada.

—¿Y estuviste con ella?

—Sí, salimos un par de veces a tomar algo.

—¿De qué hablasteis?

—De nada importante —dijo encogiéndose de hombros y bajando la mirada—. De lo que habíamos hecho, del nuevo curso…

—Este año va a ser muy duro —intervino la madre, interrumpiendo de nuevo el interrogatorio—. Ya le he dicho a Teresa que tiene que aplicarse mucho desde el primer día.

Verónica giró la cabeza para mirar a Quintero, sentado a su lado, que interpretó al momento lo que pretendía transmitirle.

—Señora, ¿podemos hablar a solas? —dijo él poniéndose en pie—. Hay un par de cuestiones de las que me gustaría charlar con usted. ¿Podemos ir a la cocina? Me vendría bien un vaso de agua.

—Eh… Sí, claro —aceptó tras dudar.

Verónica esperó hasta que abandonaron el comedor y luego miró a los ojos a Teresa.

—Esto que quede entre tú y yo, pero si yo fuese Cristina también me habría largado de casa. —Eso hizo que ella alzase los ojos para mirarla—. Mi padre era igual de controlador y nunca me dejaba ir a ningún sitio. Solo le preocupaba que sacase buenas notas, pero luego jamás me premiaba por ello. Decía que era mi obligación. —Hizo una breve pausa, esperando alguna reacción por parte de Teresa y, al ver que no era así, prosiguió—. Los padres no entienden que crecemos y que llega un momento en que necesitamos salir con nuestros amigos, divertirnos, y aprender a enfrentarnos al mundo. En mi caso, un día me escapé a casa de mi abuela, que vivía en el pueblo de al lado. Mi padre se cabreó muchísimo, pero mi madre me defendió y le hizo entender que no podía ser tan estricto conmigo. ¿La madre de Cristina también es así?

—No, ella nunca la defiende. Siempre calla a todo lo que dice el padre.

—Entiendo muy bien cómo se siente. Es muy duro encontrarte sola, sin nadie que te apoye. Al menos Cristina te tiene a ti. Sois buenas amigas, ¿verdad?

—Sí.

—Es muy importante tener una amiga como tú. Yo a tu edad no tenía ninguna amiga en la que apoyarme y lo pasaba fatal cada vez que díscutía con mi padre. El problema es que esta situación está provocando que otra persona sufra, y no me refiero solo a sus padres. Ahora mismo hay un hombre encerrado en una celda, acusado de forma injusta del secuestro de Cristina. —Eso captó la atención de la adolescente—. Un hombre al que ya acusaron falsamente de un crimen y que ha sufrido mucho durante bastante tiempo. Él también tiene familia, y le están destrozando la vida por algo que las dos sabemos que no ha hecho. Entiendo que Cristina quisiese darles una lección a sus padres, pero hay otras personas sufriendo a causa de ello y eso tampoco es justo.

Teresa desvió la mirada hacia la puerta de la cocina, como si esperase el regreso de su madre para rescatarla. Por eso Verónica preguntó:

—¿Sabes dónde está Cristina?

—No —murmuró Teresa, sin atreverse a mirarla.

—Pero seguro que tienes forma de contactar con ella. Nadie te va a juzgar por ello —aseguró bajando la voz— y tienes que hacerle entender a Cristina que está causando un grave daño a otras personas. Sus padres ya han aprendido la lección, eso seguro, y no es necesario que siga haciéndolos sufrir. Además, hay mucha gente preocupada por ella. Hemos hablado con varias de sus amigas y todas quieren saber si se encuentra bien.

Durante unos segundos, Teresa estuvo dándole vueltas al bolígrafo que sostenía en la mano, con la vista clavada en él. Luego comenzó a pulsar los botones de cada uno de los colores, hasta que al final levantó la mirada hacia ella.

—De verdad que no sé dónde está. No quiso decírmelo.

—Al menos dime si se encuentra bien. Eso sería un alivio para todos.

—Lo está.

—Es decir, que puedes comunicarte con ella. —Al ver que desviaba la mirada, Verónica se apresuró a decir—. Puedo ir a buscarla al lugar en el que se encuentra o, si lo prefiere, puede presentarse en la comisaría de Policía más cercana y la recogeré allí. Dile que yo me ocuparé de defenderla ante su padre y que le haré entender que no puede tratarla con tanta dureza ni ser tan estricto con ella. He pasado

por lo mismo que Cristina y sé lo que se siente. Haré que su padre lo entienda, pero para eso, necesito que te pongas en contacto con ella. ¿Tienes un modo de hacerlo?

Teresa dudó, hasta que al final asintió con la cabeza.

—Hay una nueva aplicación llamada Partygram, que no está asociada a ningún número de teléfono y que te permite chatear y mandar mensajes sin que nadie que tú no quieras pueda verlos —comenzó a explicar—. Para usarla basta con tener acceso a cualquier wifi abierto.

—¿Cristina tiene dos teléfonos?

—El año pasado le compró uno de segunda mano a un compañero de clase, un Android viejo, sin tarjeta. Lo usa para comunicarse sin que nadie pueda espiarla, sobre todo sus padres.

—Entiendo. ¿Y crees que podrías convencerla para que salga de su escondite?

Teresa asintió con la cabeza antes de responder.

—Puedo intentarlo.

—Hazlo, por favor —dijo Verónica dibujando una ligera sonrisa—. Dile que yo me ocuparé de protegerla.

32

Cuatro horas después, los padres de Cristina Peña se reencontraban con su hija en la comisaría de Zamora, sin que hubiese prensa de por medio y acompañados solo por Quintero y Verónica.

Ella se encargó de aleccionarles bien, sobre todo al padre, antes de llevarles junto a su hija. Le dejó muy claro que Cristina estaba pasando por un momento muy complicado que la había llevado a tomar una mala decisión, y que ahora lo que necesitaba era apoyo y comprensión. Castigarla solo agravaría el problema. Por si acaso, estuvo presente durante el reencuentro, tal y como le había prometido a la adolescente que haría.

Todo fue posible gracias a que Teresa, su mejor amiga, le mandó un audio explicándole no solo que todo el mundo estaba muy preocupado por ella, sino que habían detenido a un hombre acusado de su secuestro. Eso convenció a Cristina para dar por concluida la huida de casa y dos horas después se presentó en la comisaría de la Policía Nacional de Zamora.

Hasta ese momento, había estado oculta en la propia ciudad de Zamora, en el piso de un chico tres años mayor que ella que vivía en Salamanca y al que había conocido unos meses atrás. Tras la discusión con su padre, Cristina le llamó y le contó que estaba pensando en irse de casa unos días para darle una lección. Y él le ofreció las llaves de un piso que sus padres tenían en Zamora, que no usaban nunca.

Estaba claro que ninguno de los dos tenía mucha cabeza y que no pensaron en las consecuencias que eso traería, sobre todo ella. No obstante, Verónica intercedió para que su padre no fuese demasiado duro.

A partir de ahí, poco más podía hacer.

~

Con el caso resuelto, Quintero decidió que regresarían a Madrid al día siguiente, aunque esa noche insistió en invitar a cenar a Verónica, para celebrarlo. Ella en principio se excusó diciendo que necesitaba descansar, pero, dada su insistencia, accedió a cambio de no regresar tarde al hotel y de que cada uno pagase lo suyo.

Cenaron varias tapas en un restaurante que él conocía en la Plaza Mayor, al que se llegaba subiendo unas escaleras bastante estrechas y empinadas. Quintero pidió una botella de vino dulce para brindar por

el éxito de la investigación, algo a lo que Verónica no se opuso, pero de lo que no tardó en arrepentirse. Hacía tanto calor en el local que el vino fresco entraba solo y pronto notó cómo se le subía a la cabeza. Trató de mitigarlo con la comida, pero su compañero le llenaba la copa en cuanto la vaciaba y a mitad de cena ya estaba pidiendo la segunda botella.

Verónica decidió entonces hablar del caso para distraerle y que no estuviese tan pendiente de rellenar su copa.

—Aunque al final hayamos conseguido que Cristina regrese a casa, creo que los problemas con sus padres no han hecho más que empezar. Puede que la próxima vez se largue para no volver.

—Lo dudo —le replicó Quintero—. Su objetivo era acojonar a sus padres y que se sintiesen culpables por tenerla encerrada en casa, y lo ha conseguido. Sois listas de cojones, ya desde bien pequeñas.

—¿A quién te refieres?

—A quién va a ser, a vosotras, las mujeres. Siempre habéis sido más listas que los hombres y sabéis muy bien cómo manipularnos y conseguir de nosotros lo que queréis. Como ese pardillo al que Cristina engatusó para que la ayudase a esconderse en Zamora. ¿Cómo se puede ser tan imbécil? ¿Es que no se imaginaba la que se iba a liar? El padre ya ha dicho que lo va a denunciar por ayudar a ocultarse a una menor. ¡Al capullo le van a salir caros los polvos que le ha echado! —dijo soltando una sonora carcajada, a la vez que llenaba su copa.

—Creo que no deberías beber más. El vino empieza a afectarte —le replicó Verónica muy seria. Quintero hizo ademán entonces de echarle más en la copa, pero ella la retiró a tiempo—. No, gracias, de momento no quiero más.

—¡Venga, estamos de celebración! —exclamó, pletórico, posando la botella y cogiendo su copa—. ¿Por qué no brindamos por ese capullo de Fabra? ¿Viste la cara que puso cuando le dijimos que habíamos localizado a Cristina?

Verónica tuvo que reconocer que había disfrutado especialmente de ese momento, por eso aceptó el brindis y, tras chocar las copas, tomó un pequeño sorbo.

Quintero y ella se habían presentado en la comisaría de Salamanca tras el reencuentro de Cristina con sus padres, para comunicarle al comisario que Tomás Navarro no tenía nada que ver con su desaparición. La cara del inspector Fabra, presente en esa reunión, fue de evidente frustración al saber que debía liberar al detenido.

—Y todo gracias a ti —añadió Quintero ofreciéndole la copa para un nuevo brindis, que ella esta vez rechazó—. Supiste convencer muy bien a su amiga para que nos ayudase.

—En cuanto visitamos a sus padres, tuve muy claro que Cristina se había largado de casa por propia decisión. Solo necesitábamos

encontrar a la persona con la que se comunicaba para que nos ayudase. Teresa es su mejor amiga, así que lo lógico era que supiese algo.

—Eso sí, reconoce que yo tuve mucho que ver en que hablase contigo —dijo Quintero hinchando el pecho como un pavo—. Si no me hubiese llevado a su madre a la cocina, cuando no dejaba de inmiscuirse en la conversación, seguro que no te habría contado nada.

—Sí, fue una buena idea que lo hicieses.

—Está claro que formamos un buen equipo, nos entendemos bien. Deberíamos trabajar juntos más veces.

Verónica estuvo a punto de decirle que esa idea no le seducía mucho, pero prefirió concentrarse en la comida.

Una vez terminaron de cenar, Quintero pidió la cuenta para pagar con tarjeta, a lo que Verónica protestó de inmediato.

—Habíamos quedado en pagar a medias.

—Me gustaría invitarte.

—No es lo que habíamos hablado antes de venir.

—Esta vez invito yo y otro día invitas tú.

—Pagamos a medias —insistió sacando la cartera. Quedar otro día a cenar con él le seducía menos aún.

Antes de tener tiempo de sacar el dinero, el camarero llegó con el datáfono y Quintero pasó su tarjeta.

—Otro día invitas tú —dijo soltando una leve carcajada.

Ella aceptó resignada y se puso en pie dispuesta a abandonar el local. Al momento, notó cómo todo el vino que había bebido se le subía a la cabeza de golpe, lo que la obligó a apoyarse en la mesa para recuperar el equilibrio. Necesitó unos segundos antes de que el efecto se pasase lo suficiente como para poder caminar.

Salieron del restaurante y descendieron por la empinada escalera que llevaba a la calle. Quintero lo hizo en cabeza, apoyándose en las paredes para no caerse, y demostrando que había bebido más de la cuenta. Verónica siguió sus pasos con algo más de dignidad, y con la esperanza de que el aire fresco de la noche la despejase. Por desgracia, lo que se encontró al pisar la calle fue un bochorno que la convenció de que necesitaría una ducha fría antes de meterse en la cama.

Caminaron en dirección al hotel, saliendo de la Plaza Mayor por una calle estrecha que tenía al fondo un cartel luminoso anunciando un local de copas.

—¿Qué tal si nos tomamos la última? —sugirió Quintero al pasar junto a la puerta.

—Mañana tenemos que volver a Madrid. Deberíamos descansar.

—Yo te he invitado a cenar, así que puedes devolverme el favor invitándome a una copa.

—¿Favor? Te recuerdo que habíamos hablado de pagar a medias y

que tú…

—Solo una, prometido —la interrumpió con una sonrisa que parecía ensayada delante del espejo—. Puedes tomarte un refresco si lo prefieres. Es temprano y todavía no me has contado nada de tu estancia en los Estados Unidos. Prometiste que lo harías.

—Mañana tenemos tiempo de hablar durante el viaje.

—Venga, no seas así —dijo abriendo la puerta del local y haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Una copa y nos vamos a dormir. Prometido.

Verónica iba a negarse, pero tuvo que reconocer que necesitaba algo de tiempo para que se le disipasen los efectos del alcohol, antes de meterse en la cama, o se pasaría la noche viendo cómo la habitación daba vueltas a su alrededor.

—De acuerdo, me tomaré un refresco contigo.

—¡Excelente! —celebró él entrando en cabeza.

Ella siguió sus pasos, sin dejar de preguntarse si aquello era una buena idea.

33

Dentro del local flotaba una extraña neblina, que le hizo preguntarse si sería fruto del alcohol consumido durante la cena. Descifró el misterio cuando observó que en varias mesas del local los clientes fumaban de las cachimbas que había sobre ellas. El humo blanquecino se mezclaba con las luces de neón, que daban al lugar un ambiente muy íntimo. No había más de diez personas en ese momento en el local.

Verónica siguió los pasos de Quintero hasta la barra, donde un joven camarero, de camisa ajustada y pectorales muy musculados, les preguntó qué querían tomar.

—Una cola cero —respondió ella.

—Yo quiero un gin tonic, de la mejor ginebra de importación que tengas. Invita mi amiga —dijo soltando una carcajada, para luego mirar a Verónica—. ¿Seguro que no quieres algo más fuerte que un refresco?

—No, ya te he dicho que mañana tenemos que madrugar.

—Estaré bien, no te preocupes. Además, hay que celebrar que hemos resuelto nuestro primer caso juntos. Bueno, en realidad es el segundo. Hace un año me ayudaste a resolver el caso de las prostitutas asesinadas en Madrid. ¡Joder, quién iba a decir que tu novio fuese un psicópata!

—Lo siento, pero no me apetece hablar de ese tema —le replicó ella, a la vez que sentía un ligero mareo—. Voy al baño un momento, ahora vuelvo.

Los primeros tres pasos que dio la convencieron de que necesitaba salir de aquel local lo antes posible. El humo y las luces de neón no la estaban ayudando a despejarse, ni mucho menos, así que decidió lavarse un poco la cara en el baño y luego regresar al hotel. Le daba igual que su compañero se enfadase. Necesitaba salir de allí y respirar un poco de aire puro. Aunque el calor en el exterior fuese igual de agobiante, al menos podría caminar de regreso al hotel y despejarse.

Entró en los aseos procurando no perder el equilibrio. El lavabo era común y estaba situado en una lateral de la antesala que llevaba al aseo de hombres y de mujeres. Este último tenía la puerta cerrada.

Se acercó al lavabo y se miró al pequeño espejo situado encima de él. Vio en sus ojos la tensión acumulada en los últimos días, lo que la llevó a pensar que quizás fuese una buena idea pedirle a Olaya unas vacaciones, a su regreso a Madrid. Necesitaba desconectar de todo y la

verdad es que en Salamanca no lo había conseguido. Quizás Asturias fuese un buen destino. Le gustaba lo que había visto en su visita antes de ir a Quantico y era un buen refugio en el que disfrutar de un poco de tranquilidad.

No fue consciente de la presencia de Quintero hasta que escuchó su voz en la nuca.

—¿Estás bien?

Estaba tan pegado a su espalda que prefirió no volverse. Se limitó a mirarle a través del espejo.

—Estoy algo mareada. Necesito refrescarme la cara.

—Podemos ir al hotel y darnos una ducha juntos, si lo prefieres.

Verónica se puso tensa al escuchar eso.

—Déjate de tonterías.

—O podemos hacerlo aquí mismo.

Nada más decir eso, los labios de Quintero se posaron en su cuello, lo que hizo que ella diese un paso atrás para quitárselo de encima y luego se volvió para mirarle.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Es que no te gusta? —le replicó él, sonriendo—. Cuando nos besamos la otra vez, te gustó.

—Aquello fue un error que no debió suceder nunca. Los dos habíamos bebido demasiado esa noche.

—No tanto como para no darme cuenta de que me deseabas.

—Ni lo bastante como para no pararlo a tiempo. Joder, Quintero, estás casado y tienes un hijo recién nacido. ¡¿Qué coño estás haciendo?!

Él intentó dar un paso hacia delante, pero ella le puso la mano en el pecho y le empujó para que retrocediese.

—Venga, no seas así —protestó él—. Sé que me deseas, lo veo en tus ojos.

—Lo que vas a ver es mi puño estrellándose contra tu cara como no salgas de aquí.

—Mi mujer no tiene por qué saberlo, si es lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa es que no te quedase claro lo que te dije ayer de que no quería nada contigo.

A partir de ahí, todo sucedió demasiado rápido. Él la agarró por el cuello con la mano derecha y la empujó contra el lavabo con tanta fuerza que la sentó encima. Antes de que Verónica pudiese reaccionar, Quintero se colocó entre sus piernas.

—No sabes cuánto te deseo —dijo con voz pastosa, mientras le sobaba uno de los pechos con la mano izquierda.

Verónica trató de quitárselo de encima, empujándole por los hombros, pero era más fuerte que ella y corpulento. Además, la posición en la que estaba tampoco la ayudaba a defenderse.

—Suéltame… por favor.

La fuerza con la que le apretaba el cuello, impidió que siguiese hablando. Quintero estaba fuera de sí, como poseído por un oscuro deseo que no era la primera vez que Verónica veía en un hombre. Lo había visto muchos años atrás, siendo una niña, en los ojos del monstruo que había abusado de ella repetidas veces hasta ser liberada.

Era algo que no estaba dispuesta a dejar que ocurriese de nuevo, por eso hizo lo único que le indicó su instinto. Puede que aquello terminase con su carrera en la Policía, incluso que diese con sus huesos en la cárcel, pero era su vida o la de él. Y debía hacerlo antes de quedarse sin aire y perder el conocimiento.

El disparo resonó con fuerza en la pequeña estancia y Verónica por fin pudo coger oxígeno, mientras Quintero se desplomaba a sus pies.

34

Quintero se aferró con ambas manos el orificio por el que la bala había atravesado su muslo izquierdo, a la vez que apretaba los dientes en una mezcla de dolor y rabia.

—¡Eres una psicópata!

—Y tú eres un hijo de la gran puta —le replicó ella bajándose del lavabo y apuntándole con la pistola—. Has intentado violarme.

—Yo no te he violado.

—Porque no te lo he permitido, cabrón. Lo tenías bien planeado. Te pasaste toda la cena intentando emborracharme.

—Tú te insinuaste. Incluso me invitaste con la mirada a seguirte hasta el baño.

—¡Estás loco! Solo has visto lo que tu mente enfermiza se ha imaginado.

En ese momento, la puerta exterior se abrió y el camarero asomó la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó temeroso.

—Soy policía —le replicó Verónica sin dejar de apuntar al herido —. Llama a una ambulancia. ¡Rápido!

El camarero desapareció de inmediato, quedándose de nuevo a solas.

—Estás acabada —masculló entre dientes Quintero, incapaz de contener el dolor—. Voy a hacer que te echen de la Policía.

—Veremos a quién de los dos echan después de esto.

—Date por jodida. Le has disparado a un policía sin justificación.

—¿Sin justificación? —le replicó ella, apretando los dientes—. Has intentado violarme.

—Es tu palabra contra la mía y soy el único que está en el suelo con un disparo. ¿A quién piensas que van a creer, maldita zorra?

Por mucho que le doliese admitirlo, Verónica sabía que tenía razón. Aunque pudiese demostrar que él había intentado violarla, algo complicado dado que estaban los dos solos en aquel baño, su reacción había sido desmesurada. Le había disparado con su arma y eso era algo muy difícil de justificar.

Al menos, esperaba que la herida no fuese demasiado grave. Lo último que deseaba era que Quintero se desangrase y terminase muerto. Por ese motivo, guardó su pistola y regresó al interior del bar.

El camarero estaba en ese momento tras la barra con el teléfono en la mano, mientras el resto de los clientes permanecían en sus asientos,

desconcertados.

—¿Has pedido ya la ambulancia?

—No, iba a hacerlo ahora.

—Diles que se den prisa y dame un trapo o una toalla. ¿Tienes alguna por ahí?

El joven asintió con la cabeza y sacó de un cajón un par de trapos, que le entregó con mano temblorosa. Verónica regresó a los baños y se arrodilló junto a Quintero. No había demasiada sangre, lo que en cierto modo la tranquilizó. Si la bala no había atravesado ninguna arteria o vena importante, todo quedaría en un susto, al menos para él. Para ella, podía ser su último día en la Brigada, y quién sabe si también en la Policía.

El herido no dijo nada más. Se limitó a gritar de dolor cuando ella le puso un trapo en el orificio de entrada y otro en el de salida y apretó para contener la hemorragia. Ni siquiera fue capaz de mirarla. Se quedó tumbado de espaldas, con los ojos cerrados, como si estuviese meditando sobre lo ocurrido.

El hecho de que estuviese más tranquilo, fue lo que la animó a decirle:

—Lo siento, sé que no debería haber actuado así,

—Que te jodan. Esto lo vas a pagar… muy caro —balbuceó.

Verónica no quiso discutir más. Se limitó a mantener los trapos presionados contra su pierna, pendiente de que no perdiese la consciencia. Solo cuando llegaron los sanitarios y lo tumbaron en una camilla para trasladarlo a la ambulancia, comentó que deseaba acompañarlo al hospital.

—Ni se te ocurra —le replicó él con una intensa mirada de odio—. No quiero volver a verte cerca de mí. ¡Eres una psicópata!

35

De camino al hotel, Verónica estuvo dándole vueltas a la cabeza, preguntándose cómo podía salir de aquel lío. Y siempre llegaba a la máxima conclusión: iba a ser muy complicado.

En un primer momento pensó en alegar defensa propia, algo que era cierto, pero que tendría que demostrar de algún modo.

Puedo decir que la saqué para quitármelo de encima y que agarró el cañón, se dijo a sí misma mientras caminaba. *Forcejeamos y entonces el arma se disparó accidentalmente.*

De inmediato negó con la cabeza, desechando la idea. Una mentira no le iba a servir para librarse. Por eso decidió que lo mejor era ir con la verdad por delante, explicar lo sucedido tal y como lo recordaba, y hacerlo antes de que Quintero diese su propia versión.

Llegó al hotel y, una vez en su habitación, lo primero que hizo fue correr al baño. Casi no tuvo tiempo de alcanzar el inodoro antes de vomitar todo el contenido de su estómago. Estuvo aferrada a la taza con ambas manos hasta que las arcadas cesaron y pudo incorporarse.

—Vamos, no te rindas ahora —dijo en voz alta mientras se acercaba al lavabo para mirarse en el espejo—. Tienes que ser fuerte.

Se lavó las manos manchadas con la sangre del herido, luego la cara y salió del baño mientras miraba su reloj. Todavía faltaban quince minutos para las doce de la noche, así que sacó su teléfono y buscó el número personal del inspector jefe Olaya.

Contuvo el aliento durante los primeros tonos, hasta que al llegar el cuarto, su jefe respondió.

—¿Sí? —preguntó con voz somnolienta.

—Soy Cuevas. Siento molestarle, pero ha sucedido algo.

Pasaron un par de segundos hasta que volvió a escuchar su voz.

—¿Qué ocurre?

Lo mejor era no andarse con rodeos.

—Quintero ha intentado violarme y le he pegado un tiro en la pierna.

—¿Cómo dices? —Su tono de voz fue una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Sé que no debería haberle disparado, pero me tenía agarrada del cuello y acorralada. No tenía otra forma de defenderme —dijo de manera atropellada—. Intenté quitármelo de encima, pero… Yo…

—A ver, tranquila. Cuéntame despacio lo que ha ocurrido.

Verónica trató de ordenar sus pensamientos y comenzó a hacer un

relato lo más detallado posible de lo ocurrido, no solo a lo largo de esa noche. Primero le contó lo sucedido entre ellos la anterior vez que habían estado juntos en Salamanca y la charla que había tenido con él esa misma mañana a su llegada a la ciudad, en la que le había dejado claro que no era posible ninguna relación sentimental entre ambos. Luego le explicó lo sucedido durante la cena, cómo Quintero llenó su copa de vino en todo momento, provocando que el alcohol se le subiese a la cabeza.

—Yo quería ir al hotel, pero él insistió en que tomásemos algo antes de llegar.

—¿Qué ocurrió dentro del local?

—Pedí un refresco y luego fui al baño. Estaba mareada y necesitaba lavarme la cara. Cuando me di cuenta lo tenía encima de mí, besándome en el cuello, así que me di la vuelta y lo empujé para apartarlo. Entonces él me agarró del cuello y me estampó contra el lavabo, donde empezó a meterme mano. Le juro que intenté quitármelo de encima, pero no pude. Era más fuerte que yo, me tenía acorralada y me estaba asfixiando, por eso saqué la pistola y le disparé en la pierna.

—Joder, Cuevas —protestó Olaya—. ¿Cómo ha podido pasar algo así?

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que me violase? —le replicó cabreada.

—No lo digo por eso. ¿Dónde está Quintero ahora?

—Supongo que en el hospital. Una ambulancia se lo llevó y no quiso que le acompañase.

Durante unos segundos Olaya se quedó en silencio, de tal modo que Verónica pensó que se había cortado la llamada.

—Está bien —dijo finalmente—, llamaré para averiguar en que hospital se encuentra y su estado de salud. Espero que el disparo no fuese grave.

—No lo fue. No perdía demasiada sangre cuando lo metieron en la ambulancia.

—Tendré que escuchar su relato de los hechos, pero ya te adelanto que se abrirá una investigación a nivel interno, y es seguro que también a nivel judicial. El hospital avisará a la policía de que ha atendido a un herido de bala y cuando los compañeros de Salamanca vayan a hablar con Quintero lo más seguro es que presente una denuncia contra ti. Es probable que esto termine en los juzgados.

—Afrontaré lo que sea, no me arrepiento de lo que he hecho. Lo único que quería era que conociese mi versión de lo ocurrido, antes de que él diese la suya.

—Intentaré aclarar lo ocurrido y ayudarte en lo posible, aunque tienes que reconocer que tu situación es complicada. Te has metido en

un lío bastante gordo disparando a tu compañero.

—Soy consciente de ello.

—De todas formas, lo mejor ahora es que descanses. Mañana va a ser un día complicado para ti y necesitas estar lo más despejada posible. Hablaremos a primera hora.

—De acuerdo.

La llamada se cortó y Verónica arrojó el teléfono sobre la cama. La conversación no había ido tan mal como esperaba, aunque de momento solo había servido para confirmarle que su futuro en la Policía pendía de un hilo.

Quizás no fuese mala idea llamar a Vallejo y preguntarle si tenía un hueco en la agencia de detectives para ella.

36

Verónica se despertó esa mañana con la sensación de que su vida estaba a punto de venirse abajo. Por suerte, eso no le creó ansiedad ni frustración, como le habría sucedido en el pasado. El trabajo con su psicóloga parecía dar sus frutos porque fue capaz de gestionar la situación con las herramientas que ella le había proporcionado.

¿Qué era lo peor que le podía pasar? ¿Que la expulsasen de la Policía? Eso tampoco era tan grave. A punto de cumplir los treinta y cinco años, tenía todavía una vida por delante de la que disfrutar, en la que podía hacer muchas cosas fuera del Cuerpo.

Si Quintero la denunciaba y terminaban en un juzgado, lucharía con todas sus fuerzas para demostrar que él la había atacado y que se había defendido del único modo posible, ante una situación en la que desconocía lo que habría pasado de no reaccionar así.

O quizás sí lo sabía.

Lo que había visto en los ojos de Quintero al atacarla en el baño era un deseo que rayaba la locura, la de alguien que se había dejado llevar por sus instintos más primitivos y enfermizos… como lo haría un psicópata. De no haberlo impedido a tiempo, lo más seguro era que su integridad física hubiese corrido peligro. Por eso cualquier juez entendería su modo de reaccionar.

Siendo una niña había pasado por una experiencia muy dura y traumática, que durante muchos años había marcado su carácter. Pero es que, además, un año atrás había estado a punto de morir estrangulada a manos de un psicópata, de un hombre en el que confiaba y al que incluso creía amar.

Era lógico que su reacción ante el ataque de Quintero hubiese sido dispararle en una pierna. Después de todo, no era una herida mortal y lo único que buscaba era librarse del ataque, no matarle. Había aplicado la menor fuerza posible ante una situación extrema y eso era algo que en el juicio debía servirle como atenuante.

De lo que no cabía duda era que necesitaría un abogado, así que decidió buscar uno en cuanto se asease. Entró en el baño y, al mirarse al espejo, vio que tenía unas marcas bastante visibles en el cuello, las que le había dejado la mano de Quintero al agarrarla. Regresó a la mesita a por su teléfono, dispuesta a sacarse varias fotos, justo en el momento en que este comenzaba a vibrar. Imaginó que sería Olaya, para ponerle al tanto del estado de salud de su compañero, pero descubrió sorprendida que era el sargento Durán, de la UCO.

—Buenos días, Cuevas. Espero no haberte despertado.

Ella miró su reloj. Eran las ocho de la mañana.

—No, tranquilo, me acabo de despertar.

—Imagino que ya estarás en Madrid, pero necesitaba comentarte algo importante.

—De momento sigo en Salamanca.

—¡Estupendo! ¿Crees que podrías dedicarme unos minutos? Me vendría muy bien hablar contigo sobre el caso que…

—Lo siento, pero acabo de despertarme y no me encuentro muy bien. —Lo que menos necesitaba en ese momento era pensar en el trabajo—. Ayer fue un día complicado.

—Ya lo noto por tu voz, aunque lo que quiero darte son buenas noticias. ¡Lo tenemos! —dijo exultante.

—¿A quién?

—A nuestro hombre, al asesino de las dos estudiantes y las tres prostitutas. Creemos que es él y necesito tu ayuda para demostrarlo.

—Ahora mismo no estoy en condiciones de ayudarte en nada.

—Solo te robaré un rato. ¿Has desayunado?

—¿Cómo?

—Que si has desayunado. Conozco un bar en el que ponen unas tostadas con jamón y tomate buenísimas. ¿Por qué no te cuento lo que tenemos mientras comemos algo? Solo necesito que me digas si el sospechoso encaja con el perfil que habías elaborado y me confirmes si puede ser él.

—¿Lo habéis detenido?

—No, por eso es tan importante que hablemos. ¿Harías eso por mí? Por favor, solo necesito que me dediques un poco de tu tiempo.

Verónica se quedó pensativa unos segundos. Independientemente de lo ocurrido la noche anterior, su trabajo seguía siendo el mismo: atrapar a los malos. Puede que le quedase poco tiempo como policía, pero su objetivo hasta el final debía ser ese.

—De acuerdo, mándame la ubicación de ese bar y nos vemos allí en media hora —dijo antes de despedirse.

37

Durán la recibió con una amplia sonrisa, a la que ella respondió con cierta timidez. Ocupaba una mesa junto a la ventana, dentro de un bar situado en la Rúa Mayor.

—¿Cómo estás? —preguntó poniéndose en pie y ofreciéndole una mano que ella estrechó sin dudar.

—Bien.

—Pareces preocupada.

—Estoy algo cansada —dijo mientras se sentaba frente a él.

—Pensé que ya estarías de vuelta en Madrid.

—Tuve que quedarme para participar en la investigación del supuesto secuestro de la hija del delegado territorial.

—¡Ah, sí! ¡Menudo lío se montó! Al final resulta que se había escapado de casa, ¿no?

—Sí, por problemas con sus padres —dijo Verónica de manera escueta. No le apetecía mucho hablar del caso.

—Mientras me afeitaba, escuché en las noticias que hoy liberarían al pobre hombre al que acusaron injustamente de su desaparición. Ya sabes, Tomás Navarro, al que ya habían acusado antes de matar a las prostitutas. Seguro que a tus compañeros de Salamanca no va a hacerles ninguna gracia.

El camarero se acercó a tomarles nota, lo que dio a Verónica la opción de desentenderse de la conversación. Durán pidió un desayuno completo, mientras que ella se limitó a pedir un café con leche. Los problemas que tenía encima le habían cerrado el estómago y en ese momento no le entraba nada más.

—Cuéntame lo de ese sospechoso —dijo para centrarse en el tema que la había llevado hasta allí.

—Un golpe de suerte —aseguró Durán, con una amplia sonrisa—. Tal y como tú dijiste, necesitábamos que cometiese un error, y eso fue lo que ocurrió hace dos noches. Nuestros compañeros recibieron una denuncia en Aldeatejada, un pueblo cercano a Salamanca, de una joven que sufrió un intento de secuestro. La asaltaron cuando iba a entrar en casa, después de salir con sus amigos por la ciudad. No vio bien al asaltante, pero un vecino que paseaba al perro sacó una foto del vehículo, por eso hemos llegado hasta él.

—¿Le habéis identificado?

—Se llama Fernando Casado García, natural de Valladolid. Tiene veintisiete años, y… ¡Adivina! —exclamó para dar más emoción a su

relato—. Estuvo seis años en la cárcel, condenado por asalto y violación.

—¿Y cuándo lo liberaron?

—Justo un mes antes de que se cometiese el primer crimen, el de Nuria Montes Fernández.

—Joder —murmuró ella.

—Lleva viviendo en Salamanca con su madre desde que salió de la cárcel. Su padre murió siendo él un niño, así que apenas lo conoció, y la madre se vino a vivir aquí cuando le encerraron en el centro penitenciario de Topas. Durante el tiempo que estuvo en prisión fue un preso modelo. Eso significa que no se relacionaba con los demás presos, solo con los funcionarios. Salió antes de tiempo gracias a esa ley tan polémica que se aprobó el año pasado y que ha beneficiado a este tipo de delincuentes. —Verónica asintió con la cabeza. El revuelo político con la aprobación de esa ley había sido bastante importante durante los últimos meses—. El sospechoso es tal y como indicaste en el perfil que hiciste. Es soltero, vive con su madre y tiene antecedentes por violación.

—Aun así, necesitaréis algo más para detenerle.

—Lo sabemos, aunque estamos convencidos de que se trata de nuestro hombre. El vehículo que conducía cuando intentó secuestrar a su última víctima es un SEAT Ibiza blanco. ¿Te suena de algo?

—Es el tipo de coche que aquel testigo aseguró haber visto en la zona del polígono industrial, donde trabajaban las prostitutas asesinadas —recordó ella, a lo que Durán asintió con la cabeza—. ¿Y dices que la asaltó en un pueblo cercano a Salamanca?

—Sí. Se trata de una universitaria de veintiún años que salió de noche por el centro de la ciudad y a la que una amiga acercó a casa en coche a eso de la una de la madrugada. Ella le pidió que la dejase a la entrada del pueblo porque necesitaba caminar un rato para llegar a casa despejada —explicó Durán—. Estaba a pocos metros cuando un coche se paró a su lado y un hombre trató de meterla a la fuerza dentro, después de golpearla en el hombro con un objeto contundente. Imaginamos que su intención era golpearla en la cabeza para dejarla inconsciente, pero falló y la víctima se defendió mientras gritaba ayuda. Eso hizo que un vecino, que volvía de dar una vuelta con el perro, corriese en su auxilio. El sospechoso escapó con el coche antes de que pudiese alcanzarle, aunque le dio tiempo de sacarle una foto a la matrícula. Así es como hemos llegado hasta él.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Qué vamos a hacer —puntualizó él.

—Lo siento, yo no puedo ayudaros —se apresuró a decir Verónica.

—¿Por qué no? ¿No dices que ya habéis resuelto el caso del presunto secuestro?

—Sí, pero ahora estoy metida en otro lío.

—Puedo mover los hilos necesarios para que tus jefes lo autoricen. No será un problema.

—No se trata de eso. Yo…

Verónica dudó. No era algo que pudiese contarle a todo el mundo, sin embargo, en ese momento se sentía tan sola y desamparada que pensó que cualquier apoyo le vendría bien.

Antes de tomar una decisión, sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de su pantalón, así que lo sacó y vio un número en la pantalla que no conocía.

—Un momento, ahora vuelvo —dijo mientras salía del bar.

En cuanto pisó la calle, respondió a la llamada.

—Soy el inspector Fonseca, de la policía de Salamanca —escuchó—. ¿Eres la subinspectora Cuevas?

—Sí, soy yo.

—Verás, hemos tenido conocimiento de un incidente sucedido anoche entre tú y el inspector Quintero, en un bar de Salamanca y en el que él recibió un disparo en una pierna.

—Así es.

—Necesitamos que te persones en la comisaría para tomarte declaración sobre los hechos ocurridos. ¿Crees que podrías venir ahora hasta aquí? —Su voz no sonaba tajante, sino más bien neutra, lo que en cierto modo la tranquilizó—. Simplemente es para tomarte declaración. Hemos recibido una denuncia por parte del hospital y queremos contrastar las versiones.

—¿Habéis hablado con Quintero?

—Sí, pero entenderás que no puedo comentarte nada de lo que nos ha dicho.

—Claro. Buscaré un abogado e iré hasta ahí acompañada de él.

—Como quieras, siempre y cuando vengas a hablar con nosotros a lo largo de esta mañana.

—No hay problema.

Verónica cortó la llamada y regresó al bar.

—¿Va todo bien? —preguntó Durán cuando se sentó frente a él de nuevo—. Pareces preocupada.

En ese momento se sentía tan perdida que solo acertó a decir:

—¿No conocerás a un buen abogado, aquí en Salamanca?

38

Dos horas y media más tarde, Verónica se presentó en la comisaría de Salamanca. Lo hizo acompañada de su abogado, después de que Durán se ofreciese a ayudarla tras su descarnado relato de lo ocurrido la noche anterior.

Además de mostrarle su sorpresa y rabia por lo sucedido, el sargento llamó a un compañero de la comandancia de Salamanca, que les remitió a Luis Campoamor, un abogado que había defendido a varios guardias civiles y policías nacionales en conflictos laborales. Eso le dio la tranquilidad de sentirse arropada y menos vulnerable ante lo que se le venía encima.

Siguiendo el consejo del abogado, hizo una declaración completa de todo lo ocurrido la noche anterior, sin omitir ningún detalle de los que recordaba. Al terminar, puso una denuncia en la propia comisaría por agresión, asalto e intento de violación. El letrado solicitó además la presencia de un médico forense, para que analizase las heridas de su cuello y tomase fotos de las marcas para adjuntarlas a la denuncia.

Si una conclusión sacó Verónica al salir de la comisaría fue que, como mínimo, la versión que pudiese haber dado Quintero de los hechos quedaba en entredicho. Ahora era ella la que aparecía como víctima, lo que le daba alguna esperanza de que el desenlace no fuese tan grave como temía después de haber apretado el gatillo. Al menos eso aseguró su abogado, que la tranquilizó, convencido de que todo saldría bien.

No obstante, Verónica tuvo que depositar su pistola como prueba del delito, algo que hizo que se sintiese desprotegida a partir de ese momento.

Al salir de la comisaría se encontró con que Durán estaba esperándola para acompañarla de vuelta a la ciudad. Una vez se despidió de su abogado, y mientras caminaban hasta su coche, él preguntó:

—¿Qué tal ha ido todo?

—Creo que bastante bien —respondió Verónica con semblante más relajado—. Ha sido un acierto presentarme con ese abogado.

—Te lo dije. Cuando mi compañero me lo aconsejó es porque ha defendido a varios de ellos en asuntos complicados y siempre ha logrado que saliesen airosos.

—Me sentí muy arropada con él. La verdad es que temblaba como una hoja cuando entré en la comisaría, pero supo tranquilizarme y

aconsejarme en todo momento. Esperemos que sirva de algo.

—Seguro que sí. Lo que te hizo el cabrón de tu compañero merece un castigo. Tú fuiste la víctima, no él.

—Veremos lo que piensa el juez cuando esto llegue a juicio. Bueno, y a ver qué dicen en Madrid —añadió, cabizbaja—. Me da que mis horas en la Brigada están contadas.

—En ese caso, puedes venirte a la UCO cuando quieras —dijo Durán sonriente, lo que logró sacarle a ella también una sonrisa.

—Habrá que ver cómo termina todo esto.

—¿Vas a volver a Madrid?

—Debería, aunque lo que menos me apetece es ponerme al volante.

—¿Por qué no te quedas un día más y así nos echas una mano?

—Me gustaría, pero no creo que pueda.

—Que yo sepa no estás detenida ni apartada del servicio, ¿verdad?

—Oficialmente, no, aunque dudo que tarden mucho en hacerlo.

—Ven conmigo —propuso Durán—. Deja que te enseñe lo que hemos averiguado sobre el sospechoso. Te vendrá bien tener la mente ocupada en otra cosa.

—No puedo.

—¿Qué vas a hacer, encerrarte en la habitación del hotel?

—Esa es la idea.

—No pienso permitirlo —le replicó él, tajante—. Lo último que deberías hacer es quedarte sola. Además, necesito tu ayuda para saber si estamos en la senda correcta. ¿Harías eso por mí?

Después de lo que Durán estaba haciendo por ella, sentía que no podía negarse, pero antes de aceptar necesitaba realizar una llamada. Por eso se apartó unos metros y llamó al inspector jefe Olaya.

—¿Cómo te encuentras, Cuevas? —fue lo primero que le preguntó el jefe de la Brigada.

—Bien, dentro de lo que cabe.

—He hablado a primera hora con el hospital y me han confirmado que el estado de salud de Quintero es estable y que está fuera de peligro. Tuviste suerte de que fuese un tiro limpio.

—Ya —murmuró ella, decidida a no replicarle.

—He podido incluso hablar con él y lo único que puedo contarte es que la versión que me ha dado de los hechos difiere de la tuya.

—Qué diga lo que quiera. Acabo de salir de declarar en la comisaría de Salamanca con mi abogado y he puesto una denuncia contra él por agresión e intento de violación.

—No deberías haber hecho eso.

—¿Cómo dice? —preguntó perpleja.

—Un asunto así conviene más resolverlo a nivel interno.

Verónica no pudo más y estalló.

—¡Ese cabrón iba a asfixiarme! No pienso permitir que salga impune de lo que hizo.

—Cálmate, no he dicho que no tengas razón. Me refería a que este asunto debería llevarse con más discreción. No nos interesa que se haga público y salpique a la Brigada.

—¡A la mierda la Brigada y a la mierda ese hijo de puta! —gritó casi fuera de sí—. Tenía que haberle pegado el tiro en los huevos, en lugar de la pierna.

—Tranquila, solo quiero que conserves tu trabajo, y si Quintero actúo mal, que lo pague.

—¿Cómo que… si actúo mal? —remarcó.

—Joder, Cuevas, ya veo que este no es un buen momento para hablar contigo. —Antes de que pudiese replicarle, Olaya ordenó—: Quiero que te quedes en Salamanca. Hace una hora hablé con Asuntos Internos y van a mandar a alguien para esclarecer lo sucedido, así que es mejor que te quedes ahí. Hablarán primero con Quintero y luego contigo. Espero que para entonces estés más calmada.

—Si quieren hablar conmigo, que llamen antes a mi abogado —dijo dando la llamada por finalizada.

Una vez colgó, se reunió con Durán, que le miró expectante.

—¿Va todo bien?

—¡Qué se joda la Brigada! —masculló entre dientes—. No pienso pedir permiso a nadie para ayudarte a atrapar a un psicópata.

39

Una de las cosas que le habían enseñado en el FBI era a meterse en la mente del asesino. *Ponte en el lugar del cazador*, le había dicho uno de los agentes más condecorados al inicio de una de las clases. Y eso fue lo que Verónica hizo.

Fernando Casado García tenía veintisiete años. Según todas las informaciones que la UCO había conseguido recopilar sobre él, había sido condenado a quince años de prisión por la violación de Laura Martín Segura. La joven tenía por aquel entonces dos años menos que él, dieciocho, y era su vecina de puerta.

En ese momento Fernando, más conocido como Nando, vivía con su madre en la periferia de Valladolid, en un bloque de pisos de un barrio obrero. Laura vivía en la misma planta y, a pesar de que siendo niños no tenían mucha relación, los últimos meses Nando había mostrado interés en ella. Cuando se cruzaban en el portal le decía que era muy guapa y que podía hacerse muy famosa si explotaba su imagen en las redes sociales. Incluso se ofreció a ayudarla. Una tarde que ella estaba sola en casa, la visitó con la excusa de echarle una mano a promocionarse mejor y terminó forzándola en su habitación. Abusó de ella, mientras le apretaba el cuello hasta dejarla inconsciente.

Verónica sintió un nudo en el estómago al ver las imágenes de la joven tras la agresión, donde se apreciaban con claridad las marcas que Nando le había dejado en el cuello. De forma instintiva, se acarició su propio cuello y se preguntó qué habría pasado de no dispararle a tiempo a Quintero en la pierna.

En el caso de Nando, parecía que aquel incidente había sido el inicio de todo lo que vendría después. La joven denunció el hecho y él lo negó, alegando que se lo había inventado. Tanto la madre de Nando como su novia, le creyeron e hicieron una campaña contra Laura, apoyadas por muchos vecinos del barrio que la calificaron de provocadora. Incluso apareció un artículo en la prensa en la que se daba a entender que todo había sido una invención de ella para ganar fama en las redes sociales. Tal fue la presión a la que se vio sometida, que tuvo que irse a vivir lejos de Valladolid.

No obstante, durante el juicio quedó tan clara su culpabilidad, que Nando fue condenado a quince años de prisión. Por suerte para él, su buena conducta dentro de la cárcel, en la que solo se relacionaba con los funcionarios de prisiones, y una inexplicable ley aprobada por el

Gobierno un año antes, le permitió salir cuando únicamente había cumplido seis años de condena.

Se trasladó a Salamanca, donde su madre había fijado su residencia, y comenzó a trabajar en la librería que ella había comprado en una calle cercana a la catedral.

Eso había sido en mayo del año anterior, un mes antes de que la primera víctima, Nuria Montes Fernández, desapareciese.

Verónica formuló la secuencia de los hechos, ante la atenta mirada de Durán, que no perdió detalle de sus palabras.

—La fantasía de Nando es estrangular a una mujer —aseguró mientras circulaban por las calles de la ciudad en el coche del guardia civil—. Ese poder de tener en sus manos la vida de alguien es lo que le excita. Lo más probable es que la violación que llevó a cabo con su vecina no le produjo la satisfacción que esperaba y en la cárcel fantaseó con repetir la experiencia sin que hubiese acto sexual de por medio. No se tomó mucho tiempo al salir para llevarla a cabo, el imprescindible para habituarse a una nueva ciudad y un nuevo ambiente. De hecho, solo tardó un mes en encontrar a su primera presa.

—¿Crees que la eligió porque le recordaba a su vecina? —preguntó el sargento—. Nuria tenía veinte años, pero parecía más joven. Tenía el mismo color de pelo y cierto parecido con ella

—No creo que fuese eso lo que le llevó a elegirla, sino el hecho de la oportunidad. Regresaba a casa sola, después de salir con sus amigas y haber bebido algo más de la cuenta. No le costó asaltarla. La golpeó en la cabeza con un objeto contundente que la dejó inconsciente, por lo que mostró la autopsia. Luego la metió en el maletero —prosiguió Verónica como si estuviese visualizando los hechos en vivo— y se la llevó a un lugar apartado, el mismo donde fue encontrado su cuerpo. Es probable que, mientras la estrangulaba, Nuria se despertase y pelease por su vida, lo que hizo que nuestro asesino la golpease con violencia hasta que dejó de resistirse. Luego la estranguló, la desnudó parcialmente y se deshizo del cuerpo.

—Una vez cumplida su fantasía.

—Sí, la que había recreado a menudo en su mente los seis años que estuvo en prisión. Después, durante cuatro meses, no volvió a sentir la necesidad de repetirlo.

—Y lo hizo con una prostituta.

—Para entonces el cuerpo de Nuria ya había aparecido. Yo creo que las ganas de volver a asesinar eran tan intensas que decidió repetirlo, pero con un riesgo menor. No hay mejor víctima que una prostituta que ejerce su oficio en un polígono industrial y a la que nadie va a echar de menos si desaparece.

—Alguien a quien podía meter en el coche con facilidad, sin falta

de golpearla —añadió Durán.

—Asesinó a la primera en octubre, a la segunda en diciembre y a la tercera en febrero. Todas con dos meses de diferencia —prosiguió Verónica—. Por desgracia para él, la aparición de los cadáveres creó una gran alarma social, pero no fue capaz de resistirse. Asesinó a una nueva estudiante solo un mes después de aparecer los cuerpos de las prostitutas y antes de que la policía detuviese a Tomás Navarro, como sospechoso de los crímenes.

—Creo que es importante la fecha en la que lo hizo —sugirió Durán—. Mató a Ana Lastra, la última víctima, a principios de junio, al igual que había hecho un año antes con Nuria Montes, su primera víctima. Las dos a finales del curso universitario, cuando más animada está la ciudad por las fiestas de fin de curso. Y ahora ha intentado secuestrar a otra estudiante, justo cuando empieza el nuevo curso. ¿No crees que eso indica claramente el tipo de víctimas que busca y que las tres prostitutas solo fueron un modo seguro de seguir cumpliendo su fantasía?

—Es muy probable, pero no pierdas de perspectiva que busca víctimas asequibles, presas que sean fáciles para él.

—Estos días el ambiente festivo en la ciudad está en todo su apogeo, con el inicio del nuevo curso. Creo que por eso atacó a esa joven hace dos días y volverá a actuar muy pronto. ¿No opinas igual?

Verónica se encogió de hombros antes de responder.

—Es difícil saberlo. Lo que es indudable es que estamos ante una persona muy cuidadosa, a la que no será fácil pillar.

—Por eso le seguimos las veinticuatro horas —afirmó Durán—. Si vuelve a intentarlo, estaremos ahí para detenerle.

—Eso espero, aunque es probable que tarde días, quizás semanas, en volver a intentarlo.

—¿Qué te parecería conocerle? —preguntó entonces Durán.

—¿A quién?

—A Nando. Esta noche es sábado y habrá mucha gente por la ciudad, por eso he decidido unirme al dispositivo. Puedes acompañarme, si lo deseas, y así tendrás la mente ocupada.

Verónica iba a declinar la oferta, pero, la idea de poder ver a un depredador sexual de cerca, actuando en busca de una nueva presa, le pareció muy interesante.

—Cuenta conmigo.

40

El ambiente esa noche de sábado era espectacular, y eso que todavía faltaban unos días para que fuesen las fiestas patronales de la ciudad. Desde dentro del vehículo, Verónica observó cómo la zona estaba abarrotada de jóvenes que formaban distintos grupos a lo largo de la calle. Cuatro locales de ocio nocturno cubrían ambas aceras, donde una masa de gente charlaba, bebía y celebraba el inicio del nuevo curso, que comenzaba la siguiente semana, y el reencuentro con los amigos. Era la misma zona de bares donde había estado de fiesta dos noches atrás la joven a la que el sospechoso había asaltado al llegar a su casa y que se había salvado gracias a la intervención de un vecino.

—El sospechoso acaba de entrar en la sala más famosa de la ciudad —dijo Durán, que estaba en comunicación con el equipo de vigilancia —. ¿Te animas a entrar conmigo?

—Para eso he venido, ¿no? —le replicó Verónica.

—¿Podrás saber si es nuestro asesino solo con mirarle a los ojos?

Al ver el modo en que sonreía, intuyó que bromeaba.

—Ojalá pudiese. Eso nos ahorraría mucho trabajo, aunque su actitud podría indicarnos si estamos en la pista correcta.

—Muy bien, pues vamos a comprobarlo.

Se bajaron del coche y se dirigieron calle abajo, hasta la puerta del local que en ese momento tenía la mayor concentración de gente en el exterior. La fachada se asemejaba a la de una pequeña iglesia de aspecto muy antiguo. Dentro las paredes eran de piedra y estaban adornadas con estandartes de la época medieval.

—Creo que antes esto era una iglesia o una capilla —le comentó Durán al oído para que pudiese escucharla. La música estaba tan alta que costaba mantener una conversación a más de un par de palmos de distancia.

Tuvieron que abrirse paso entre las decenas de jóvenes que bailaban y reían en un ambiente festivo que le recordó a su época de estudiante universitaria en Madrid.

—¿Dónde está? —preguntó incapaz de ver más allá de unos metros, entre aquella masa de gente.

—Arriba, en el primer piso. Subamos.

Encima de sus cabezas, había una pasarela que recorría un lateral del local y desde la que se podía ver lo que sucedía en la planta inferior, donde se congregaba la mayor parte de la gente. Subieron por unas escaleras en forma de caracol hasta el piso superior, donde por

suerte el ambiente era menos agobiante y el volumen de la música algo más tolerable.

Verónica no tardó en identificar a Nando. Estaba solo, al otro extremo de la pasarela, apoyado en la barandilla de madera que la delimitaba. Tenía un vaso en la mano y la mirada clavada en lo que sucedía en el piso inferior de la sala.

—¿Le has localizado? —preguntó Durán.

—Sí, está al fondo.

Justo en ese momento, la pareja de la mesa más cercana se levantó, por lo que el sargento se apresuró a ocupar su lugar.

—Vamos, sentados llamaremos menos la atención.

Era una pequeña mesa, muy baja y con un par de taburetes, aunque situada en una posición ideal para observar al sospechoso.

—Deberíamos pedir algo para beber —sugirió Durán.

—No me apetece beber nada. —Tras lo sucedido la noche anterior, no tenía pensado probar el alcohol en mucho tiempo.

—¿No quieres un refresco o un botellín de agua? No hace falta siquiera que toques el vaso, solo que parezca que somos un par de amigos tomando algo y charlando.

—Está bien, pídeme una cola cero.

—Volveré en breve. Si ves que sale, no le sigas. Tengo a alguien en el exterior preparado para hacerlo.

—De acuerdo.

Mientras Durán regresaba a la planta inferior, Verónica observó a Nando. Era un hombre bastante atractivo, con el pelo negro, corto, y un pequeño pendiente en la oreja izquierda. Vestía unos vaqueros azules, un polo rosa y calzado deportivo, todo de marca. Su actitud podía parecer la de cualquier persona que salía sola a tomar una copa y disfrutar del ambiente nocturno, pero en su caso no parecía interesado en relacionarse con nadie. Tenía la vista clavada en el piso inferior, donde la gente bailaba al ritmo de la música, mientras las luces de neón y los focos láser daban al local el ambiente festivo perfecto.

Sin embargo, había algo que lo diferenciaba de los demás. Verónica se dio cuenta cuando apenas llevaba un par de minutos observándole con detenimiento. Aparentaba ser uno más, pero había algo muy diferente en él: su mirada.

Apoyado en la barandilla, con el cuerpo inclinado hacia delante, sus ojos observaban lo que ocurría en el piso inferior, como si buscase a alguien. La frialdad en su mirada le recordó a la de un cazador buscando una presa. Sus ojos se movían de un lado a otro, repasando visualmente la sala y centrándose durante varios segundos en un punto en concreto, para luego cambiar a otro. Observaba, calibraba y descartaba. Sin prisa. Era un cazador paciente, que esperaba a que

apareciese la víctima oportuna.

—Aquí tienes —dijo Durán, captando su atención. Posó el refresco en la mesa y luego se sentó a su lado, de modo que los dos podían vigilar de frente al sospechoso—. ¿Cómo va?

—Es él —le respondió Verónica—. Fíjate cómo observa a la gente, su mirada. Está buscando una nueva víctima.

—¿Estás segura? Solo hace dos días intentó atacar a una mujer.

—Ese fracaso tiene que haberle creado un sentimiento de frustración muy grande, que necesita mitigar con una nueva víctima. Sin embargo, por su actitud, no creo que se vaya a precipitar. Parece que está calculando los riesgos y no percibo nerviosismo en él. Fíjate, está tranquilo.

—Hasta que encuentre a su presa.

—De ser así, deberéis actuar con rapidez.

Estuvieron observándole cerca de diez minutos, en silencio, hasta que Nando decidió abandonar su posición y cambiar de lugar. Dejó el botellín de cerveza que tenía en la mano en una mesa cercana y caminó en dirección a la escalera.

—Ahí viene, disimula —dijo Durán, iniciando una conversación del todo trivial con ella, para fingir que eran una pareja como cualquier otra.

Verónica trató de seguirle la corriente, pero cuanto más se acercaba Nando mayor era el impulso que sentía de mirarle. Cogió su refresco y le dio un pequeño trago para disimular y centrarse en otra cosa.

Solo lo tenía a dos pasos cuando alzó la mirada hacia él. No lo pudo evitar. Fue un acto reflejo, un gesto natural, pero que tuvo una consecuencia que no imaginó.

Nando posó la mirada en ella y lo que vio en aquellos ojos le heló la sangre.

~

El resto de la noche transcurrió sin sobresaltos. Tras salir del local, el sospechoso entró en otro situado muy cerca, donde no permaneció más de cinco minutos. Dio una vuelta por el interior y volvió a salir, para dirigirse a continuación a su casa.

—¿Crees que se ha dado cuenta de que le seguíamos? —preguntó Verónica, mientras Durán la llevaba de regreso al hotel.

—Lo dudo. No nos movimos del local cuando salió y mi gente sabe seguirle sin llamar la atención. Más bien creo que no encontró lo que buscaba.

—Es posible.

—De todas formas, esto no ha hecho más que empezar. Tal y como

dijiste, pueden pasar días o semanas hasta que decida atacar a su siguiente víctima. Lo importante es que ahora sabemos que es él.

—Me gustaría estar con vosotros cuando le detengáis, pero, como bien dices, puede pasar mucho tiempo, y yo tengo temas personales que resolver. Un agente de asuntos internos me llamó para entrevistarse conmigo mañana y lo más seguro es que después de eso vuelva a Madrid.

—Si hay algo más que pueda hacer por ti, solo tienes que decírmelo.

—No te preocupes, ya me has ayudado mucho. El abogado que me conseguiste parece saber muy bien cómo afrontar estos asuntos, aunque no sé si eso me librará de las consecuencias de lo que hice, una vez el caso llegue al juzgado.

—Lo único que hiciste fue defenderte de un cabrón que intentó abusar de ti —le replicó él deteniéndose en la puerta del hotel—. Cualquier juez debería verlo así.

—El problema es que utilicé un uso desproporcionado de la fuerza.

—¿Ante un hombre más fuerte que tú, que además te tenía acorralada? No, hiciste lo único que estaba en tu mano para proteger tu integridad.

Verónica agradeció su apoyo con una leve sonrisa. Por desgracia, no estaba segura de que todo el mundo lo viese de igual modo y menos dentro de una institución tan jerarquizada como la Policía. Que una subinspectora hubiese disparado a un superior no sería visto con buenos ojos, por muy sólido que fuese el motivo para hacerlo.

—Te agradezco el apoyo y espero que al final atrapéis a Nando antes de que mate a otra mujer —dijo a modo de despedida.

—Eso puedes darlo por hecho.

41

Cerca de las doce de la mañana del día siguiente, Verónica tuvo que presentarse de nuevo en la comisaría de Salamanca. Lo hizo después de reunirse con su abogado, para ver sus opciones.

El letrado, curtido en ese tipo de asuntos, se mostró bastante optimista en que el incidente no llegase ni siquiera a juicio. Y, en caso de hacerlo, le aseguró que el resultado sería a favor de ella. La agresión estaba demostrada por las marcas en su cuello y su reacción había sido la de alguien que temía por su vida, sobre todo teniendo en cuenta lo que le había sucedido en el pasado.

Otra cuestión diferente era la sanción que podía sufrir a nivel interno, dentro de la Policía Nacional. En eso el abogado se mostró más pesimista. Para empezar, Verónica era una subinspectora que le había disparado a su superior, el inspector que estaba al mando de la investigación en la que trabajaban juntos. Era fácil intuir que en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos no quisiesen tener a una mujer de gatillo fácil en sus filas. Eso dañaba la imagen de la unidad y haría que nadie estuviese dispuesto a trabajar con ella.

También era probable que le abriesen un expediente disciplinario que, como mínimo, la apartase del servicio durante un tiempo. Y si al final no la expulsaban, algo que no creía que sucediese, terminaría en cualquier comisaría perdida en el último rincón de España, de la que le resultaría muy difícil salir.

Por eso, cuando Verónica se reunió con el inspector de Asuntos Internos, en una pequeña sala de la comisaría de Salamanca, lo hizo preparada para enfrentarse a lo peor.

Se encontró con un hombre de aspecto curtido, entrado en los cincuenta años y con unos ojos grises que transmitían frialdad. No obstante, al principio de la conversación se mostró cercano y empático, como si entendiese la reacción que Verónica había tenido. Ella, sin embargo, no bajó la guardia y le hizo un relato detallado de todo lo ocurrido, dejando claro que en ningún momento le había dado pie a Quintero para que se comportase de ese modo con ella.

—Sin embargo, hace dos meses, los dos mantuvieron una breve relación —dijo entonces el inspector, con sequedad.

—Lo breve que puede llegar a ser un beso. Me di cuenta al momento de que era un error y la cosa no pasó de ahí. Es más, hablé al día siguiente con él para explicarle que aquello no iba a volver a pasar. Los dos habíamos bebido en exceso esa noche y no éramos

conscientes de lo que hacíamos.

—¿Es eso habitual?

—¿El qué?

—Que beba.

—Para nada —respondió ella con firmeza—. Habíamos terminado nuestro servicio y el caso estaba cerrado. Fuimos a cenar todos los del equipo, y es cierto que luego tomamos unas copas, pero nada que nos hiciese perder el control.

—Sin embargo, fue usted la que le besó a él en ese momento. En los baños. ¿Me equivoco?

Verónica entendió de inmediato por dónde podía ir la versión que Quintero había dado de los hechos, por eso decidió medir muy bien sus siguientes palabras.

—Los dos coincidimos a la vez en los baños y la verdad es que se nos fue la cabeza, pero yo no me abalancé sobre él. Fue algo mutuo. Yo estaba pasando un momento personal muy difícil y cometí un error, que rectifiqué de inmediato. Yo fui quien le dijo a él que aquello era una equivocación, no al revés —afirmó poniendo especial énfasis en el final de la frase—. Es más, al día siguiente le dejé las cosas muy claras, como ya he dicho. Incluso cuando volvimos a coincidir en Salamanca para trabajar juntos en una nueva investigación, se lo recordé de nuevo. Parece que no terminó de entenderlo bien.

—De cualquier modo, la reacción fue desproporcionada.

Verónica hizo un esfuerzo para contener la rabia que comenzaba a crecer en su interior.

—¿La suya o la mía? —preguntó señalando la marcas de su cuello.

—Está claro que la situación se fue de madre, pero dispararle en una pierna no era el mejor modo de reaccionar.

—Tal vez debería haber dejado que me violase y luego ir a poner una denuncia. Eso contando con que no hubiese seguido apretando mi cuello hasta asfixiarme —le replicó con rabia—. Seguro que todo el mundo me habría creído, cuando acusase a mi propio compañero de violarme en los baños de un local de copas, al que le había acompañado voluntariamente. ¿Es eso lo que me está diciendo?

El inspector comenzó a mostrarse cada vez más distante con ella.

—Lo que digo es que no era necesario poner una denuncia por asalto e intento de violación. Eso no es bueno para una institución como el Cuerpo Nacional de Policía.

Así que es eso lo que les preocupa, pensó Verónica.

—Lo que no es bueno para la Policía es tener a un psicópata formando parte de ella.

—Creo que, en este caso, no está todavía claro quién de los dos es el psicópata.

Esa frase le dejó muy claro a Verónica que no le convenía seguir

hablando con aquel hombre.

—Creo que ya le he dicho todo lo que necesita saber. Cualquier otra cosa será en presencia de mi abogado y ante un juez.

—Eso no será necesario.

—Me da la impresión de que sí —le replicó poniéndose en pie—. Entré aquí siendo la víctima y ya veo que voy a salir siendo la culpable de lo ocurrido.

El inspector le hizo un gesto con la mano para que se sentase de nuevo, a lo que ella obedeció.

—Por favor, lo único que queremos es que esto no llegue a juicio y se resuelva de forma interna.

—¿Quién lo quiere? ¿Quintero? ¿O tal vez su familia? Sí, sé que su suegro es comisario retirado —añadió al ver la reacción del inspector—. Imagino que todavía tiene cierto poder y no quiere que se manche el expediente de su yerno.

—Eso no tiene nada que ver con la aclaración de los hechos.

—¡Ya! —exclamó ella con ironía, a la vez que se sentaba y cruzaba los brazos delante del pecho—. ¿Algo más?

El hombre la miró durante unos breves segundos, con frialdad. Verónica dedujo que hasta ese momento había esperado una mayor colaboración por parte de ella y, al no obtenerla, cambió de discurso.

—Muy bien, subinspectora Cuevas. A partir de este momento está fuera de servicio, a la espera de una investigación interna más a fondo que aclare los hechos.

—¿Estoy suspendida de empleo y sueldo?

—Eso no lo decido yo. De momento, solo está apartada del servicio. Preséntese a su jefe en Madrid y permanezca allí hasta que se la requiera de nuevo.

—¿Y eso cuando será?

—La mantendremos informada por el conducto reglamentario.

—Seguro que sí.

Acto seguido, Verónica se puso en pie y dijo, con una tranquilidad de la que no habría sido capaz un año antes:

—Veremos lo que opina el juez de esto, cuando añada acoso laboral a la denuncia ya presentada.

42

Nada más salir de la comisaría, Verónica llamó a su abogado por teléfono para contarle lo ocurrido. Este la tranquilizó con respecto a su suspensión laboral y le prometió acudir con ella al día siguiente al juzgado para presentar una nueva denuncia.

Por ese motivo, decidió que lo mejor era quedarse un día más en Salamanca, desoyendo la orden del inspector de Asuntos Internos. No pensaba volver a Madrid hasta que lo hubiese dejado todo bien atado con su abogado.

Lo que tampoco estaba dispuesta a hacer era quedarse todo en día en su habitación, así que se puso un pantalón corto y una camiseta y salió a realizar una visita turística a la ciudad. De ese modo no tendría tiempo para pensar.

Siguiendo los consejos de una guía que encontró en Internet, visitó el Huerto de Calixto y Melibea, la Casa de las Conchas y localizó la famosa rana en la fachada de las Escuelas Mayores de la Universidad de Salamanca. También visitó las dos catedrales, la Nueva y la Vieja, aunque lo que más disfrutó fue el recorrido hasta las torres de la catedral, donde descubrió unas vistas de la ciudad que de otro modo no podía imaginarse.

Sin duda Salamanca era una ciudad con encanto y que merecía ser visitada en más de una ocasión. Lástima que en su caso fuese a recordarla por el desagradable incidente vivido dos días antes y que podía marcar el fin de su carrera en la Policía.

A última hora de la tarde decidió cenar en un bar situado cerca de la catedral, en el que se congregaban en ese momento varios grupos de turistas ingleses. Sentada sola en una pequeña mesa, se distrajo revisando su teléfono. Casi todos los mensajes de correo eran de *spam*, anunciándole que había ganado un electrodoméstico en un supuesto sorteo, que tenía un envío pendiente de recoger o que habían bloqueado su tarjeta, en un banco en el que ni siquiera tenía cuenta.

Se encontró también con un mensaje de voz de Vallejo de dos horas antes, que le había pasado desapercibido, y en el que le pedía que lo llamase para comer juntos en cuanto regresase a Madrid. No tuvo fuerzas para responderle con un audio, así que le mandó un texto en el que se limitó a decir que contase con ello.

Tras la cena, en la que apenas comió la mitad de lo que había pedido, decidió dar un paseo antes de regresar al hotel. Lo cierto era que la ciudad estaba muy animada y la temperatura era más suave

que en días anteriores. Caminó sin un rumbo fijo, dejándose arrastrar por las luces de la ciudad y los grupos de turistas y de estudiantes que a esa hora todavía inundaban la zona antigua de la ciudad. Sin saber cómo, se encontró de pronto delante del mismo local donde la noche anterior había estado siguiendo a Nando, el sospechoso de los crímenes. Había mucha menos gente, dado que era domingo y una hora más temprana, lo que la animó a entrar.

No necesitó abrirse paso a empujones para llegar hasta la barra. Una vez allí, pidió un refresco de cola. De ganas se habría tomado un buen copazo. O quizás más de uno. Los necesarios para llegar a la cama y caer rendida. La cordura hizo que desechase esa idea y se contentase con que su refresco solo incluyese un par de cubitos de hielo.

Apenas había tomado el primer sorbo cuando sintió su teléfono vibrar. El nombre que vio en la pantalla le arrancó una sonrisa.

—¿Cómo está mi detective favorito?

—Esperando tu regreso —escuchó la voz de Vallejo. El volumen de la música no era muy alto, lo que le permitió oírlo con claridad—. Te mando un audio y me respondes con un texto de lo más soso. ¿Va todo bien?

—Sí, estoy en Salamanca. Mañana regreso a Madrid —dijo para no preocuparle.

—¿Qué tal te fue todo con el FBI?

—Muy bien.

—Estoy deseando que me lo cuentes.

—¿Qué tal tú con tu nuevo empleo de detective?

—Aburrido, la verdad. Me paso el día siguiendo a maridos infieles, aunque era lo esperado.

—Seguro que lo prefieres, antes que ver crímenes todos los días.

—Eso es cierto. Dispongo de mucho más tiempo para mí. Incluso tengo un perro con el que salgo a pasear todos los días. Bueno, en realidad no es mío, es de un primo que se ha tenido que ir un tiempo al extranjero. Tengo ganas de presentártelo. ¿Dónde dices que estás ahora?

—En Salamanca.

—¿No estarás implicada de nuevo en los crímenes aquellos que investigamos la última vez que trabajamos juntos? Vi en televisión que liberaron al sospechoso que habíamos detenido.

—No, estoy aquí por otro asunto, pero ya he terminado. Lo más seguro es que mañana regrese a casa. ¿Te parece que te llame cuando esté ahí y quedamos para comer?

—Claro que sí.

Verónica se despidió de él, mientras sentía un nudo en el estómago que trató de disolver tomando un trago de su bebida. La llamada de

Vallejo le recordó días en los que había disfrutado de su trabajo de un modo que ahora añoraba. Eso la convenció de que quizás era el momento de cambiar de aires.

Tomó lo que le quedaba de bebida de un par de tragos y, justo cuando alzaba la mano para llamar la atención del camarero y pagar, escuchó una voz de hombre a su espalda.

—¿Me dejas que te invite a otra copa?

Al girarse y ver de quién se trataba, tuvo que contener el aliento.

Era Nando.

43

Verónica fue capaz de mantener la suficiente frialdad para ocultar su sorpresa. Delante de ella, a un paso de distancia, tenía al asesino de cinco mujeres. Un hombre con una sonrisa radiante y cautivadora capaz de matar con sus propias manos para satisfacer sus más perversas fantasías. De primeras, nadie podría afirmar que detrás de aquellos ojos grises se ocultaba un psicópata sin ningún tipo de empatía hacia otro ser humano.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella intentando mantenerse inexpresiva.

—Ayer me crucé contigo cuando me iba del local. ¿Estabas con tu novio?

—Con un amigo, pero yo no te recuerdo.

—Sabes que eso no es cierto —dijo él alargando la sonrisa—. Yo me fijé en ti y tú en mí, reconócelo.

Durante unos segundos, Verónica temió que se hubiese dado cuenta de que le estaban siguiendo.

—Vestías un polo rosa, ¿verdad?

—¡Ves cómo te fijaste! —celebró—. Hoy veo que estás sola.

—Sí, aunque pensaba irme a dormir ahora. Solo he salido a dar una vuelta.

—¿Me dejas que te invite a una última copa?

—No bebo alcohol.

—Pues un refresco. Es difícil encontrar a alguien interesante por aquí, con quien poder charlar.

—¿Yo te parezco interesante? —preguntó, decidida a seguirle el juego.

—Me parece que estás sola y aburrida, como yo. ¿Por qué no me dejas que te invite y nos conocemos un poco más?

Verónica estuvo tentada de mirar a su alrededor. En algún sitio de aquel local tenía que haber al menos un agente de la UCO vigilando al sospechoso.

—De acuerdo, tomaré un refresco —dijo confiada de que fuese así.

Nando llamó al camarero y pidió un par de refrescos. Por la familiaridad con la que le trató este, dedujo que era cliente habitual.

—¿Vives en Salamanca? —preguntó situándose al lado de ella y apoyando el codo en la barra.

—No, solo estoy de paso.

—¿De dónde eres?

—De Zamora, pero vivo en Madrid.

—¿Y qué haces aquí?

—Preparando unas oposiciones —improvisó sobre la marcha.

—Ya me parecía a mí que no tienes aspecto de universitaria.

—¿Tan mayor te parezco?

—No, todo lo contrario —respondió soltando una breve carcajada —. Seguro que todavía no has cumplido los treinta años.

—No pienso desvelarte mi edad.

—No hace falta. Me pareces una mujer muy atractiva, con una belleza muy diferente a lo que se ve por aquí.

Verónica sabía que estaba a punto de traspasar una línea muy peligrosa, pero decidió hacerlo, confiada en que alguien la protegería si algo salía mal.

—Veo que te gusta ser directo con las mujeres —dijo mirándole a los ojos y con una sonrisa con la que intentó darle a entender que se sentía halagada.

—Soy sincero. ¿Nunca te ha dicho nadie que podrías trabajar como modelo? Tienes un físico espectacular y una sonrisa cautivadora. Seguro que triunfarías en el mundo de la moda.

Verónica se preguntó si ese era el truco que utilizaba siempre para acercarse a sus víctimas y ganarse su confianza, o si simplemente estaba improvisando.

—¿Eres fotógrafo?

—No, pero tengo un amigo que trabaja en el mundo de la moda. Puedo conseguirte una sesión de fotos con él.

—Lo siento, no me interesa.

—Es una pena, podrías ganar mucho dinero de cara al futuro.

—Prefiero sacarme una plaza en la Junta de Castilla y León.

—Seguro que ahí tendrías el futuro asegurado —dijo soltando una carcajada, que ella imitó.

Nando le dio un sorbo a su bebida y Verónica aprovechó para hacer lo mismo y meditar su siguiente paso. Tenía ante sí la oportunidad de conocer más a fondo a un verdadero psicópata. Estaba claro que no iba a confesarse culpable, pero lo que pudiese averiguar de él quizás fuese de mucha ayuda una vez le hubiesen detenido. Incluso podía darle pistas sobre cómo lograrlo.

—Y tú, ¿tienes novia? —le preguntó.

—No, soy un alma libre.

—Es bueno saberlo —dijo Verónica con mirada insinuante, como si se sintiese interesada por él—. ¿En qué trabajas?

—Mi madre tiene una librería y la mayor parte del tiempo trabajo en ella.

—Parece algo aburrido.

—Al contrario. Muchas universitarias vienen a comprar libros y les

gusta charlar.

—Seguro que más de una trata de ligar contigo.

—Sí, pero cuando trabajo debo mantener una imagen seria y no distraerme. Muchas no entienden eso —puntualizó de un modo que no le pasó desapercibido— y a veces tengo que pararles los pies.

—Te comprendo. Las chicas de hoy en día no entienden de responsabilidades. Piensan que se puede ir por la vida haciendo lo que a una le da la gana.

Nando la miró a los ojos de un modo que hizo que un escalofrío le recorriese la espalda.

—No tienen respeto ni siquiera por ellas mismas —la secundó él con voz firme—. Fuman, sueltan tacos como si fuesen camioneros, beben casi hasta perder el control y luego dejan que los tíos las traten como si fuesen prostitutas.

—¡Exacto! —Verónica presintió que estaba consiguiendo llevarle por un camino que podía ayudarla a demostrar su culpabilidad en los crímenes—. No me extraña que algunas acaben de esa manera.

—¿De qué manera?

—Pues… —Por unos segundos, dudó. De lo que dijese a continuación dependía que Nando siguiese hablando con ella o se cerrase en banda—. Ya sabes, echando su vida a perder por tomar malas decisiones. He conocido chicas que tenían un futuro muy brillante y que lo tiraron por la borda por culpa de esa mentalidad que tienen ahora, en plan «nadie me dice lo que tengo que hacer».

—Es justo que la vida les castigue por ello —aseguró él, sonriendo con frialdad.

—Lo es. Me duele decirlo, pero a veces se lo buscan ellas mismas.

Durante unos segundos se miraron a los ojos, en silencio, hasta que Nando cogió su vaso, vació el contenido de un solo trago y lo dejó de nuevo sobre la barra.

—Tengo que irme, mañana trabajo. Tal vez nos veamos pronto.

—Es posible.

—Encantado de conocerte… Eh, perdona, no me has dicho tu nombre.

—Verónica

—Yo soy Nando —dijo dando un paso hacia ella y plantándole un beso en cada mejilla.

Verónica trató de mantener la compostura, pero el contacto físico la hizo palidecer. El roce de los labios en su piel, unido a otras experiencias por las que había pasado anteriormente, le provocó tal sentimiento de repulsión que apenas fue capaz de contenerse. Ni siquiera logró dibujar una sonrisa convincente a la hora de despedirse.

—Tal vez nos veamos por aquí… otro día —acertó a decir con voz temblorosa.

—Es posible —le replicó él—. Pronto empiezan las fiestas y la ciudad va a estar muy animada. Seguro que nos vemos por ahí.

Nando le dio la espalda y abandonó el local, mientras ella le observaba en silencio. No fue hasta que le perdió de vista que se apoyó en la barra, a la vez que notaba sus piernas temblar y cómo le faltaba el aire. Necesitó casi un minuto para recuperar el ritmo normal de su respiración. Se sentía como si acabase de mirar a la muerte a los ojos.

Por un momento pensó en llamar por teléfono al sargento Durán, pero supuso que quizás estaría siguiendo al sospechoso. Incluso Nando podía cambiar de opinión y volver al local, pillándola en plena conversación, por eso decidió que lo mejor era regresar al hotel y llamarle desde allí.

Salió del local y se encontró con que a la zona llegaban en ese momento un grupo muy numeroso de universitarios, más de medio centenar, la mayoría de ellos mujeres. Al verlas, se preguntó si alguna de ellas podía ser la próxima víctima de Nando, algo que no estaba dispuesta a permitir que ocurriese.

Dejó atrás la zona de ocio nocturno y tomó un solitario callejón que supuso le llevaría más rápido a su hotel, y por el que no transitaba nadie en ese momento. En su cabeza no dejaba de darle vueltas al encuentro con Nando. ¿Cómo saber lo que se ocultaba en la mente de un psicópata? Y, lo más importante, ¿cómo identificarlo?

Eso hizo que recordase el incidente con Quintero. Hasta ese momento la imagen que tenía de él era la de persona normal. Un buen compañero de trabajo y un policía competente. ¿Por qué la había atacado entonces de esa manera en el baño?

Podía achacarlo al exceso de bebida, pero en el fondo sabía que había algo más. Un deseo que le había llevado incluso a intentar estrangularla para lograr su objetivo de poseerla. Algo que habría conseguido si no le hubiese disparado en la pierna.

No tardó en darse cuenta de que, en realidad, la única diferencia entre Nando y Quintero era que el primero había logrado consumar su fantasía, lo que le había empujado a repetirla hasta en cuatro ocasiones más. Y el segundo no lo había conseguido, gracias a que ella le había disparado. Ahora veía con claridad que Quintero era un psicópata, que además tenía el poder que le proporcionaba su estatus de inspector de policía. Si no hacía algo por impedirlo, lo más probable era que tarde o temprano lo intentase con otra mujer. Una que lo más seguro era que no pudiese defenderse por sí misma y que terminase muerta.

No podía permitir que eso ocurriese.

Por ese motivo aceleró el paso, decidida a llegar al hotel lo antes posible para llamar de nuevo al inspector Olaya. Tenía que hacerle

entender que Quintero era un peligro y que era a él a quien debían retirarle el arma y apartar del servicio.

Estaba tan metida en sus pensamientos, que no fue consciente de lo que ocurría hasta que fue demasiado tarde. Una sombra se acercó a ella por la espalda y, antes de que tuviese tiempo de girarse, sintió un tremendo golpe en la cabeza.

Perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo, mientras todo a su alrededor se difuminaba.

44

Verónica no llegó a perder la consciencia por completo. Cayó al suelo, donde alguien la cogió por las axilas y la arrastró hasta el interior de un lugar frío y tenebroso. Notó esa frialdad cuando su espalda se apoyó por completo en el piso, lo que la hizo reaccionar y abrir los ojos para tratar de orientarse. Antes de que lo consiguiese, sintió un gran peso sobre ella y unas manos aferrarse a su cuello.

—Ya te tengo, puta.

Gracias a la iluminación que proporcionaba una bombilla amarillenta que parpadeaba en el techo, pudo ver a un par de palmos de su cara el rostro de Nando. Tenía los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre.

Su primera reacción fue buscar en su cadera la pistola, pero recordó aterrada que la había entregado en la comisaría de Salamanca el día anterior.

—¿Crees que puedes mirarme con esa cara de asco sin que pagues por ello? —dijo Nando, mientras apretaba su cuello con una fuerza sobrehumana, usando ambas manos y apoyando los pulgares en la tráquea—. Eres igual que todas las demás. Me provocas y luego me miras como si fuese un monstruo. ¡Pues voy a hacer que te arrepientas!

Verónica intentó revolverse para quitárselo de encima, pero el peso que ejercía Nando, sentado a horcajadas sobre su pecho, era tal que apenas le permitía moverse.

¿Dónde están los agentes de la UCO?, fue lo primero que se le vino a la cabeza. Se suponía que estaban siguiendo al sospechoso en todo momento, por lo que no tardarían mucho en aparecer. Solo necesitaba aguantar un poco más.

—Eres mía —se jactó él.

No pasaron muchos segundos hasta que Verónica comprendió que no podía esperar a que llegase la ayuda. Quizás Nando había despistado a los agentes o se la había llevado a un lugar de difícil acceso para ellos. Cada segundo que pasaba notaba cómo sus pulmones se vaciaban y le resultaba imposible meter más aire en ellos. Las manos del atacante se aferraban con tal fuerza a su garganta que pronto perdería la consciencia, por eso decidió luchar por su vida.

Agarró el cabello de Nando con su mano derecha y tiró con fuerza hacia un lado para hacerle perder el equilibrio. Él se quejó de dolor y aflojó un poco la presa, lo que al menos le permitió tomar una

bocanada de aire. Sin embargo, la reacción del atacante fue apretar su cuello con más fuerza, robándole el oxígeno que tanto necesitaba.

En ese instante, rememoró el momento en que un año atrás había estado a punto de morir a manos de su novio. Una situación límite de la que se salvó gracias a la intervención de Santi. Esta vez él no estaba allí para ayudarla, por eso se dijo a sí misma que no podía rendirse. Debía luchar hasta el final.

Sacó fuerzas de dónde no tenía y le lanzó un puñetazo al costado, con el que no consiguió nada, dado el poco recorrido del golpe. Lo que sí logró fue que Nando, convencido de su superioridad, se inclinase hacia adelante hasta casi besar sus labios.

—Cuanto más te resistas, más me excito —dijo entre risas—. ¡No te imaginas cómo estoy disfrutando!

Y acto seguido la escupió en la frente.

Eso le dio a Verónica la oportunidad que necesitaba. Abrió la boca tanto como pudo, aunque esta vez no lo hizo para tomar aire, sino para que sus dientes se cerrasen sobre la nariz de Nando, y apretó tanto como le fue posible.

El agresor gritó de dolor y la agarró de la barbilla, intentando aflojar la mordedura. Verónica aprovechó entonces para darle un nuevo tirón de pelos, a la vez que giraba el cuerpo para quitárselo de encima. En esta ocasión la maniobra funcionó y consiguió que el agresor cayese de costado.

Su intención era colocarse sobre él, cambiando las posiciones, pero Nando giró el cuerpo para alejarse de ella e incorporarse. Verónica aprovechó ese movimiento para atacarle por la espalda y le rodeó el cuello con su antebrazo. Al ver que él intentaba liberarse, se dejó caer de espaldas, arrastrándolo con ella, y le rodeó la cintura con las piernas. Luego cerró la presa sobre su garganta, presionando con el antebrazo en la nuez y tirando de la muñeca con la otra mano para ejercer mayor fuerza.

Aunque estaba tumbada de espaldas, con el cuerpo de Nando sobre ella, logró retenerle y que no pudiese incorporarse, gracias al agarre que ejercía con las piernas apretando sus riñones y con el brazo presionando en su cuello. Una técnica digna de un combate profesional.

Aun así, Nando trató de defenderse. Primero intento revolverse y, al ver que era imposible, le lanzó dos codazos al costado que Verónica encajó sin problemas. Era tal el nivel de adrenalina que no aflojó la presa ni un centímetro, decidida a no hacerlo hasta que el atacante ya no supusiese un peligro para ella.

Nando hizo un último intento por deshacerse del brazo que le estaba asfixiando, pero apenas le quedaban fuerzas, y Verónica notó cómo su cuerpo empezaba a relajarse por la falta de aire. Si seguía

apretando acabaría con su vida, tal y como él había hecho con sus víctimas.

Quizás fuese lo más justo. Nadie la condenaría por ello. Un psicópata así no merecía otra cosa. Acabando con su vida allí mismo haría justicia por las víctimas y ahorraría al Estado mucho dinero en un juicio en el que le caerían bastantes años, pero tras el cual no pasaría más de veinte en la cárcel. Treinta como mucho. Además, de ese modo evitaría que volviese a matar cuando saliese.

Sin embargo, una voz interior le recordó que era policía y que si al final se tomaba la justicia por su mano, no sería muy diferente de los criminales a los que perseguía.

Fue justo en ese momento, cuando se debatía entre seguir apretando o aflojar la llave de cuello, que escuchó varios disparos, a los que siguió un gran estruendo.

—¡Ahí están! —gritó alguien a los pocos segundos.

—¡Rápido, hay que reducirle! —dijo otra voz.

Escuchó unos pasos acercándose a la carrera y luego alguien se arrodilló a su lado.

—Ya puedes soltarle, le tenemos.

Aun así, mantuvo el agarre.

—Le tenemos —insistió la misma voz, a la vez que posaba una mano en su frente—. Todo ha acabado, Cuevas.

Era el sargento Durán.

Verónica soltó a Nando y permitió que le quitasen su cuerpo de encima.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró mientras se quedaba tumbada unos segundos, recuperando el ritmo normal de su respiración y notando cómo los niveles de adrenalina descendían.

—Creo que no respira —dijo entonces alguien—. Hay que llamar a una ambulancia.

Ladeó la cabeza y vio a Nando tumbado boca arriba a un par de metros, mientras un agente de la UCO le tomaba las constantes vitales, arrodillado a su lado. Tras unos segundos de tensión, le escuchó decir:

—Espera, no. Está vivo.

—En ese caso, ponle las esposas —ordenó Durán, a la vez que le tendía la mano a Verónica para que se levantase—. Yo voy a sacarla de aquí.

Ella se incorporó con su ayuda y luego dejó que la cogiese por la cintura, mientras la guiaba al exterior. Al llegar a la salida pasaron por encima de una puerta de madera maciza tirada en el suelo y, una vez en la calle, Verónica miró a su espalda. Acababan de salir del interior de un edificio antiguo de viviendas, con tres plantas.

—¿Seguro que estás bien? —insistió el sargento—. ¿Te ha hecho

daño?

—Lo ha intentado, pero logré defenderme.

—Siento que no pudiésemos intervenir a tiempo.

—¿No lo estabais siguiendo?

—Sí, pero en ese momento solo estábamos otro agente y yo, vigilando fuera del local. Estuve a punto de entrar cuando le vi hablando contigo, pero pensé que se daría cuenta de que le seguíamos.

—Es probable. En ese momento había poca gente dentro.

—Luego, cuando salió, le vimos quedarse en un lugar apartado mientras hablaba por teléfono. O al menos eso parecía hacer. Al cabo de un par de minutos llegó a la zona un grupo de jóvenes bastante numeroso y, en contra de lo esperado, vimos que Nando se dirigía a casa. Esta casa —añadió señalando el edificio que tenían delante.

—¿Nando vive aquí?

—Sí. No nos dimos cuenta de que en realidad te seguía hasta que vimos desde la distancia cómo te atacaba por la espalda y te metía en el interior del portal —prosiguió el sargento con su relato—. Cuando llegamos la puerta estaba cerrada, así que picamos en todos los pisos, pero nadie respondió. Al final decidimos disparar a las bisagras y derribarla a empujones.

—Fue una suerte que lo consiguieseis, sobre todo para Nando.

—¿Por qué lo dices?

—Porque de no llegar vosotros a tiempo, le habría matado.

—No hablas en serio.

Verónica sonrió con amargura, antes de decir:

—Lo importante es que ahora te encargues de que se pudra en la cárcel.

—Puedes estar segura de que será así.

45

Eran las ocho de la mañana cuando Verónica abandonó el hospital. Tras el incidente y la detención de Nando, Durán insistió en que un médico debía revisar su estado de salud. Un coche patrulla la llevó al hospital, donde le hicieron una radiografía de cervicales, le pusieron un collarín y le dieron una buena dosis de antiinflamatorios y un relajante muscular, que en principio no quiso tomar.

Su prioridad en ese momento era saber si el sospechoso lo había confesado todo, por eso pidió al agente que la había trasladado al hospital que la llevase de vuelta a la comandancia de la Guardia Civil, donde se reunió con Durán.

—¿Qué haces aquí? —la reprendió él en cuanto entró en su despacho—. Deberías estar en tu hotel, descansando.

—No voy a descansar hasta saber que ese cabrón lo ha confesado todo.

—Ya sabes cómo va esto. Hay que hacer las diligencias previas, llevarlo ante el juez y que este decrete su ingreso en prisión. También tenemos que registrar la casa en la que vive con su madre. Llevará bastante tiempo, por eso lo mejor es que hoy descanses. ¿Cómo tienes el cuello?

—Bien. Este collarín es solo por precaución. El médico dice que me conviene estar unos días con él, pero la verdad es que resulta muy incómodo.

—Anoche actuaste muy bien —dijo Durán, sonriendo—. Cuando vi que te arrastraba al interior del portal y que no podíamos entrar, me temí lo peor. Nunca imaginé que decidiese atacarte.

—Creo que el detonante fue mi reacción cuando se despidió de mí. Me dio dos besos, sin que yo me lo esperase, y sentí tal escalofrío recorrerme todo el cuerpo que le miré desencajada. Eso activó en su cerebro el deseo de castigarme.

—Fuiste muy valiente enfrentándote luego a él.

—Gracias a que no perdí la consciencia del todo. Me golpeó con algo en la cabeza.

—Una porra telescópica, de esas que se extienden. Creemos que es la que usó con otras víctimas.

Verónica sintió una opresión en el pecho al recordar lo sucedido. Había estado muy cerca de morir a manos del asesino que perseguían. Y lo peor de todo es que no era la primera vez que le pasaba.

Al menos esperaba que hubiese servido para algo.

—Dime que tenéis suficientes pruebas para encerrarle el resto de su vida.

—De momento, tenemos ya a los de Criminalística registrando su casa en busca de pruebas que le incriminen. También analizaremos a fondo su coche, por si hay ADN de las víctimas, aunque ya sabes que esos resultados tardarán días en llegar. Hasta entonces, poco podemos hacer.

—Interrogarle —apuntó ella—. Tenéis que conseguir que confiese.

—Y lo haremos, pero será después de llevarle al juzgado. Tardaremos unas horas hasta entonces.

—En ese caso, yo esperaría a última hora de la noche o a primera de la mañana.

—¿Por qué?

—Es cuando estará más relajado y será más vulnerable a vuestras preguntas.

—¿Son técnicas del FBI? —bromeó él.

—Sí. Podría asesoraros sobre cómo enfrentaros a él durante el interrogatorio.

Durán asintió con la cabeza, antes de decir:

—Me parece bien, pero ahora deberías descansar. Esto irá para largo. Te avisaré en cuanto sepa algo nuevo.

—¿Me lo prometes?

—Sí, no te preocupes —dijo él sonriendo con calidez—. Nos has ayudado mucho y cuento contigo para cerrar el caso, si estás dispuesta.

—Lo estoy. Quiero asegurarme de que ese psicópata no vuelve a pisar la calle. Lo hizo tras violar a su vecina y ya ves todo lo que pasó después. Es algo que deberías dejarle muy claro al fiscal cuando hables con él.

—Lo haré, no te preocupes. Y ahora vete a descansar —exigió él a modo de despedida—. A partir de hoy las calles de Salamanca serán un poco más seguras gracias a ti.

~

Verónica se pasó el resto del día durmiendo. En cuanto llegó al hotel, notó que el dolor de su cuello crecía en intensidad, así que tomó la medicación que le habían dado. Eso, unido a que llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, hizo que no tardase en notar cómo le pesaban los párpados y cayese rendida en la cama.

Despertó cuando ya estaba oscureciendo, a causa de un intenso dolor en el cuello, que la obligó a levantarse y tomar un nuevo antiinflamatorio. Se acercó al baño a por un vaso de agua y, mientras lo llenaba, recordó el último sueño que había tenido antes de

despertarse.

Iba caminando por el pasillo que recorría el claustro de la catedral de Salamanca, hasta entrar en una sala fría e inhóspita, sin muebles. Sobre el suelo de piedra había tumbadas cinco mujeres, todas ellas con los ojos cerrados. Estaban envueltas por sábanas de pies a cuello, dejando a la vista solo sus rostros demacrados. Al lado de ellas, había varias sábanas vacías, extendidas en el suelo como si esperasen recibir a nuevas víctimas. Después de eso, despertó.

Verónica vio claro que el significado de ese sueño era que Nando seguiría asesinando si quedaba en libertad. Estaba convencida de ello, por eso cogió el teléfono y llamó al sargento Durán. No tuvo que esperar demasiado hasta escuchar su voz.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor —respondió, a pesar del dolor creciente de su cuello—. ¿Cómo va la investigación?

—No tan bien como esperábamos. El registro de su casa no dio ningún resultado positivo, nada que lo pueda implicar en las muertes.

—¿Nada? —preguntó, sorprendida.

—Ni ropa, ni objetos de las víctimas que puedan relacionarle con ellas.

—¿Y en el coche?

—Criminalística ha encontrado varios pelos que tienen que analizar, al igual que un par de gotas de sangre en el asiento del acompañante. El problema es que tardaremos algunos días en tener los resultados.

—¿Nando ha dicho algo?

—Nada. He decidido seguir tu consejo e interrogarle mañana por la mañana. ¿Puedo contar contigo para que me orientes?

—Eso no tienes ni que pedírmelo. ¿A qué hora quieres que esté ahí?

—Con que vengas a la comandancia a las nueve es suficiente.

—Estaré ahí a las ocho.

—Está bien —dijo él soltando una breve carcajada—. Nos vemos mañana. A ver si tenemos suerte y logramos hacerle confesar.

—Cuenta con ello.

46

Verónica sabía de sobra que ella no podía entrar en la sala de interrogatorios. Siendo la última mujer a la que había atacado Nando, y además, policía, estaba segura de que la vería como a alguien hostil. Por ese motivo, se limitó a aconsejar lo mejor posible a Durán antes de que este entrase en la sala.

—Hay asesinos en serie que están deseando contar lo que hicieron y presumir de ello —le explicó ella—. No creo que este sea el caso, pero puedes intentarlo.

—No me parece ese tipo de persona. Además, necesitaríamos pruebas con las que acorralarle y para este primer interrogatorio no tenemos ninguna.

—Intentó matarme.

—Sí, pero eso no le relaciona con los demás crímenes —aseguró Durán—. Me da que no vamos a conseguir mucho, al menos de momento.

—Puedes optar por proyectar la culpa en las víctimas.

Él la miró extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—Para este tipo de psicópatas, insinuar que las víctimas fueron quienes se lo buscaron, funciona muy bien a la hora de conseguir que se les suelte la lengua. Si justificas su forma de actuar, por repugnante que eso te resulte, puedes lograr que se relaje y que confiese.

—Para eso hay que ser demasiado frío y yo no estoy seguro de ser capaz.

—Inténtalo, al menos —le animó ella. Al ver en sus ojos la falta de convencimiento, añadió—: No tienes nada que perder.

Tras esa breve charla, Verónica entró en la sala anexa a la de interrogatorios y observó a través del cristal lo que sucedía dentro de ella. Nando estaba sentado a un extremo de una pequeña mesa con varias sillas alrededor. Nada más entrar, Durán se situó frente a él, llevando consigo una voluminosa carpeta debajo del brazo que dejó sobre ella. El detenido se mostraba bastante tranquilo, tanto que preguntó con evidente desgana:

—¿Cuándo van a soltarme?

—Es muy probable que dentro de bastantes años —le replicó el sargento mientras tomaba asiento.

—¿Por qué? Yo no he matado a nadie.

—Anoche atacaste a una mujer, que además da la casualidad que

era una policía fuera de servicio.

—¿Atacarla? Yo no lo recuerdo así.

—¿Y cómo lo recuerdas tú?

—La invité a una copa y estuvimos charlando un rato. Luego me fui a casa solo.

—Sabemos que la seguiste y que la atacaste por la espalda cuando pasó junto al portal de tu casa.

—Eso no fue lo que ocurrió. En realidad, se mareó y cayó al suelo, no sé si porque había bebido demasiado esa noche o porque no se encontraba bien, así que intenté ayudarla. La metí en el portal para que no se quedase tirada en mitad de la calle, pero entonces se volvió loca y me atacó.

—¿Dices que ella te atacó? —preguntó Durán, fingiendo sorpresa.

—Sí, y no entiendo por qué lo hizo. Debió pensar que yo iba a hacerle algo.

—¿Como qué?

—No tengo ni idea. Solo sé que me agarró del pelo y me tiró al suelo. Luego intentó estrangularme. Estaba fuera de sí, como poseída por un demonio.

Verónica tuvo que reconocer que Nando era muy convincente en su relato. Un perfecto manipulador, al igual que la mayoría de los psicópatas.

Durán abrió la carpeta que había puesto sobre la mesa y sacó un folio, que leyó en alto.

—Según el informe médico, la subinspectora Cuevas presentaba un golpe en la parte posterior de la cabeza y un importante hematoma en el cuello, además de una luxación cervical.

—Imagino que el golpe se lo hizo al caer al suelo y el cuello ya lo tenía enrojecido cuando estuve con ella —dijo Nando esbozando una sonrisa confiada.

Se veía que tenía la situación perfectamente controlada, con respuesta para todo, al contrario que Durán, en cuyos ojos asomaron las dudas. Aun así, prosiguió. Le habló de las víctimas, del modo en que habían muerto, y de que no merecían terminar así. No era lo que Verónica le había pedido y lo único que consiguió con esa táctica fue que Nando se aferrase a su versión de que era inocente de todos los cargos. Incluso intuyó en su mirada que estaba disfrutando con aquella situación, manteniendo en todo momento el control.

Pasados unos minutos, el propio Durán se dio cuenta de que no iba a conseguir nada por ese camino, así que decidió abandonar la sala. Verónica se reunió con él de inmediato en el pasillo.

—No ha ido demasiado bien —se lamentó el sargento.

—Lo has intentado. Puede que tengas razón y sea muy pronto para arrancarle una confesión.

—Aun así, si no lo conseguimos en las primeras horas, luego ya será mucho más difícil. Deberías intentarlo tú.

—Dudo que ahora mismo consiguiese nada. Ya has visto la actitud que ha tenido en todo momento.

—Demasiado seguro de sí mismo.

—Exacto —dijo Verónica, asintiendo de forma enérgica con la cabeza.

Al hacerlo, notó que se mareaba. Eso la obligó a apoyar la mano en el hombro de Durán.

—¿Estás bien? —preguntó él, alarmado—. Te has puesto pálida.

—Solo es un mareo.

—No tendrías que haberte quitado el collarín.

—Era muy incómodo.

—Precisamente porque su misión es que no puedas mover el cuello. Deberíamos ir al hospital.

—No, estoy bien —afirmó, a pesar de que no era así.

—Pues no lo parece. Necesitas que te vea un médico y luego descansar.

—No hace… —Verónica fue incapaz de terminar la frase. El mareo se hizo más intenso y comprendió que no se le iba a pasar tan rápido como esperaba—. Tienes razón, debería descansar un rato.

—Opino que sería mejor que te viese el médico otra vez. Ese cabrón pudo romperte el cuello.

—Solo necesito descansar un rato, hasta que se me pase.

—Podría conseguirte una cama aquí, en la comandancia, para que te acuestes.

—No, prefiero regresar al hotel. Me dejé allí la medicación. En cuanto la tome y me dé una ducha se me pasará.

—¿Me llamarás si no es así? No me hace gracia dejarte sola.

—Estaré bien, no te preocupes. Llámame si se produce cualquier novedad.

—Olvídate de la investigación durante un rato. Lo importante ahora es que descanses.

Durán buscó a alguien que pudiese llevarla de vuelta al hotel.

El viaje no fue demasiado agradable. El mareo no solo no remitió, sino que se acentuó durante el trayecto. Por ese motivo, al llegar a su habitación decidió tomarse un relajante muscular y acostarse un rato, una vez puso el móvil en silencio. Necesitaba unas horas de descanso para sentirse recuperada por completo.

Luego, ayudaría a Durán a que Nando lo confesase todo.

47

Hasta bien avanzada la tarde, Verónica no fue capaz de levantarse de la cama sin que todo le diese vueltas. Caminó hasta el baño con precaución y se refrescó la cara en el lavabo, aliviada al comprobar que por fin se encontraba mejor.

Su primer intento de levantarse había sido al mediodía y le provocó tales náuseas que terminó en el inodoro descargando lo poco que tenía en el estómago. Después de eso, volvió a la cama como pudo y durmió hasta que se despertó justo cuando el sol comenzaba a bajar.

Tras lavarse la cara, abrió el paquete con el cepillo y la pasta dentífrica que el hotel le había proporcionado, y comenzó a lavarse los dientes para hacer desaparecer el mal olor de su aliento.

Mientras frotaba, pensó en Nando y la frialdad que había demostrado durante el interrogatorio de esa mañana. Estaba claro que entrar en la mente de un psicópata no era tan sencillo como los libros y los manuales daban a entender. Ser empático con él para sacarle una confesión no era nada fácil, por eso entendió que el sargento Durán no hubiese tenido éxito en ese primer encuentro.

En realidad, el problema era que Nando sabía que no existían pruebas con las que acusarle, de ahí que se hubiese comportado con esa seguridad en todo momento. Se veía que tenía la situación controlada y que, además, disfrutaba con ello.

Durante el tiempo que estuvo cepillándose los dientes, Verónica repasó en su mente todos los datos del caso. Tenía claro cuál era el *modus operandi* del asesino y el motivo por el que elegía a las víctimas, pero le faltaba una pieza en el puzzle, la que hacía que todo encajase y que le relacionaba directamente con cada uno de los crímenes. Algo que pudiese identificarle sin ningún género de duda como el verdadero asesino.

Necesitaba leer de nuevo todos los informes, por eso decidió que lo mejor era darse una ducha y regresar a la comandancia. Iría dando un paseo para despejarse, aunque esta vez se pondría el collarín para que no le ocurriese lo de esa mañana.

Abrió el grifo, se enjuagó la boca y, tras un par de gárgaras, escupió el dentífrico en el lavabo.

Fue en ese momento cuando lo vio claro.

—¡Eso es! —exclamó emocionada, visualizando en su mente la pieza que le faltaba.

De inmediato regresó a la habitación, cogió su teléfono y llamó a

Durán. Apenas pudo contener la emoción cuando él respondió.

—Creo que lo tengo. ¡Ya sé cómo acorralar a ese cabrón y demostrar su culpabilidad!

48

Eran las nueve de la mañana del día siguiente al primer interrogatorio, cuando dos guardias civiles entraron en la sala custodiando a Nando. Era la misma que habían utilizado el día anterior. El sargento Durán estaba sentado en el mismo lugar, solo que esta vez le acompañaba Verónica.

Sobre la pequeña mesa habían repartido cinco carpetas, todas ellas cerradas y colocadas de forma que fuese visible lo que estaba escrito en la portada. Cada carpeta pertenecía a una de las víctimas.

El detenido se sentó frente a ellos y, mientras anclaban sus esposas a una argolla de la mesa, les miró con cara somnolienta. No fue hasta que se quedaron los tres a solas que preguntó de manera despectiva:

—¿Qué hace ella aquí?

—Es policía y participa en la investigación.

Nando la miró con frialdad.

—Así que la otra noche me estabas siguiendo.

—No, en realidad nos encontramos de casualidad —respondió Verónica—, aunque fuiste directo a buscarme.

—No recuerdo nada de eso.

—Lo sé, ya me han dicho que tienes graves problemas de memoria —le replicó ella con ironía.

—Soy inocente de todo lo que se me acusa.

—Los dos sabemos que eso no es verdad. Mataste a cinco mujeres y me habrías matado a mí si no te lo hubiese impedido.

—Estás muy equivocada. Solo quise ayudarte y tú me atacaste sin motivo.

—No es necesario que te esfuerces en mentirme, no estoy aquí para sacarte ninguna confesión.

—¿Ah, no?

—Ya sabemos que eres culpable y podemos demostrarlo. En realidad, tú me diste la clave.

—¿Qué clave?

—Tu firma.

—Mi… ¿firma? —preguntó confuso.

—Todo asesino en serie con motivación sexual tiene estudiado el modo de atacar a sus víctimas. Algunos llevan consigo preparada una droga que luego vierten en sus bebidas. Otros usan lo que se llama un kit de violación, compuesto por una cuerda, cinta adhesiva y un arma con el que amenazarla. Tú llevabas una pequeña porra extensible para

golpearlas en la cabeza y así trasladarlas a un lugar más tranquilo sin que se resistan. Lo hiciste con Nuria Montes, la primera víctima, y con Ana Lastra, la última —dijo poniendo el dedo índice sobre las carpetas con su nombre—. A mí también me atascaste del mismo modo. Es lo que llamamos el *modus operandi* de un asesino. En tu caso, está bastante claro. Eliges a víctimas que te parecen asequibles, fáciles de controlar, y que no desconfiarían de ti al acercarte a ellas. En el caso de las prostitutas, no tuviste problemas para que se metiesen en tu coche, todo lo contrario que las dos estudiantes, a las que necesitaste golpear con la porra para que no se resistiesen. Las autopsias así lo demuestran —dijo poniendo ambas manos sobre las carpetas—. Por eso había gotas de sangre en el asiento del acompañante de tu coche, que coinciden con el ADN de una de ellas, al igual que hemos encontrado cabellos de al menos tres de las cinco víctimas.

Todavía no estaba confirmado que las muestras perteneciesen a las mujeres asesinadas, dado que los resultados del laboratorio tardarían varios días en llegar, pero Verónica quería derrumbar ese muro de confianza tras el que se protegía Nando. La sombra de preocupación que asomó en sus ojos le indicó que iba por el buen camino.

—Antes me preguntaste qué era la firma. Te lo voy a explicar —prosiguió—. Para que lo entiendas de manera sencilla, es aquello que te define y te hace distinguible de cualquier otro asesino. Puede haber otros psicópatas con un *modus operandi* parecido al tuyo, incluso que utilicen la misma técnica que usas tú para asesinar a tus víctimas. Después de todo, la mayoría estáis cortados por un patrón similar. Buscáis la dominación, el control, y satisfacer vuestras fantasías. Para vosotros, estrangular a una mujer supone un placer mucho mayor del que se obtiene con un orgasmo. Tener sus vidas entre tus manos, y apretarles el cuello mientras ves cómo se apagan sus ojos, es lo que te provoca un mayor placer.

—Todo eso son gilipolleces —murmuró, intentando parecer despreocupado.

—Sin embargo, hay algo que en tu caso te diferencia de los demás —prosiguió Verónica, ignorando su comentario—, algo que necesitas hacer cuando atacas a las víctimas y que define el desprecio que sientes por ellas. No caí en la cuenta hasta anoche, cuando recordé lo que me habías hecho mientras me atacaste y estabas a punto de estrangularme. Me escupiste —remarcó con voz grave—. Ese fue tu modo de mostrarme tu desprecio.

Nando no se alteró al escuchar la acusación.

—Es mentira, yo no hice nada de eso —dijo, muy seguro de sí mismo.

—Incluso, antes de escupirme, me dijiste lo mucho que te excitaba que yo me resistiese.

—¡Estás loca! —exclamó soltando una carcajada.

—No solo me escupiste a mí, también lo hiciste con las otras víctimas, y podemos demostrarlo. ¿No adivinas cómo? —Al ver que no respondía, añadió—: Por tu ADN. Tras asesinarlas, cubriste el rostro de cada una de las víctimas con una prenda. Es tu modo de humillarlas. No eras consciente en ese momento de que tu saliva quedó adherida al tejido y que eso nos servirá para identificar tu ADN sin ningún género de duda.

Por primera vez Nando se descompuso, perdiendo ese semblante de seguridad.

—Mientes.

—Nuestros técnicos de laboratorio son capaces de obtener una muestra de cualquier tejido, pero en este caso, además, contamos con que el cadáver de Ana Lastra, tu última víctima, está todavía en el depósito. El forense ya ha obtenido una muestra en su rostro de tu saliva —dijo Verónica sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción.

La actitud fría y despreocupada de Nando empezó a disolverse, pero todavía no era suficiente. Necesitaba conseguir de él una confesión y para eso iba a tener que traspasar una línea muy delicada: la de la empatía.

—Esas son las pruebas y son irrefutables, aunque quiero que sepas que comprendo lo que hiciste y por qué lo hiciste —aseguró Verónica, intentando parecer natural—. Soy la primera que no entiende la manera que tienen de comportarse las mujeres de hoy en día. Ese modo de insinuarse a los hombres, de provocarlos, e incluso de menospreciarlos para someterlos a sus caprichos.

—¡Qué sabrás tú de eso! —dijo Nando de manera despectiva—. Eres igual de provocadora que las demás.

—Yo sí que lo sé —intervino entonces Durán, apoyando los codos en la mesa—. He sufrido ese desprecio en mis propias carnes, incluso intentaron acusarme de violación hace unos años. Una prostituta, a la que detuve haciendo la calle, dijo que yo me había propasado con ella. ¡Menuda hija de puta! La prostitución es lo más bajo en lo que puede caer una mujer. Sinceramente, para mí no son personas y me merecen el mismo desprecio que una cucaracha.

Verónica vio que los ojos del detenido se encendían por las palabras del sargento y comprendió que era el momento de salir de la sala para dejarles a los dos solos. Nando ya había dejado claro que la consideraba igual que a las demás, y no seguiría hablando mientras ella estuviese presente, así que buscó una excusa convincente.

—Necesito salir a tomar el aire. Estoy mareada —dijo Verónica mirando a Durán, que asintió con la cabeza—. Te veré luego.

Abandonó la estancia, cerrando la puerta a su espalda, y de inmediato entró en la sala anexa, para observar el interrogatorio a

través del cristal.

—Aunque no son las únicas —escuchó decir en ese momento a Durán por los altavoces instalados en el lugar—. ¿Has visto esos vídeos en los que se graban a sí mismas bailando? Joder, son tan putas como las que ejercen la profesión. Haciendo coreografías estúpidas delante de la cámara, medio desnudas, insinuándose y mostrándolo casi todo. Moviendo el culo de una forma tan provocativa que… —Durán apretó los dientes antes de continuar—. Luego se quejan de que las violen. He visto incluso vídeos de mujeres maduras con su bebé sentado en la trona a pocos metros de ellas y moviendo las tetas delante de la cámara. ¡Es asqueroso!

—Lo es —murmuró Nando.

Verónica se pegó al cristal y apoyó una mano en él, mientras susurraba:

—Ya casi lo tienes, no pares ahora. Háblale de las universitarias.

—Estamos en una sociedad decadente —prosiguió Durán—. Te lo digo yo que he visto de todo en mi trabajo. Veo a las jóvenes de hoy en día, su comportamiento, y muchas veces desearía darles una lección, enseñarles cómo funciona el mundo real. Se creen que pueden ir por la vida haciendo lo que les da la gana, que pueden provocarnos sin que eso tenga consecuencias, apelando a que tenemos que respetarlas. ¡Una mierda! ¿Cómo vamos a hacerlo si no se respetan a sí mismas? ¿No te parece que tengo razón?

Nando se limitó a encogerse de hombros, lo que le dio a entender que de nuevo lo estaban perdiendo. Verónica no podía entrar de nuevo en la sala, por eso se limitó a comentar, sin elevar en exceso la voz:

—Necesitamos justificar lo que hizo. Hay que ofrecerle una salida.

La reacción de Durán fue asentir con la cabeza y, tras unos segundos de pausa, prosiguió.

—En realidad, tú eres una víctima más. Ellas te han hecho así. Si aquella vecina no te hubiese acusado de violarla, no habrías perdido seis años de tu vida en la cárcel.

—Yo no la violé. Se me insinuó y luego dijo que había abusado de ella.

—Y el juez la creyó.

—Me encerraron por culpa de ella, como si fuese un criminal —dijo con gesto enfurecido.

—Es normal que sintieses toda esa rabia contra las mujeres. Cualquier psiquiatra medianamente bueno coincidiría en que tú eres la víctima. Ellas te han llevado a hacer lo que has hecho. Es la sociedad la que te ha convertido en lo que eres. —Fue en ese momento cuando la mirada de Nando cambió y Durán fue consciente de ello—. Sabemos que lo hiciste, tenemos pruebas que lo demuestran

sin ningún género de duda. Por eso es tan importante que des tu versión de los hechos. La gente debe entender que tú también eres una víctima del mundo en el que vivimos.

Y entonces, picó el anzuelo.

—Yo no quería matarlas, pero algo dentro de mí me empujó a hacerlo —dijo, agarrándose a la cuerda que Durán le estaba ofreciendo—. Ellas me obligaron.

—¿Estarías dispuesto a darme tu versión de lo que ocurrió?

Tras unos segundo de duda, asintió con la cabeza.

—Sí, lo estoy.

49

Verónica escuchó atenta el relato de los hechos desde el otro lado del cristal. Nando se excusó en que las víctimas lo habían provocado y al final eso era lo que le había llevado a matarlas. Ellas eran las culpables.

Durán le apoyó y supo hacerle las preguntas adecuadas para que la verdad fuese saliendo a la luz. Nando reconoció que estando en la cárcel había fantaseado muchas veces con estrangular a una mujer. El incidente con su vecina no logró satisfacerle del modo que esperaba y necesitaba experimentar algo diferente.

A la primera víctima, Nuria Montes, se la encontró de casualidad en un bar esa noche. Cruzaron varias palabras y, según él, lo miró con desprecio cuando le propuso invitarla a algo. A partir de ese momento la siguió de un bar a otro, y luego lo hizo con su coche, al ver que iba sola hacia casa. Antes de que llegase, la atacó por la espalda, golpeándola con la porra y la dejó inconsciente, lo que le permitió meterla en el maletero. Luego se la llevó en su vehículo a un descampado a las afueras de la ciudad.

—Se despertó y trató de golpearme, así que tuve que defenderme. Después la estrangulé.

Aunque no lo dijo, Verónica supo que la sensación había sido tan placentera que el deseo de repetirlo comenzó a crecer dentro de él durante las siguientes semanas.

Nando confirmó que había recurrido a las prostitutas por miedo a que la policía le cogiese. Reconoció que le parecían presas muy fáciles, que se subían a su coche confiadas, y que no había necesitado golpearlas en la cabeza. Estaban tan drogadas que le resultó demasiado fácil quitarles la vida.

—El hecho de que no se resistiesen hizo que no lo disfrutase tanto —aseguró con una sonrisa que le heló la sangre a Verónica.

Reconoció que no creía que nadie fuese a encontrar los cadáveres en el vertedero, por eso esperó un mes a que las cosas se calmasen y se decantó por buscar una víctima en las zonas de ocio frecuentadas por universitarias.

—Me encantan las fiestas que se montan, tanto al inicio como al final del curso. Muchas beben en exceso esos días y luego vuelven a sus residencias solas. ¡Es tan fácil abordarlas! —se jactó.

Verónica observó cómo Durán tragaba saliva. Le estaba costando mantener la compostura delante de aquel psicópata y su relato de los

hechos, pero hizo un trabajo perfecto hasta el final. Incluso consiguió que Nando le confesase que guardaba las prendas y objetos de sus víctimas en un doble fondo que había bajo el mostrador de la librería de su madre.

Después de eso, dio el interrogatorio por concluido y se reunió con Verónica en la sala anexa. Lo primero que hizo fue limpiarse el sudor que comenzaba a empapar su frente.

—Ha sido duro —dijo a la vez que resoplaba.

—Lo has hecho muy bien —le replicó ella, sonriente—. Ya lo tenemos.

—Gracias a las directrices que me diste por el pinganillo —aseguró Durán tocándose la oreja—. Fue una buena idea que nos comunicásemos por él una vez saliste de la sala.

—Apenas me hizo falta decirte nada. Supiste llevarle a tu terreno.

—Tenía la lección muy bien aprendida, después de lo que habíamos hablado antes de entrar en el interrogatorio. La estrategia que planeaste salió perfecta, aunque mi miedo ahora es que se sirva de la enajenación mental como eximente de los crímenes que cometió.

—Si le presentas al fiscal todas las pruebas, es imposible que se libre de la cárcel. Aconséjale que busque un buen psiquiatra forense que demuestre que Nando era consciente de lo que hacía a la hora de cometer los crímenes.

—La verdad es que no sé cómo darte las gracias. Sin ti no habríamos resuelto el caso.

—Tampoco exageres. Solo te he dado un par de consejos.

—Has hecho más que eso, por eso veo muy injusta la situación por la que estás pasando en la Policía.

—No te preocupes por mí. Seguro que se resuelve todo, y si no es así tampoco pasa nada —dijo Verónica encogiéndose de hombros—. Hay vida más allá de la Policía.

—Espero que no sea así. Está claro que se te da muy bien este trabajo. —Verónica sonrió, agradecida—. De todas formas, soy de los que piensa que la vida termina poniendo a cada uno en su sitio. Como le ha ocurrido a ese inspector, el que estaba empeñado en cargar los crímenes de las prostitutas a un inocente.

—¿Te refieres al inspector Fabra?

—Sí. Imagino que has visto las noticias esta mañana.

—No. En cuanto me levanté, me di una ducha y vine aquí directa. No vi las noticias. ¿Por qué, ha ocurrido algo?

—Mejor te lo cuento tomando un café. Seguro que así lo disfrutarás más.

50

Entraron en un mesón situado cerca de la comandancia, donde Durán pidió un par de tostadas con jamón serrano y un café con leche. Verónica solo pidió el café.

—¿No te apetece comer nada?

—Tengo el estómago hecho polvo desde ayer. Además, no suelo desayunar mucho por las mañanas.

—No me extraña que tengas ese tipazo.

—Bueno, ¿vas a contarme ya eso relacionado con Fabra? —preguntó ella, impaciente.

—¿No prefieres escucharlo con un café en la mano?

—Según el tipo de noticias que sean.

—Para él son malas, te lo garantizo, y seguramente para alguno más.

—Dímelo de una vez, antes de que me coma la incertidumbre.

Durán soltó una carcajada.

—De acuerdo. Esta mañana todos los telediarios y periódicos han abierto con la noticia de que Armando Peña, el delegado territorial a cuya hija encontraste, había presionado a la Policía para que detuviese lo antes posible al culpable de los crímenes de las prostitutas. Al parecer, necesitaba dar una imagen resolutiva de cara a sus aspiraciones a la presidencia de su partido en la comunidad de Castilla y León, así que compró a Fabra.

—Espera, espera —dijo Verónica, abriendo los ojos de forma desmesurada—. ¿Cómo que le compró?

—Armando Peña le pagó cincuenta mil euros para que encontrase un culpable lo antes posible. De ese modo, su imagen pública como figura política cercana al ciudadano e implicada en los problemas de la sociedad ganaría muchos enteros.

—¿Y Fabra aceptó?

—Lo hizo, al parecer, para recuperarse de la mala situación económica que le dejó su reciente divorcio. Por eso se apresuró tanto en encontrar a un culpable creíble.

—A Tomás Navarro.

—Imagino que en ese momento estaba convencido de su culpabilidad, a pesar de que las pruebas eran circunstanciales. Cuando luego apareció un quinto cadáver y la abogada de Tomás logró que le soltasen, Armando Peña le ofreció a Fabra una cantidad de dinero aún mayor para que encontrase nuevas pruebas con las que encerrarle. No

podía permitirse ensuciar su imagen de ese modo, después de haberse vanagloriado públicamente dos meses antes de haber detenido al verdadero asesino.

—¡Qué hijo de puta! Por eso cuando su hija desapareció nos dijo que Tomás no podía haberla secuestrado. Sabía que era inocente.

—Después de que todo esto se haya hecho público, es más que probable que su carrera política esté acabada, como lo estará también la del inspector Fabra.

—¿Y por qué ha salido todo esto a la luz?

—Gracias a la abogada de Tomás Navarro, que entregó toda la documentación a la prensa.

Verónica dibujó una breve sonrisa.

—No me sorprende. Esa mujer los tiene bien puestos.

El camarero les entregó los cafés, acompañados de dos platos de tostadas, justo en el momento en que Durán recibía una llamada en su teléfono.

—Tengo que atender esta llamada, puede que sea importante—dijo al ver el contacto en la pantalla—. Volveré enseguida.

Verónica no tuvo tiempo de decirle al camarero que ella no había pedido ninguna tostada con jamón, pero tenían tan buena pinta que al final decidió hincarle el diente a una de ellas. Las noticias sobre el desenlace de la falsa acusación de Tomás Navarro le habían abierto el apetito.

Desvió entonces la mirada hacia la pantalla de televisión que había en la pared más cercana, donde el presentador de la cadena local de noticias hablaba sobre las fiestas de la ciudad que comenzarían en breve. Acto seguido la imagen cambió y fue sustituida por la de un periodista situado delante de la comisaría de Salamanca, micrófono en mano, que aseguró que el inspector implicado había sido suspendido —supuso que se refería a Fabra— y que no se descartaban otras actuaciones.

En el fondo sintió pena de que la imagen del Cuerpo Nacional de Policía resultase ensuciada por un hecho tan lamentable, aunque de inmediato recordó su situación actual. Lo más probable era que ella no tuviese tanta suerte y la verdad de lo ocurrido con Quintero en aquel baño nunca saliese a la luz.

Apenas un minuto después, Durán regresó y lo hizo con una amplia sonrisa dibujada en su cara.

—Veo que has empezado sin mí.

—Lo siento, pero tenían tan buena pinta…

—Has hecho bien —dijo mientras tomaba asiento—. Esperaré a que termines para darte las buenas noticias.

—¿Más buenas noticias?

—Sí.

Se le veía emocionado, conteniendo las ganas de compartirlo con ella.

—¿De qué se trata?

—No hay prisa.

Verónica posó la tostada en el plato y le miró expectante.

—No voy a seguir comiendo hasta que me expliques lo que ocurre.

—¿Te gustaría recuperar tu trabajo?

—¿A qué te refieres?

—Verás… Hace un par de días le pedí un pequeño favor a un compañero de la comandancia de Salamanca.

—¿El que te dio el nombre de mi abogado?

—Sí, el mismo. Le dije que se acercase al bar donde tuviste ese desagradable incidente con tu compañero, y que hiciese algunas preguntas. ¡No te creerás lo que ha averiguado! —exclamó, emocionado.

—Por favor, no me tengas en ascuas.

—Habló con el camarero que atendía la barra ese día y este le contó que una amiga suya estaba dentro del baño de mujeres cuando el cabrón de tu compañero te atacó. Resulta que escuchó todo lo que pasó.

—¡No me jodas!

—Como lo oyes.

—Por eso la puerta del baño de mujeres estaba cerrada —recordó—. ¿Y por qué no dijo nada hasta ahora?

—Porque nadie habló con ella. Lo que estaba haciendo dentro no era muy legal —dijo tocándose un par de veces la nariz con el dedo índice—, por eso no salió hasta que terminó todo el jaleo y la ambulancia se llevó a tu compañero.

—Entiendo —murmuró ella.

—Le pidió a su amigo el camarero que no dijese nada sobre su presencia en el baño y él así lo hizo, pero la insistencia de mi compañero, explicándole que necesitaba hablar con cualquier persona que pudiese demostrar tu inocencia, fue lo que le convenció para ponerle en contacto con ella. No fue fácil, pero mi compañero ha conseguido que acceda a testificar.

Al escuchar eso, Verónica se puso en pie como impulsada por un resorte.

—Tengo que avisar a mi abogado.

—No hace falta. Mi compañero acaba de llamarme desde la comandancia para decirme que está allí con la testigo y con tu abogado, y que irán juntos a la comisaría de Policía a que le tomen declaración.

—¿Y te ha dicho que es lo que va a declarar? —preguntó mientras se sentaba de nuevo.

—Lo que tú dijiste. Que le dejaste claro a tu compañero que no querías nada con él y que, a pesar de ello, te atacó. También que te escuchó decirle que por favor te soltase, justo antes de que le disparases.

Verónica dejó escapar una sonrisa de alivio. Eso, sin duda, demostraba que ella había sido la víctima.

—Espero que sirva para que el juez comprenda que no tuve más remedio que dispararle para defenderme.

—Después de esto, no creo que vayas al juicio como imputada, sino como víctima.

—Eso espero, aunque a nivel interno no sé si cambiará mucho.

—¿A nivel interno? Ese cabrón intentó violarte y estrangularte —le replicó él con rabia—. Tus jefes deberían agradecerte que le hayas pegado un tiro en la pierna. Es más, yo se lo habría pegado en los huevos.

Eso le arrancó una carcajada a Verónica.

—No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Yo soy el que te está agradecido —le replicó él—. A pesar de lo mal que lo estabas pasando, accediste a ayudarme.

—No podía permitir que un psicópata siguiese libre para asesinar a más mujeres —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Si tus jefes no son capaces de apreciar eso, entonces tal vez deberías dejar la Policía y venirte a la UCO.

—Ojalá fuese tan fácil. No te preocupes, me las arreglaré —añadió con una sonrisa con la que trató de parecer despreocupada.

En ese momento, Durán alargó la mano para agarrar la que ella tenía posada en la mesa.

—Eres una gran policía y una gran mujer. No dejes que nadie te diga lo contrario.

—Gracias —dijo algo desconcertada por el gesto, y tratando de no parecer incómoda por el contacto.

Él se dio cuenta al momento, porque la soltó.

—Perdona, no quería incomodarte.

—No pasa nada.

—No es lo que piensas. Te aseguro que conmigo estás a salvo —dijo él forzando una sonrisa—. Mis gustos son otros.

—¿Otros?

—Me gustan los hombres. Pensé que lo habrías adivinado, dado lo observadora que eres.

Lo cierto era que no se le había pasado por la cabeza hasta ese momento.

—Algo así me imaginaba —dijo, intentando no parecer sorprendida—. La verdad es que explica algunas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Que me sintiese segura contigo.

Durán soltó una carcajada, que fue imitada por ella.

—¿Ves cómo haríamos una buena pareja en la UCO?

No estaba en la mente de Verónica irse de la Policía sin pelear, y menos después de poder demostrar su inocencia, por eso decidió que ya era el momento de regresar a Madrid y enfrentarse a quien fuese necesario para conservar su trabajo.

No pensaba rendirse tan fácilmente.

51

En cierto modo, agradeció volver a Madrid. Dormir en su casa de nuevo hizo que se sintiese protegida y recordase que siempre tenía un hogar al que regresar cuando las cosas iban mal. La vuelta a su lugar de trabajo, sin embargo, se le hizo más dura.

A la mañana siguiente a su llegada, se presentó en las oficinas de la Brigada, convencida de que recibiría miradas de reproche por parte de los que habían sido sus compañeros hasta ese momento. Alguno lo hizo, pero la mayoría la miraron con comprensión. Incluso hubo quien le dio la bienvenida por su regreso. Eso le creó la duda de si eran conocedores de su incidente con Quintero. Supuso que lo averiguaría al reunirse con el inspector jefe Olaya, que la recibió en su despacho.

A pesar de su expresión seria, se levantó de la silla para estrecharle la mano y acto seguido la invitó a sentarse frente a él.

—¿Qué tal te encuentras de las cervicales? —Al ver que ella le miraba con cierta sorpresa, añadió—: La UCO ya me ha puesto al corriente de lo ocurrido con el asesino al que buscaban.

La intención de Verónica era contárselo todo, una vez hubiese aclarado su situación en la Brigada, por eso se limitó a decir:

—Estoy mejor. Al menos me he librado de llevar ese incómodo collarín.

Olaya se quedó unos segundos con la vista clavada en los moretones de su cuello.

—No tienen muy buena pinta.

—No es tan malo como parece, apenas me duele ya.

—Quiero que sepas que he recibido una llamada del propio coronel jefe de la UCO, en la que me comentó que tu labor en la detención del autor de los crímenes había sido fundamental.

—Solo les eché una pequeña mano asesorándoles, nada más —dijo tratando de restarle importancia. En realidad no sabía si su jefe iba a felicitarla por ello o a reprenderla por haberlo hecho a espaldas suyas.

—No es lo que dice él. Afirma que pusiste en riesgo tu propia vida y que luego, gracias a tus consejos y orientación, consiguieron que el detenido confesase. Dijo que iba a enviarme una felicitación por escrito para que se añada a tu expediente. —Eso la dejó sin palabras —. También se puso en contacto conmigo el sargento Durán, que fue mucho más emotivo que su jefe. Habló maravillas de ti. Dijo que tu implicación en el caso fue lo que les ayudó a resolverlo y que sin ti no habrían logrado la confesión que necesitaban. También dijo, y esto

son palabras textuales, que seríamos unos estúpidos si te dejásemos escapar.

Verónica sonrió al escucharlo. Al despedirse de Durán, este le había prometido que haría todo lo posible por ayudarla, pero no pensó que se implicase de ese modo. Por desgracia, su sonrisa se borró en cuanto Olaya prosiguió.

—Lástima que ya no esté en mi mano ayudarte.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya no depende de mí, aunque antes de nada quiero que sepas que el inspector Quintero ya no forma parte de la Brigada. Le hemos retirado del servicio después de conocer que una testigo confirmó ayer tu versión de los hechos.

—Veo que las noticias vuelan.

—El problema es que, según Asuntos Internos, tu reacción fue desmedida.

—¿Desmedida? ¡Será una broma! —exclamó alzando las cejas—. Quintero es un psicópata. Intentó violarme y asfixiarme, algo que habría conseguido si no llego a dispararle. Deberían echarle de la Policía, no solo de la Brigada.

—Eso ya no está en mi mano, como tampoco lo está que tú puedas quedarte.

Verónica respiró hondo y trató de no dejarse llevar por la rabia que comenzaba a crecer dentro de ella.

—Explíquese.

—El comisario general te quiere fuera de la Brigada.

—¡¿Cómo dice?! —La expresión de Olaya al decirlo le dio a entender que se encontraba incómodo, aunque eso no impidió que le dijese lo que pensaba—. Soy la víctima, ¿y es a mí a quien castigan?

—No es un castigo.

—¿Entonces qué es?

—Quiere enviarte a otro destino.

—¿Dónde? ¿A una comisaría de mala muerte en cualquier rincón perdido de España?

—Quiere tenerte fuera de Madrid una temporada. Le asusta que esto se haga público y dañe todavía más la imagen de la Policía Nacional. Desde que la prensa sacó a la luz que el inspector Fabra aceptó dinero a cambio de acusar falsamente a un sospechoso, los jefes están acojonados con que suceda cualquier cosa que les ponga en el punto de mira de nuevo. —Olaya resopló y luego se pasó la mano por la cabeza—. Quiero que sepas que he intentado mantenerte en la Brigada a toda costa. Le he hablado de tu labor impecable desde que estás aquí, de los casos que has resuelto y del hecho de que no tengas una sola mancha en tu expediente. Es más, el curso que has realizado con el FBI nos ayudaría a dar un salto de calidad en la unidad. Solo

hay que ver cómo el coronel jefe de la UCO ha destacado tu participación en la detención de ese asesino en Salamanca.

—Déjeme adivinar. Al comisario general le importa un bledo.

—El problema es que te considera inestable. Se agarra a que lo ocurrido con Quintero es resultado de lo que te sucedió hace un año y no te ve capaz de estar en una unidad de esta exigencia, por eso te quiere fuera de la Brigada.

—¡Que se vaya a la mierda! —exclamó con rabia, poniéndose en pie—. ¡Él y todos los demás!

Olaya también se incorporó.

—No lo veas como un castigo, sino como una oportunidad.

—Oportunidad, ¿de qué? —preguntó perpleja.

—Ahora tendrás tiempo para preparar las oposiciones a inspectora. Consigue ese ascenso y dales a todos en las narices. No te voy a descubrir nada diciéndote que no es fácil ser mujer en la Policía, y más aún siendo subinspectora. A pesar de que te has ganado el respeto de mucha gente, siempre habrá quienes miren por encima del hombro a una subinspectora, por eso mi consejo es que consigas ese ascenso. Haz que te respeten tanto por tu cargo como por tu trabajo.

—¿Y eso de qué me valdría si estoy en una comisaría perdida de la mano de Dios?

—Yo podría ayudarte a conseguir un puesto mejor.

—Pero no en la Brigada —intuyó.

—De momento, no, aunque hay otras unidades en las que podrías hacer un buen trabajo como inspectora de homicidios.

Verónica estuvo a punto de decirle que no iba a dar su brazo a torcer, ni a permitir que la desterrasen. Pensaba luchar por sus derechos, aunque prefirió no tomar una decisión en caliente, y mucho menos terminar a mal con su jefe. Necesitaba recapacitar y recurrir a quien mejor podía aconsejarla sobre su futuro.

La única persona en la que confiaba para tomar una decisión.

52

El bar donde quedó en verse con Vallejo se encontraba justo frente al Parque del Retiro, haciendo esquina en una calle no demasiado transitada a esa hora. Llegó con adelanto, así que pidió una mesa dentro del local, en lugar de hacerlo en la terraza, para hablar con algo de intimidad. El camarero, joven y de aspecto nervioso, le preguntó qué quería tomar.

—Un café con leche.

—¿Algo para desayunar? ¿Una tostada, un pincho de tortilla?

—Tortilla.

Mientras esperaba por su café, observó las imágenes que en ese momento mostraba la enorme pantalla de televisión situada al fondo del local, y que de inmediato captaron su atención.

Tomás Navarro estaba en ese momento siendo acosado por una nube de periodistas a la salida del juzgado de Salamanca. Le acompañaba su abogada, con expresión muy seria, mientras él trataba de sonreír, sin conseguirlo de forma convincente.

—Estoy contento de que por fin se haya aclarado todo —dijo deteniéndose ante los micros.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó uno de los periodistas.

—Intentar vivir la vida que me queda lo mejor posible.

Lo dijo en un tono amargo que a Verónica no le pasó desapercibido.

—¿Estás feliz de que haya acabado todo?

—Muy feliz.

—¿Cómo lo vas a celebrar? —preguntó el mismo periodista, con una sonrisa muy artificial.

—Habrá sido un alivio para ti que se demostrase que eres inocente —dijo otro, sonriendo de una forma igual de estúpida.

En ese momento, la expresión de Tomás cambió. Frunció el ceño y clavó la mirada en el último que había hablado.

—El alivio es para los familiares de las víctimas. Ellos son los que han sufrido la pérdida de sus seres queridos y por fin pueden ver entre rejas al verdadero culpable de sus muertes —remarcó, con expresión de cabreo—. Para vosotros, todo esto es un circo, ¿verdad? Un modo de ganaros la vida con las desgracias ajenas. Estáis aquí ahora, riendo y celebrando conmigo que estoy libre de toda culpa, como si no recordaseis ya que me habéis jodido la vida. He perdido a mi familia, que ha tenido que soportar cómo me acusaban en todas las

televisiones y los periódicos de ser un psicópata degenerado que no merecía vivir en este mundo. Habéis llenado programas hablando del monstruo al que ahora tenéis delante, sin plantearos si yo era inocente. Me condenasteis desde el primer día… ¿Y ahora venís a preguntarme que cómo me siento?

En ese momento, la abogada le dijo algo al oído, a lo que el hombre negó con la cabeza y prosiguió.

—Estoy enfermo y lo más probable es que no me encuentre en este mundo cuando salga la sentencia del juicio y se demuestre por fin mi inocencia, por eso me gustaría decir que no hay nada peor en esta vida que ser acusado de un delito que no has cometido. Se me vapuleó en las televisiones, se dijeron de mí todo tipo de atrocidades, y eso tuvieron que escucharlo mi mujer y mis hijos. Incluso cuando se demostró que yo no podía haberlo hecho, volvieron a meterme en la cárcel y me presionaron para que me declarase culpable. —El hombre tuvo que tragar saliva, a punto de romper a llorar por la rabia que se desprendía de sus palabras—. No soy una persona perfecta, ni el mejor marido del mundo, pero tampoco soy un asesino. Quiero a mi familia y me habría gustado que el día que yo falte me hubiesen recordado por algo bueno y no por los errores que cometí.

El hombre no pudo más y se vino abajo. Mientras sollozaba, su abogada le cogió del brazo y se lo llevó de allí, abriéndose paso a empujones entre los periodistas que ni siquiera tuvieron la decencia de facilitarles el camino. Fueron dos policías que custodiaban la entrada al juzgado los que les ayudaron a abandonar el lugar.

Verónica observó la escena con el corazón encogido. Sentía una profunda pena por Tomás, un hombre lapidado públicamente al que ahora habían recibido entre risas, como si todo hubiese sido una broma. Saber por sus propios labios que le quedaba muy poco de vida, hizo que pensase en lo importante que era trabajar para que los culpables recibiesen su castigo, pero también para que los inocentes no fuesen acusados de forma injusta y sufriesen las consecuencias. Tanto ellos como sus seres queridos.

Fue en ese momento cuando sintió una mano posarse sobre su hombro. Creyó que se trataba del camarero que le traía su café, pero al alzar la vista se encontró con el rostro sonriente de Vallejo.

No supo si fue por lo vivido en los últimos días o debido al desasosiego que la embargaba, pero se puso en pie y se abrazó a su compañero.

—No sabes lo que te he echado de menos.

Él la estrechó entre sus brazos y cuando se separaron, la miró algo desconcertado.

—¿Va todo bien?

—No tanto como me gustaría.

—Para eso estoy aquí. Cuéntame lo que te ocurre.

53

Mientras Vallejo pedía un café con sacarina al camarero, Verónica se fijó en el buen aspecto que tenía su antiguo compañero. Calculó que había adelgazado al menos cinco kilos. Vestía un pantalón corto azul marino y una camisa blanca que le daban un aspecto muy serio. Además, estaba perfectamente afeitado y peinado.

—Te veo muy cambiado.

—Tampoco hace tanto que no nos vemos.

—Vistes tan elegante que no sé si te gustará lo que te he traído de los Estados Unidos —dijo cogiendo la bolsa de tela que colgaba del respaldo del asiento.

—¿Qué es? —preguntó él, ilusionado.

—Nada, una tontería.

Vallejo tomó la bolsa, la puso sobre las rodillas y la abrió para ver el contenido.

—¿Es una camiseta?

—Sí. La verdad es que no sé si te gustará, porque…

—¡Por Dios! —exclamó al sacarla, sosteniéndola en el aire delante de él—. ¿Me has comprado una camiseta de «V»?

—¿La conoces?

—¡Madre mía, era mi serie favorita! —dijo cada vez más exultante, poniéndose en pie—. ¿Cómo lo sabías?

—No tenía ni idea. La vi en una tienda, junto a otras camisetas con temática de los años ochenta.

—¡Me encanta! Deja que te dé otro achuchón.

Ella se puso en pie para aceptar su abrazo y luego se sentaron de nuevo.

—No estaba segura de si te iba a gustar.

—Cuando iba al instituto tenía la carpeta llena de pegatinas de la serie. Todas las semanas me compraba una revista llamada Teleindiscreta, con fotos y artículos de los protagonistas. Donovan, Diana… aunque a mí la que me ponía era la doctora Juliet. ¡Ya no hacen series como esa! —afirmó, melancólico.

—Trataré de verla.

—La tengo en DVD, así que te la paso cuando quieras. Eso sí, con vuelta —remarcó guiñando un ojo.

—Muy bien —dijo ella, riendo.

El camarero les trajo los cafés y, al quedarse de nuevo a solas, Vallejo preguntó:

—¿Qué tal te fue todo por los Estados Unidos?

—Muy bien, la verdad es que fue una experiencia increíble. ¿Qué tal tú en tu nuevo empleo de detective?

—Estoy contento. Me pagan un buen sueldo por un trabajo que es muy llevadero. Quizás un poco aburrido, en ocasiones.

—Seguro que no echas de menos la Brigada.

—No te creas, a veces sí. Eso de viajar de una ciudad a otra me venía bien para despejar la cabeza. Me gusta Madrid, la vida que tiene y el ambiente de sus calles, pero a veces es como estar en una jungla de edificios y asfalto. No descarto buscarme en el futuro otro lugar en el que instalarme e incluso montar mi propia agencia de detectives. ¡Quién sabe, igual hasta tendría trabajo para ti! —dijo, soltando una carcajada a continuación.

—Ahora es probable que te dijese que sí.

Él borró la sonrisa y le miró con expresión seria.

—¿Por qué? ¿Te ocurre algo?

—Estos últimos días han sido bastante complicados.

—Cuéntame. Imagino que no has querido verme solo para darme esta camiseta.

—No, la verdad es que necesito tu consejo.

Verónica le relató a continuación el incidente con Quintero en Salamanca y cómo no le había quedado otro remedio que pegarle un tiro en la pierna para quitárselo de encima.

—¡Esa es mi chica! —celebró él.

—Si no llega a ser porque había una testigo en el baño que lo escuchó todo, lo más seguro es que ya me habrían expulsado de la Policía. Estoy convencida de ello.

—La verdad es que nunca me gustó Quintero. Llegó a la Brigada y al poco tiempo ya se creía que sabía más que nadie. Además… —Durante unos segundos se quedó pensativo—. Ahora recuerdo que hubo una vez, en una cena en la que coincidimos y que bebimos más vino de la cuenta, que presumió de su éxito con las mujeres. Incluso dijo algo así como «no hay mujer que se me resista». Está claro que contigo se equivocó.

—Ese tío es un psicópata. Lo vi en sus ojos cuando me estaba agarrando del cuello y, si no llego a dispararle, yo creo que me habría asfixiado.

—¡Menudo cabrón! Espero que le echen del Cuerpo.

—De la Brigada sí, pero de la Policía yo no tengo tan claro que lo vayan a hacer.

—Pues deberían. Al menos has conseguido no tener que trabajar de nuevo con él.

—En la Brigada seguro que no porque a mí también me van a echar.

—¡No me jodas! —exclamó cabreado—. ¿Por qué?

—Olaya dice que el comisario general piensa que no es una buena imagen para la unidad que una integrante le haya pegado un tiro a un compañero.

—Es lo que se merecía. ¿Pretendía que te dejases violar, incluso algo peor?

—Me quiere fuera de la Brigada y de Madrid, a cualquier comisaría por ahí perdida.

—¿Y Olaya no ha hecho nada por defenderte? Tenía mejor imagen de él.

—Lo ha intentado, pero tiene las manos atadas. Nada de lo que ha dicho en mi defensa ha servido. Su consejo es que me lo tome como una oportunidad para prepararme y lograr el ascenso a inspectora. Dice que de ese modo conseguiré que me respeten más.

—En eso tiene toda la razón. Seguro que cuando seas inspectora no habrá tanto capullo tocándote las narices. Además, vales para ello. Te lo he dicho más de una vez. No deberías conformarte con quedarte en subinspectora.

—Mi mayor ilusión, desde que ingresé en la Policía, siempre fue entrar en Homicidios y conseguir una vacante en la Brigada, aunque fuese de subinspectora. Por eso estaba tan a gusto trabajando contigo y por eso nunca me planteé un ascenso, para no terminar en otro destino diferente.

—Pues creo que ya es hora de que lo hagas. Tienes que ver esto como una oportunidad, no como un castigo. Tu expediente es envidiable, y más ahora con ese curso del FBI. Mi consejo es el mismo que el de Olaya. Acepta un destino tranquilo, que te permita estudiar, preséntate a las oposiciones para inspectora y luego dales a todos en las narices —concluyó, apretando los puños—. Y no te obsesiones con la Brigada. Hay Grupos de Homicidios en los que seguro que apreciarán más tu trabajo y te tendrán en mejor consideración.

—Quizás tengas razón, pero no puedo evitar sentirme derrotada.

—Pues no lo hagas —dijo Vallejo mirándola a los ojos con intensidad—. Tú y yo sabemos que tienes un don para atrapar psicópatas, así que no permitas que nadie te impida utilizarlo.

—Me pregunto si merecerá la pena.

—Yo creo que sí. A lo largo de mis años de servicio he tragado mucha mierda y he visto cosas que me han marcado, pero si de algo estoy orgulloso es de haber metido a muchos criminales en la cárcel, que es donde merecían estar. No dejes que te arrebaten eso.

—Lo intentaré.

—Yo si fuese tú, me tomaría unos días de vacaciones. Lárgate de Madrid a un sitio tranquilo, donde puedas pensar y analizar las cosas con calma, y una vez allí deja que sea tu intuición la que te guie.

Ella sonrió, agradecida, y asintió con la cabeza. Sin duda, había sido una buena idea reunirse con su antiguo compañero. Él siempre conseguía animarla y la ayudaba a ver los problemas desde otra perspectiva.

—Creo que lo haré. Además, conozco un lugar que sería perfecto para eso.

—Y si las cosas no salen como quieres, no te preocupes. Siempre puedes volver a trabajar conmigo. Podríamos montar juntos una agencia de detectives. Vallejo y Compañía, investigaciones de garantía. ¿Qué te parece?

—Estás colgado —dijo ella entre risas.

—Lo estoy, no te imaginas cuanto. Sobre todo de la secretaria.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, desconcertada—. ¿Qué secretaria?

—La de la agencia —dijo poniendo cara de adolescente enamorado —. ¿Por qué crees que me visto tan elegante ahora?

Epílogo

Verónica se detuvo en la orilla y durante un tiempo cerró los ojos, sintiendo cómo las olas acariciaban sus tobillos con suavidad. Luego alzó la mirada al cielo azul, donde el sol brillaba con fuerza. Veintitrés grados a mediados de septiembre eran de agradecer. Una temperatura ideal para disfrutar en su plenitud de la belleza de la costa asturiana.

Llevaba ya cuatro días de vacaciones en la zona de Llanes, en concreto en una pequeña casita situada en el pueblo de Celorio, donde apenas quedaban ya turistas. Eso le permitió disfrutar de la tranquilidad que tanto necesitaba y que no habría encontrado en los meses de julio y agosto, cuando la zona estaba abarrotada de turistas.

Cada mañana salía a correr a primera hora y luego se iba a pasear por alguna de las playas cercanas. En esta ocasión había decidido acercarse a la playa de San Martín. La dueña de la casa de al lado, una mujer muy simpática y habladora, le había explicado que era una playa preciosa, sobre todo cuando la marea estaba baja, ya que permitía recorrer buena parte de la costa.

Así lo estaba haciendo, aunque en ese momento se había parado a contemplar el peñón de roca que se alzaba frente a la playa y al que podía acercarse gracias a que la marea estaba en su punto más bajo. Un pasillo de arena llegaba hasta él, mientras las olas rompían a ambos lados. Dudaba si acercarse cuando vio por el rabillo del ojo que alguien se aproximaba a ella. Era una pareja, un hombre y una mujer que caminaban por la orilla cogidos de la mano. No eran los únicos que lo hacían, aunque lo que le llamó la atención fue que se dirigiesen a su encuentro.

El reflejo del sol en el agua cristalina le impidió verlos con claridad hasta que los tuvo delante.

—Buenos días, Verónica.

Tardó un par de segundos en acostumbrar la vista y reconocer al hombre. Se había afeitado la barba.

—¿Roberto? —murmuró, sorprendida.

—Veo que has vuelto por aquí.

—Sí, necesitaba alejarme de Madrid unos días.

La mujer que le acompañaba la miró con una amplia sonrisa y semblante agradable.

—Es mi mujer, Eva —dijo entonces Roberto—. Ella es Verónica Cuevas. La conocí hace un par de meses.

—Sí, recuerdo que me lo contaste —replicó Eva tendiéndole la mano—. Me alegra conocerte.

—Igualmente.

Al estrecharle la mano, Verónica notó una cierta sensación de calidez, similar a la que sintió cuando se la estrechó a él a continuación.

—¿Qué tal te fue todo por los Estados Unidos? —preguntó Roberto.

—La verdad es que muy bien. No sabes cuánto te agradezco que me ayudases.

—No fue nada. ¿Qué tal con Ayala?

—Genial. Fue a recogerme al aeropuerto cuando llegué y luego me visitó en Quantico. Me pareció una gran persona.

—Lo es. Si alguna vez necesitas acudir a él, puedes estar segura de que te ayudará en todo lo que haga falta.

—Lo sé, me lo dijo.

—Cuando Rober me contó que ibas a hacer un curso con el FBI, sentí un poco de envidia —intervino Eva—. Tuvo que ser una experiencia muy enriquecedora.

—La verdad es que sí. Aprendí mucho.

—Eva es sargento de la Guardia Civil y hemos trabajado juntos en varios casos —aclaró él—. Uno de ellos, precisamente, en colaboración con el FBI.

—Anduvimos por casi toda Europa persiguiendo a una organización criminal —le secundó ella—, aunque eso fue antes de que decidiésemos asentarnos aquí.

—Sí, algo me comentó Roberto cuando nos conocimos.

—Ahora estamos centrados en la familia.

—Eva está destinada en la comandancia de Ribadesella y yo en excedencia, aunque por poco tiempo ya —explicó él.

—Sí, ya es hora de que empieces a trabajar —dijo Eva, mirándole de reojo, sonriente.

—¿Te parece poco trabajo cuidar de nuestros dos hijos?

—Te pasas la mayor parte del día jugando con ellos.

—Bueno, también cocino, limpio la casa, arreglo el jardín… Uf, no paro.

—¡Exagerado! —le replicó ella dándole un suave codazo en el costado—. ¿Te crees que los niños no me cuentan lo que hacéis cuando yo no estoy en casa?

Roberto soltó una carcajada, que fue imitada por ella.

Verónica sintió envidia al ver esa complicidad que había entre ellos. Siempre había aspirado a llevar una vida así, a encontrar una pareja con la que tuviese una química tan especial como la que veía que tenían ellos dos.

—¿Entonces estás de vacaciones? —preguntó Roberto, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, he cogido unos días para desconectar y reflexionar un poco.

En ese momento, Roberto la miró con expresión más seria.

—Se ve en tus ojos que algo te preocupa.

—Mi futuro profesional. No tengo claro qué hacer.

—Todos hemos pasado por ello en algún momento —afirmó Eva.

—Hasta ahora estaba en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, pero me van a cambiar de destino.

—He oído hablar muy bien de esa unidad. ¿Dónde vas a ir?

—No lo sé todavía. Yo… —durante unos segundos dudó si proseguir. Apenas les conocía, sobre todo a Eva, pero por algún motivo se sentía cómoda hablando con ellos—. Tuve problemas con un compañero durante mi última investigación y las cosas no han terminado muy bien. Mi actuación fue la correcta, desde mi punto de vista, pero me quieren fuera de la Brigada.

Roberto asintió con la cabeza y acto seguido dijo:

—Hiciste bien en dispararle. Te habría matado.

Ella le miró desconcertada.

—¿Cómo sabes…?

—No debes arrepentirte de lo que hiciste —añadió.

—No lo hago, aunque ahora me pregunto si merece la pena seguir.

—Para nosotras no es fácil estar en un cuerpo armado —dijo entonces Eva, captando su atención—. Nos encontramos en situaciones con las que no siempre sabemos lidiar. Yo también he pasado por ello.

—¿Y cómo lo afrontaste?

—Siendo más fuerte que ellos y no dejándome doblegar. Algunos problemas se solucionaron cuando ascendí a sargento y otros surgieron a partir de ese momento. Eso sí, nunca he dejado de luchar.

—Doy fe de ello —la secundó Roberto con una ligera sonrisa—. Tanto Eva como yo sabemos lo que es luchar contra el sistema y las personas que forman parte de él.

—La cuestión es que siento que estoy mejor preparada que nunca, pero nadie o casi nadie lo valora.

—Los familiares de las víctimas, sí, y eso es lo que debe importarte.

—Sé que acabamos de conocernos —dijo entonces Eva—, pero mi consejo es que no dejes que nadie te aparte de lo que realmente te gusta. Y si lo hacen, busca acomodo en un lugar donde se te valore como mereces.

—Gracias por el consejo.

—Y te diré algo más. Rober tiene razón en lo que acaba de decirte. Debemos pensar en las víctimas y sus familias. Es por ellos por quienes lo hacemos.

Verónica asintió al escuchar eso.

—Es cierto —murmuró.

—De todas formas, si podemos ayudarte en algo…

—Ya lo estáis haciendo. Muchas gracias.

Verónica se despidió de ellos y continuó su paseo por la orilla.

Apenas había dado cuatro pasos cuando vio claro cuál debía ser su futuro a partir de ese momento. La conversación que acababa de mantener con Eva y Roberto le había abierto los ojos de forma definitiva.

Se presentaría a inspectora y lucharía para que nadie la apartase de su verdadero objetivo en la vida: detener a todos los asesinos que se cruzasen en su camino.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie VERÓNICA CUEVAS continúa con:

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la cuarta novela de Verónica Cuevas, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

Una bala nunca miente

CAPÍTULO 1

El sol se reflejaba en el Támesis, creando brillos que rompían las olas provocadas por el barco cargado de turistas que lo transitaba en ese momento. La temperatura agradable y el cielo azul parecía que habían animado a gran número personas a caminar por el paseo que transcurría pegado al río, algunas de ellas incluso sin chaqueta. No era el caso de Verónica, que decidió no quitarse la sudadera que llevaba puesta para no perder de vista ni un solo segundo al hombre que seguía.

Tras dejar a su espalda el Tower Bridge, pasó al lado del London City Hall, el edificio con aquella extraña forma de cilindro inclinado. Varios policías vigilaban el acceso, lo que hizo que se sintiese un poco más arropada.

Le parecía increíble que, solo unas horas antes, estuviese caminando por el puerto de Santander y ahora lo hiciese a orillas del Támesis. El motivo no era otro que Richard Brown.

Cuatro días antes había aparecido en una de las playas de Laredo el cuerpo sin vida de una mujer llamada Carmen Riesgo Sanz, asesinada de un disparo en la nuca. Verónica, recién llegada a su nuevo destino como inspectora en la comisaría de Santander, se había hecho cargo de las diligencias previas. Estás le llevaron a Richard Brown, un turista inglés con el que la víctima había tomado unas copas en un bar cercano a la playa la noche de su muerte. Sus respuestas evasivas hicieron que sospechase de él desde el principio, más aún cuando Scotland Yard les remitió la documentación con sus antecedentes. Entre ellos constaba un cargo de acoso y agresión que estaba pendiente de juicio.

Recibieron una petición formal del cuerpo policial inglés para vigilar a Brown mientras estuviese en suelo español y coordinar su detención, una vez uno de sus agentes se trasladase a España para ayudar en el interrogatorio. Se suponía que eso sucedería a última hora de ese día, pero por la mañana el sospechoso salió de su hotel en Laredo y se dirigió en vehículo a la ciudad de Santander. Allí tomó un café en un bar cercano a la estación de autobuses.

En ese momento, Verónica participaba en el seguimiento junto con uno de los subinspectores de su nueva comisaría. Cuando Brown salió del bar, y ante el temor de que tomase un autobús hacia cualquier destino de España, decidió seguir sus pasos a pie y acompañarle allí

donde fuese. Su compañero se quedó en el vehículo por si necesitaba apoyo.

No esperaba que el sospechoso se dirigiese al cercano muelle en el que se cogía el ferri con destino a Portsmouth.

Una hora después, Verónica se encontraba subida a un barco con destino al Reino Unido, cruzando el mar Cantábrico y solo con lo puesto.

Por suerte para ella, y una vez se comunicó con el comisario para comunicarle su situación, recibió una llamada de un inspector de Scotland Yard llamado Williams, en la que le pidió que siguiese al sospechoso en todo momento. Al menos, hasta que ellos pudiesen hacerse cargo del seguimiento.

Una vez en Portsmouth, Brown tomó un tren a Londres y allí un taxi hasta Tower Bridge. Verónica se sintió extraña solicitando al conductor del taxi al que se subió que no perdiese de vista al que tenía delante, aunque el taxista, un pelirrojo corpulento de marcado acento escocés, se limitó a asentir con la cabeza, como si estuviese acostumbrado a que los pasajeros le pidiesen cosas así.

Antes de llegar a su destino, recibió una nueva llamada del inspector Williams de Scotland Yard, para confirmarle que ya tenían un dispositivo montado y que le tomarían el relevo una vez llegasen a su destino. No obstante, cuando se detuvieron al sur del puente, Verónica decidió seguir los pasos del delincuente hasta estar segura de que la policía inglesa estaba en condiciones reales de hacerse cargo del seguimiento.

Tras dejar atrás el City Hall, Brown tomó una rampa a su izquierda y se dirigió a un edificio con amplias cristaleras y forma de vela, en cuya planta baja había un restaurante. Delante había una pequeña plaza, decorada con un cubo de piedra de un metro de alto, apoyado sobre uno de sus vértices. Varios niños corrían entre los chorros de agua vertical que salían del suelo y que se activaban de forma intermitente, mientras una de las madres, sentadas en uno de los bancos de piedra cercanos, les pedía con gestos que saliesen de allí.

Brown se quitó la cazadora antes de entrar al restaurante, dejando a la vista el llamativo jersey amarillo que llevaba debajo. Verónica dudó si seguirle también al interior o quedarse fuera. La llamada que recibió en ese momento en su teléfono, le sacó de dudas.

—Inspectora, no es necesario que siga. Ya nos encargamos nosotros —le informó el inspector Williams.

—No hay problema, me quedaré fuera —le respondió ella.

—Es mejor que se mantenga al margen —insistió él.

Después del viaje que se había pegado, al menos quería ver cómo acababa aquello.

—Lo haré, pero, si no le importa, esperaré fuera hasta que le

detengan.

—No es seguro que le detengamos en este momento. Antes queremos ver con quién se reúne en ese restaurante.

—La verdad es que no tengo otro sitio al que ir ahora mismo.

Tras unos segundos de silencio, el inspector dijo:

—Quédese por la zona y en cuanto pueda le mandaré un agente para que la acompañe a un hotel en el que hospedarse.

—De acuerdo.

Verónica decidió sentarse en uno de los bancos de piedra, cerca de las madres. Desde esa posición vio cómo varias personas entraban y salían del restaurante. Supuso que alguna de ellas sería un agente de policía vestido de paisano, aunque no logró adivinar quién.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando se desató el caos.

A sus oídos llegó el eco de dos disparos, seguidos al momento por numerosos gritos de terror. Al instante, la gente comenzó a salir despavorida del restaurante, huyendo en distintas direcciones en cuanto se encontraron en la calle. El miedo que se reflejaba en sus ojos le dio a entender que algo muy grave había sucedido dentro del local.

—¿Qué ocurre? —preguntó en inglés a una pareja de jóvenes que corrían cogidos de la mano.

—Le han disparado a un hombre —dijo él pasando a su lado, sin detenerse.

—¿Qué hombre?

—Uno con un jersey amarillo —le escuchó decir mientras se alejaba.

A la vez que eso sucedía, dos hombres entraron en el local pistola en mano, lo que le dio a entender que se trataba de policías ingleses de paisano.

Iba a seguir sus pasos cuando hubo algo que llamó su atención: un hombre que salió del restaurante y que se alejó dándole la espalda. Vestía una sudadera oscura con capucha, que usaba para cubrirse la cabeza, lo que impidió que pudiese verle el rostro. No se habría fijado en él de no ser porque desentonaba con lo que estaba ocurriendo. Mientras todo el mundo huía despavorido, él se alejaba con aparente tranquilidad, sin mirar atrás y con las manos en los bolsillos. Si alguien había disparado a Richard Brown dentro del restaurante, existían muchas posibilidades de que esa persona estuviese implicada, por eso sacó su pistola y corrió tras él.

Le siguió por un calle que bordeaba el edificio a su izquierda, perdiendo de vista la entrada al restaurante. Estaba solo a unos cinco metros de alcanzarle, cuando se detuvo y alzó el arma para apuntarle por la espalda.

—¡Alto, policía! —gritó en inglés—. ¡Dese la vuelta muy despacio

o disparo!

El hombre se detuvo y durante unos segundos permaneció inmóvil. Eso hizo que ella se preparase para disparar al menor movimiento sospechoso.

—Levante las manos y dese la vuelta despacio —reiteró.

Él alzó las manos por encima de su cabeza y se giró lentamente para mirarla de frente.

—Hola, Vero —dijo con voz profunda, a la vez que se quitaba la capucha y mostraba su rostro con claridad.

Ella se quedó paralizada, mirándole a los ojos, mientras bajaba la pistola hasta apuntar al suelo. Necesitó varios segundos para asimilar lo que estaba ocurriendo.

Solo entonces fue capaz de murmurar:

—¿Santi?

PUEDES RESERVARLA PULSANDO EN LA IMAGEN O AQUÍ

¡A la venta del 15 de diciembre!

Resérvala ahora a un precio rebajado.

Querido lector

Gracias por leer **Donde habitan los demonios.**

No olvides dejar tu comentario al final de este libro o en la página de compra de Amazon.

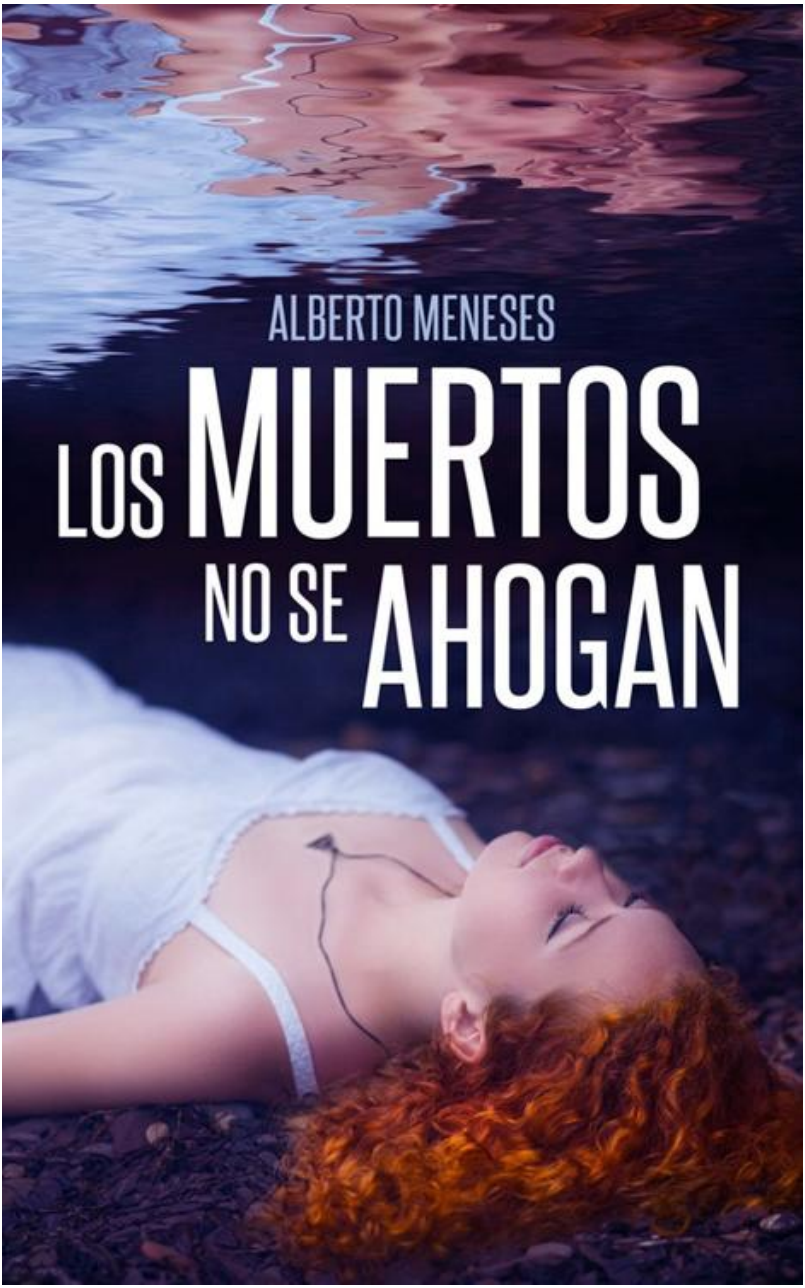
Tu opinión es importante para mí. Me ayudará a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan la novela.

Suscríbete a mi lista

Si te suscribes a mi lista de correo podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan,** la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

Consigue gratis la primera novela de la saga policiaca más leída:



«Roberto Fuentes nunca pensó que aquel sueño sería el despertar de un don que le llevaría a investigar los crímenes más terribles y hacer justicia por las víctimas».

Lista de correo de Alberto Meneses

Contacto con el autor

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

alberto.meneses@hotmail.es

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:

Acerca del autor

En mi página web podrás conocer todo sobre mis novelas, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor:

https://albertomeneses.es

También puedes formar parte de mi grupo de lectores en Facebook y compartir tus impresiones con otros lectores, así como estar al tanto de mis nuevos trabajos.

Grupo de lectores de Alberto Meneses

Otras obras del autor

SERIE ROBERTO FUENTES:

1. Los muertos no se ahogan
2. Déjame morir
3. El cazador de lágrimas
4. Devoradores de espíritus
5. Profanación
6. Las voces de los muertos

SERIE VERÓNICA CUEVAS:

1. Cicatrices del pasado
2. La justicia del inocente
3. Donde habitan los demonios
4. Una bala nunca miente

SERIE FRAN MERINO:

1. Cuando cese la lluvia
2. Tiempos de oscuridad